



¿Buscas
al
hombre?
perfecto?

Olivia Kiss

D.J.57

¿Buscas al hombre perfecto?

SINOPSIS.

¿Estás harta de perder el tiempo con el chico equivocado?, ¿te has cansado de no saber hacia dónde se dirige tu relación?, ¿tienes mala suerte en el amor? En ese caso, bienvenida a “*El hombre perfecto*”, la empresa creada para ayudar a encontrar príncipes azules entre tantas ranas. Ahí es donde trabaja Abby, que está especializada en el comportamiento de los hombres y puede detectar a un idiota mujeriego a varios kilómetros de distancia.

Y eso es justo lo que detecta cuando conoce a Mike, su nuevo compañero de trabajo. Por desgracia, a su jefa se le ha ocurrido la innecesaria idea de ampliar el negocio y crear “*La mujer perfecta*”, así que durante mes y medio él se convertirá en su sombra durante el proceso de formación para que aprenda cómo trabajan y cuáles son los procedimientos que seguir. Parece sencillo, ¿verdad? Pues no lo es. Porque Mike es justo todo lo que Abby no soporta de los hombres: sarcástico, demasiado atractivo para su propio bien y muy capaz de sacarla de quicio.

Sin embargo, ¿es posible que esté equivocada? ¿Y si él no es todo lo que parece? ¿Y si ella ha perdido la fe en el amor y necesita que alguien la rescate de sí misma?

Una divertida comedia sobre las artimañas de Cupido.

1

Había pocas cosas en el mundo que Abby odiase más que los cambios. Daba igual que fuese algo nimio. No soportaba llegar a su cafetería habitual y descubrir que habían modificado ligeramente el sabor del café por cambiar de distribuidor, ni ir a comprar su color de pintalabios favorito y ver que ya no iban a renovarlo esa temporada o, peor aún, que modificasen cada trimestre el horario de las clases de yoga a las que asistía.

Pero nada era equiparable a aquello.

Cuando su jefa le comentó que iban a ampliar el negocio y le explicó sus ideas, Abby estuvo a punto de desmayarse, literalmente. Fueron necesarios quince minutos, una bolsa de hielo en su frente y el aliento de su compañera Gerta a su lado para que volviese a la realidad. Pero ¿significaba eso que lo hubiese asimilado? No, desde luego que no. Habían pasado ya meses desde la *maravillosa* noticia y Abby seguía pensando que era un tremendo error.

En su defensa, su implicación con su trabajo era total. Había sido la empleada del mes treinta y dos meses de los treinta y cinco en los que la empresa llevaba en pie. Conocía todos los entresijos, se sabía el protocolo al dedillo como si fuese una azafata dando las indicaciones en caso de emergencia antes de que despegase un avión y, sobre todo, lo adoraba de corazón. Había sido su salvación cuando estaba pasando el peor momento de su vida.

Cuando Abby vio el anuncio en el que ofrecían el puesto en una revista, estaba en la peluquería cortándose el pelo con la excusa de que necesita un cambio drástico tras cortar con su último novio. Realmente estaba desolada, el problema era que a Abby se le habían agotado las lágrimas. Llevaba una larga racha de diez años en los que solo encontraba sapos babosos con cara de príncipes azules dispuestos a confundirla, enredarla y fastidiarle la existencia. Ni uno solo le había salido decente. Ni uno. Y en eso estaba justamente pensando

cuando, con la peluquera detrás y la revista en las manos, sus ojos se clavaron en un anuncio que parecía diferente: “*¿Cansada de los hombres? ¿Sabes bien lo que es un desengaño amoroso? ¿Has conocido todo tipo de excusas, tretas y engaños a lo largo de tu vida? No lo dudes: si estás buscando trabajo, llama al número de teléfono y estaremos encantados de concertarte una entrevista*”.

Podría haber sido cualquier tipo de timo extraño, pero no fue así.

Abby conoció cuatro días más tarde a Fergie, la jefa. Cuando ésta le explicó en qué consistía el puesto y cuál era la idea del negocio, ella estuvo a punto de levantarse y aplaudirle con lágrimas en los ojos. Pensó que aquel lugar era muy muy necesario. Vaya si lo era.

Y así fue como entró a trabajar en: “*¿Buscas al hombre perfecto?*”

Al principio solo estaban en la empresa Fergie, Julia y ella. Tres chicas con una locura en la cabeza (o eso le dijo el señor del banco a su jefa cuando le concedieron el préstamo para alquilar la pequeña oficina por la que empezaron) y muchas ganas de trabajar.

Su plan consistía en lo siguiente: ofrecer un servicio sincero, honesto y real para todas esas mujeres que acababan de conocer a un hombre y querían saber cuáles eran sus intenciones. Esa era la idea inicial. El primer mes fue desastroso y se lo pasaron imprimiendo folletos de propaganda y repartiéndolos por la ciudad de Nueva York. Pero, sorprendentemente, una bloguera medianamente conocida les contactó y, tras ella, lo hicieron muchas de sus amigas que, además, se dedicaron a difundir el servicio que ofrecían. A partir de entonces, el teléfono no paró de sonar. Fue una locura.

No solo mujeres que acababan de entablar una relación querían saber si aquel era el hombre adecuado, si escondía trapos sucios o si sus mensajes dejaban entrever algo más. También clientas que llevaban años junto a sus parejas deseaban averiguar por qué aún no les había pedido matrimonio o si estaban perdiendo el tiempo tontamente.

Esa era la clave: deseaban tener claro su futuro.

Abby entendía a todas y cada una de sus clientas. La mayoría estaban

cansadas de los hombres, de tirar a la basura años de esfuerzo que terminaban siendo en valde. Y ella empatizaba porque sabía bien lo que era encadenar una relación tras otra intentando mantener la esperanza a flote cuando, en el fondo, de antemano sabía que iba a salir mal. Cuando no era por una cosa, era por otra. Daba la sensación de que los hombres jóvenes de Nueva York no deseaban comprometerse a largo plazo, acatar responsabilidades ni ser fieles.

Gracias al servicio de “*¿Buscas al hombre perfecto?*” cientos de mujeres en los últimos años habían cortado por lo sano con sus conquistas o, por el contrario, consiguieron que la cosa fuese adelante. Abby estaba orgullosa de todas y cada una de ellas.

Había quienes odiaban a la empresa (casi siempre hombres rencorosos) y las calificaban como meras detectives de poca monta. Pero eso no era del todo cierto. Sí que se dedicaban a investigar y obtener toda la información posible sobre el susodicho, pero, además, conocían a sus clientas y hacían un seguimiento de todos los avances y lo que iba sucediendo, analizando mensajes, llamadas y cualquier dato que ellas aportasen. Las aconsejaban sobre cómo proceder y de qué manera afrontar conversaciones incómodas.

Eran, en resumen, una perfecta mezcla entre Sherlock Holmes y Cupido.

Actualmente, había en la plantilla quince trabajadoras. El negocio había ido expandiéndose de forma constante y segura. Fergie era una mujer inteligente, brillante e independiente que sabía bien cómo llevar la empresa. Al menos, hasta que se cruzó en su camino Mr. Big. O así lo apodaban entre ellas de forma cariñosa, como referencia al chico de Carrie en Sexo en Nueva York. Había sido un encuentro inesperado y torpe del que Abby fue testigo en primera persona. Un tópico. Una de esas cosas que piensas que solo pasan en las películas. Salían de la cafetería que estaba en la esquina del edificio de la nueva (y más amplia) oficina cuando, de repente, Fergie chocó con un tipo alto y corpulento, de sonrisa bonachona y ojos vivaces. Los cafés salieron desparramados por todas partes. Pero, ajenos a ello, los dos se miraron y, según las versiones oficiales, se quedaron colgados.

No, ahora fuera de bromas, sí que fue una especie de flechazo. Hubo un montón de *lo siento, soy un torpe* por parte de él y varios *no pasa nada* de ella, pero Mr. Big se empeñó en pagarle lo que costase la camisa en la tintorería y, de repente, él tenía su teléfono y tres días más tarde le estaba preguntando por la *pobre y desdichada camisa*, algo que a Fergie le hizo mucha gracia. Dos semanas después, intercambiaron un sinfín de mensajes que había analizado media plantilla. Especialmente, Fergie siempre le pedía que fuese a su despacho para consultarle sobre si el hecho de que usase infinidad de emoticonos significaba que realmente estaba interesado en ella. Y sí. Por experiencia, Abby sabía que el (raro) uso de emoticonos por parte de los hombres era una buena señal.

Un mes más tarde, empezaron a salir. Medio año después, se comprometieron. Y, actualmente, Mr. Big la había convencido sobre las ventajas de ofrecer ese servicio también para hombres. Según él, tal como discutieron acaloradamente la última vez que quedaron a comer, tenía sentido y ellos también las pasaban canutas a veces para encontrar a su media naranja. Abby no estaba de acuerdo, teniendo en cuenta que pensaba que el 99% de los humanos con pene eran seres sin corazón ni empatía.

Más allá de esos malentendidos, Abby mantenía unan estrecha relación de amistad con su jefa, hasta el punto de que la línea divisoria a veces desaparecía, sobre todo cuando, en días como aquel, la invitaba a su casa a comer un asado con patatas. Y, además, Mr. Big le caía muy bien, pero estaba convencida de que ese hombre era una pequeña excepción. Las había, por supuesto que sí. A menudo la contactaban clientas que resultaba que sí habían encontrado a un hombre honesto, que las valoraba y respetaba como debía, pero, por desgracia, gran parte de los casos solían acabar en decepciones.

Por eso no comprendía el nuevo rumbo de la empresa.

“¿*Buscas a la mujer perfecta?*” ¿En serio? Los hombres no lo necesitaban. Sin embargo, Fergie pensaba que era bueno expandirse aún más, abarcar una clientela distinta y probar esa posibilidad. Por eso ahora mismo, ella

estaba metida en el pequeño cubículo de su oficina, tapándose los oídos con las manos para ignorar el ruido ensordecedor de un taladro, ya que estaban terminando las reformas en el ala oeste de la planta de oficinas: la zona que ocuparían los trabajadores de “¿Buscas a la mujer perfecto?”, cuyas puertas se abrirían en mes y medio.

Un-horror.

Abby llevaba tantos años sintiéndose feliz y relajada en el trabajo que, de repente, la incomodaba la idea de compartir ese mismo espacio con hombres. A decir verdad, desde la última ruptura y tras entrar en la empresa, le desagradaba cualquier tipo de contacto con la especie masculina, lo que explicaba que llevase evitándolos durante tres años.

Suponía que a eso se debía que estaba más guapa, más sana, más zen y brillante que nunca. Estar consigo misma era lo mejor que le había pasado en la vida. Eso y tener el control, algo que estaba a punto de perder. Y vale que pudiesen quitarle su pintalabios preferido (aunque ese rojo era alucinante), vale que cambiasen al proveedor de café o que modificasen el horario de las clases de yoga cada dos por tres, pero, ¿de verdad también tenían que sembrar de repente el caos en su santuario, su amado lugar de trabajo?

—Abby, ¿puedes venir un momento a mi despacho?

Se puso en pie en cuanto Fergie la llamó y la siguió caminando con los hombros firmes y la cabeza alta. Llevaba unos zapatos de tacón negros, una pulcra camisa blanca y un traje de color beige que le hacía aparentar varios años más, pero con el que ella se sentía elegante y poderosa. Se sentó delante de la mesa del escritorio y cruzó las piernas.

—¿Qué necesitas? —le preguntó con confianza.

—A ti, por supuesto. —Fergie le dirigió una mirada halagadora—. Ya sabes que eres la mejor. Así que necesito que me hagas un favor.

—Lo que sea.

—Quiero que te encargues de explicarle al encargado del departamento de “¿Buscas a la mujer perfecto?” todo lo que debe saber sobre el puesto de

trabajo. Protocolo, formas de proceder, cómo hacemos las cosas, de qué manera interceder o dar noticias desagradables...

—Espera. Espera. ¿Es necesario?

—Claro. Nosotras llevamos años en esto, hemos ido perfeccionándonos conforme aprendíamos. Ahora ellos deben responder al mismo nivel. Cada una de las chicas se encargará de enseñar a los candidatos que hemos seleccionado en las entrevistas.

Abby hizo un mohín que no consiguió disimular.

—Pero...

—Sí, sé que odias esto, pero es una oportunidad para todos. Si va bien, nos expandiremos aún más. Conseguiremos aumentar el beneficio, los puestos de trabajo, los salarios, las condiciones laborales de las chicas... —Fergie suspiró—. Confía en mí, Abby. Esta no es una decisión que haya tomado a la ligera, pero estoy convencida de que es el camino adecuado. Y quiero que esos chicos hagan bien su trabajo.

—En ese caso...

—Empezarás esta próxima semana.

—Puedo explicárselo en una hora.

—No, no, nada de eso. El plan es que se conviertan en vuestra sombra. Quiero que os acompañen a visitar a las clientas, que vean en vivo y en directo cómo trabajáis, cómo os movéis. Será como una especie de formación durante el tiempo que queda para que abramos sus puertas. Y, por favor, sé paciente. No tienen experiencia. Debemos tener en cuenta que este es un empleo nuevo que no existe fuera de aquí.

Abby estaba a punto de desmoronarse. ¿Trabajar acompañada por un tipo durante las próximas semanas? ¿Compartir con él todo su día a día? ¿Tener una sombra?

—Pero, Fergie, es que...

—No quiero excusas.

Sacó a relucir el modo *jefa* y dejó para otro día la faceta de *amiga*. Abby

suspiró con pesar, pero cuando se levantó de la silla empezó a asimilar que le esperaba un duro mes y medio por delante. Peor aún, puede que, a raíz de la nueva apertura, las cosas ya nunca fuesen a ser iguales. Sentía que ese pequeño castillo en el que había estado viviendo hasta entonces se estaba desmoronando por momentos. Sin embargo, en su interior, seguía siendo la mejor empleada y se propuso que, si tenía que hacerlo, lo haría lo mejor posible.

—Intentaré cumplir con ello —dijo.

—Te lo agradezco. Además, no te haces una idea de lo liada que estoy con los últimos detalles de la boda. La floristería ha vuelto a darnos problemas, así que lo que menos necesito es más quebraderos de cabeza en lo que queda de mes.

—Seguro que todo irá bien —la animó.

—Ah, por cierto, el encargado de la plantilla (y tu acompañante) se llama Mike Thomson. Es de Alabama y ha trabajado en el departamento de marketing de varias empresas.

—Dos buenas cualidades —consiguió decir Abby.

—Sí, eso espero. ¿Nos vemos el lunes?

—Claro. Aquí estaré puntual.

La sonrisa de Abby no le llegó a los ojos.

2

Cuando Abby tenía ocho años, soñaba con encontrar a un príncipe de dentadura blanca y ojos azules que bailase con ella hasta las doce y, después, fuese en su busca con el zapato que había olvidado al salir corriendo a por su carroza. Cuando cumplió los doce, anhelaba que Richard Doller, un compañero del colegio, le escribiese una nota por San Valentín diciéndole que la quería. A los dieciséis, Abby tenía esperanzas de que su compañero de baile de fin de curso la besase en el coche de una manera romántica y apasionada, y no como una especie de oso hormiguero aspirador y de manos largas, que fue lo que ocurrió antes de que lo dejase plantado y se largase caminando sola a casa con los tacones en la mano. A los dieciocho, tras entrar en la universidad, esperaba dar con un chico listo y gracioso que quisiese hacer con ella planes de futuro cuando se graduasen juntos. A los veintitrés, tras numerosas decepciones, empezaba a contentarse con encontrar a un hombre medianamente atractivo, sincero y simpático. A los veintiséis, estaba tan cansada de encontrar sapos en su camino, que llegó a pensar que le bastaría cruzarse con uno que estuviese vivo, tuviese un trabajo y consiguiese darle un orgasmo una vez al año, en uno de tantos polvos en los que ellos siempre terminaban y ella acababa frustrada y fingiendo que le había *encantado*.

Al final, decidió que era más fácil no esperar nada.

Se despidió de los hombres, se compró un consolador de lo más útil y entró a trabajar en “*¿Buscas al hombre perfecto?*”, donde cada día afianzaba más su drástica decisión.

Entonces aún no contaba con tener que trabajar codo con codo con un completo desconocido llamado Mike Thomson. Así que, el sábado por la tarde, mientras se comía un maravilloso helado de vainilla con nueces de macadamia (ahora que los hombres estaban lejos de su vida, empezaba a amar sus curvas

como nunca lo había hecho), encendió el ordenador y se propuso hacer una investigación rápida sobre el susodicho.

Gajes del oficio, se dijo encogiéndose de hombros.

No tardó en encontrarlo en Facebook. Por desgracia, lo tenía cerrado. Sin embargo, a raíz de su usuario y fotografía de perfil (estaba de espaldas y no se le intuía el rostro), consiguió finalmente dar con su Instagram y, ¡voilà!, lo tenía abierto.

Cuando amplió la primera imagen, Abby estuvo a punto de atragantarse con la cucharada del helado. Necesitó unos segundos (y un trago de agua) para dejar de toser.

¿Qué demonios...?

Mike Thomson era sospechosamente atractivo. Abby no podía dejar de mirar su rostro de facciones perfectas. Tenía la mandíbula cuadrada, los ojos de un azul limpio y profundo y una peligrosa sonrisa torcida y seductora. En varias imágenes, sus manos fuertes sostenían una tabla de surf y él miraba a la cámara, seguro de sí mismo y con cierta arrogancia.

A Abby le desagradó de inmediato.

En primer lugar, porque resultaba presumido, carente de vergüenza. A ella normalmente le costaba sacarse un *selfie* medio decente, alrededor de tres horas probando diferentes ángulos imposibles. En segundo lugar, porque, en efecto, tal como le había dicho Fergie, parecía un tipo medianamente inteligente. O eso se entreveía al ver su cuenta y los numerosos países a los que había viajado en los últimos años. Surf, submarinismo, escalada, instantáneas delante del Gran Cañón de Colorado, noches locas en Las Vegas, fotografías grupales con un montón de amigos, chicas de largas piernas acompañándolo aquí y allá... era excesivo. Insultantemente excesivo. Abby había crecido en un pueblo diminuto y húmedo de la costa, se había graduado y luego había ido a la universidad de Nueva York. Después, se había centrado en su trabajo (empresariales) hasta que llegó la oferta de “¿Buscas al hombre perfecto?” y apenas había tenido tiempo para viajar o hacer locuras. Tampoco se lo había

planteado hasta entonces. Además, no le sobraba demasiado dinero después de pagar el alquiler de su diminuto piso como para despilfarrarlo así. Lo poco que estaba ahorrando lo invertía en un plan de pensiones, porque siempre había sido una chica precavida. Y, en tercer lugar, Mike Thomson le desagradaba porque no todos los días se quedaba embobada mirando los rasgos sensuales y atractivos de un hombre. Un hombre como aquel, de esos que parecían cualquier cosa menos comprometidos, responsables y fieles.

Tuvo que dejar el ordenador a un lado cuando empezó a ponerse nerviosa. ¿De verdad Fergie pretendía que ese tipo se convirtiese en su sombra? Adiós a la tranquilidad del café de media mañana. Adiós a los días de entrar en el trabajo sonriendo. Adiós a todo lo que a Abby la había feliz y le daba seguridad en sí misma.

Pasó un rato más entretenida e investigando sobre él. Para su desgracia, tras tantos años trabajando en la empresa, Abby conocía perfectamente cómo eran los hombres. En serio. Podía catalogarlos en menos de cinco minutos. Necesitaba pocos datos para dar una sentencia y la suya sobre Mike la tenía muy clara. Aun así, cotilleó un poco más. Se había graduado en la universidad de Boston antes de mudarse a la gran ciudad. Sus padres tenían sonrisas afables y parecían orgullosos de él, tal como pudo ver en una de las fotografías. Tenía un hámster. *¿Qué hombre tiene un hámster?* Y por lo visto le encantaban los donuts de todo tipo, porque salía en varias fotografías comiéndose uno y guiñando un ojo con esa actitud pasota, despreocupada y relajada que a Abby la ponía de los nervios.

Cerró el ordenador cuando se agobió de nuevo.

Luego, cogió el teléfono y llamó a su hermana Gin. Como siempre, respondió al último tono, cuando ella estaba a punto de colgar, y parecía nerviosa y desbordada.

—¿Cómo va eso, Abby?

—Bien. Genial. ¿Y tú?

—No te noto genial.

—Pues lo estoy —terció, incómoda porque Gin la conociese tan bien como para necesitar dos palabras para descubrir que estaba alterada—. ¿Qué tal están las chicas?

—Aquí, intentando no suicidarme.

Abby no pudo evitar reírse por lo bajo.

—¿Tan mal se están portando?

—Como de costumbre.

Su hermana Gin tenía dos hijas, de siete y cuatro años respectivamente, capaces de destruir una habitación en menos de un minuto, tres perros enormes que habían adoptado a lo largo de los años después de encontrarlos abandonados en diferentes situaciones, dos gatos vagos y gordos que te miraban mal en cuanto entrabas en la casa, un loro con el que tropezaron cuando se rompió un ala y que se quedó ya para siempre con ellos, y un marido de esos encantadores que salen en las películas siempre con un cinturón de herramientas alrededor de la cintura, camisa de cuadros rojos y negra y barba de una semana.

Era, en parte, lo que Abby siempre había soñado. Sin embargo, en las cartas que le habían repartido no parecían estar las de formar una familia y encontrar el amor.

—¿Y a ti qué te pasa? —le preguntó Gin.

—Ya sabes que pronto habrá cambios en el trabajo. No me gusta. No me gusta nada. En serio, tengo el presentimiento de que es una idea terrible...

—Abby, ya hemos hablado de esto.

—Sí, pero aun así...

—Creo que deberías empezar a trabajar seriamente en tu manera de afrontar los cambios. Mira, entiendo que estés disgustada, pero han pasado meses desde que te avisaron de que el proyecto iría adelante y has tenido tiempo de sobra para asimilarlo...

—Hay novedades —la cortó un tanto irritada—. Resulta que tengo que pasarme un mes y medio con un idiota pegado al culo que observará todo lo que hago.

—Oh, vaya.

—Es terrible.

—Seguro que encontrarás la manera de llevarlo bien —terció y escuché por el teléfono cómo le pegaba la bronca a Sally por pintar encima de los azulejos del cuarto de baño—. Mira, Abby, cielo, tengo que dejarte, pero hablamos esta próxima semana, ¿vale?

—Sí, claro. Dales un beso de mi parte.

Colgó antes de emitir un suspiro cansado. Ni siquiera su hermana mayor la compadecía como merecía. Se levantó, metió los restos de helado derretido en la nevera y pensó en qué hacer durante el resto del día. ¿Ver una película y pedir comida china? Ese era su plan predilecto, sobre todo porque en el restaurante de abajo hacían los mejores tallarines con gambas de la historia. Tras llamar y hacer el pedido, le llegó un mensaje de Gerta. Sonrió. Seguro que ella la entendería a la perfección. Había entrado a trabajar en la empresa hacía dos años y se había convertido en una de sus mejores amigas. Gerta tenía un hijo pequeño, cuyo padre estaba en paradero desconocido después de abandonarlos tras el segundo cumpleaños del chiquillo. Todo un partido, vaya. Cuando le contó su historia a Fergie, cansada de los hombres, ésta no dudó en ofrecerle el puesto y contratarla.

Gerta: ¿Ya te has enterado de la novedad? Nosotras formando a esos tíos... ver para creer.

Abby: Por desgracia, me enteré ayer, sí. ¿Quién te ha tocado a ti? El mío parece creer que es una especie de celebridad y se dedica a viajar, divertirse y hacerse fotografías pensando que es el rey del mundo.

Gerta: Pues casi que lo prefiero. El mío tiene pinta de empollón y de estirado.

Abby: Deberíamos poder intercambiarlos. Prefiero al empollón.

Gerta: Muy graciosa. Buenas noches.

Abby: Buenas noches.

Cuando llamaron a la puerta, cogió algo de dinero suelto, pagó al chico que le traía la comida china y se llevó la bolsa al sofá. Cogió el mando y encendió la televisión. Hogar, dulce hogar. Nada como una noche de sábado tranquila para recuperar fuerzas para la batalla.

3

El lunes amaneció de un color gris apagado y Abby pensó que el cielo casaba mucho con su estado de ánimo. Como su apartamento no quedaba demasiado lejos del trabajo, decidió ir dando un paseo a pie con la esperanza de animarse un poco o despejarse la mente. Fue en vano. Al llegar, estaba a punto de hiperventilar. Sin embargo, se puso su mejor máscara y se propuso ser absolutamente formal y seria. Entró taconeando en la oficina. Se había vestido con uno de sus vestidos preferidos: de color verde botella, ajustado marcando sus curvas y cuya tela acababa justo por encima de las rodillas. Sus pies estaban perfectamente arqueados sobre unos zapatos negros y atemporales, a juego con su cabello oscuro recogido en un moño en lo alto de su cabeza. Se había maquillado meticulosamente. Y, por supuesto, había usado el labial que tanto le gustaba, ese rojo pasión que no pasaba inadvertido.

—Creo que Fergie quiere verte en su despacho —le dijo Julia en cuanto la vio entrar y dejar unas cuantas carpetas en su mesa—. Comentó que fueses cuando llegases.

Abby asintió y se dirigió hacia allí con paso firme.

Llamó a la puerta antes de entrar. Casi pudo percibir su perturbadora presencia antes de verlo con sus propios ojos. Fue algo en el aroma masculino que llenaba el despacho. Mr. Big nunca usaba colonia y pasaba inadvertido cuando visitaba a su futura esposa en el trabajo. Sin embargo, ese hombre sí se hacía de notar. Y no era solo la colonia, también el suave aroma de la loción de afeitado y algo más, un toque varonil que ella no supo explicar.

—Ah, aquí estás, Abby. Pasa. Cierra la puerta. —Fergie le mostró una sonrisa inmensa desde detrás de su escritorio—. Este de aquí es Mike Thomson.

Ella se giró y lo miró a los ojos de golpe. Ignoró el vuelco que sintió en el estómago. Era exactamente como en las fotografías, solo que allí no había

ninguna pantalla de por medio y su presencia resultaba absorbente. Su mirada azul recorrió su cuerpo de los pies a la cabeza como si tuviese algún derecho a hacerlo, con soltura, y luego le tendió la mano.

—Encantado, señorita Walkes.

—Llámame Abby —contestó tirante.

—Sí, mejor que cojáis confianza. Vais a pasar mucho tiempo juntos estas próximas semanas. —El teléfono sonó y Fergie lo cogió. Cuando empezó una disputa con otra floristería a las nueve en punto de un lunes por la mañana, su rostro se fue enrojeciendo, alterado, hasta que le pidió a la persona que estaba al otro lado de la línea que aguardase un momento y se dirigió a sus dos empleados —. Chicos, espero que os vaya bien el día. Si tenéis alguna duda o problema, dadme un toque. Ya sabes, Mike, ella es la mejor. Intenta aprender lo posible de cómo trabaja y todo irá sobre ruedas, estoy segura. —Les guiñó un ojo.

Luego, los dos salieron del despacho. Abby estaba entre nerviosa y entumecida, como si en parte todo aquello fuese una especie de sueño. Se dirigió hacia su mesa y él la siguió en silencio. Una vez allí, sin saber muy bien qué hacer, intentó serenarse. Se llevó las manos a las sienes, cerró los ojos con fuerza y suspiró profundamente varias veces.

—¿Tenemos que hacer meditación de buena mañana?

—No estoy meditando. —Lo fulminó con la mirada—. Solo pensaba.

—¿Y haces *eso* para pensar? —inquirió con una sonrisa divertida.

Abby decidió ignorarlo y cogió las carpetas que había dejado encima de la mesa nada más llegar. Se las puso bajo el brazo y miró la hora en su reloj de pulsera.

—Bien, nos vamos. Vas a ser testigo del primer caso.

—¿Así los llamáis? ¿Casos?

—Sí. En marcha.

Intentó ignorar la larga mirada que él le dirigió cuando subieron a los ascensores. ¿Ese cretino no se daba cuenta de lo incómodo que era el análisis detallado que parecía hacerle? Decidió imitarlo, solo para demostrarle su

desfachatez. Se fijó lentamente en sus vaqueros oscuros y las zapatillas deportivas en contraste con la camisa negra que se ajustaba a sus hombros y casi parecía marcarle los abdominales. Porque los tenía, oh, sí. Ella los había visto bien en las fotografías donde salía en bañador de su cuenta de Instagram.

—¿Qué se supone que estás mirando?

—¿Yo? —Le salió voz de pito?—. Nada. ¿Qué mirabas tú?

—A ti. —Mike reprimió una carcajada.

No se esperaba esa vulgar sinceridad.

—Ah. Pues yo también te miro a ti.

Él sacudió la cabeza con una sonrisilla estúpida en los labios justo cuando las puertas del ascensor se abrieron y salieron del cubículo. Abby caminó decidida hasta la boca del metro e ignoró que él parecía un poco sorprendido por el desvío.

—¿Vamos en transporte público?

—Claro.

—¿No podemos coger un taxi?

—No. —Suspiró con impaciencia—. Quiero decir, a veces sí cogemos taxis, pero solo cuando llegamos tarde a una de las reuniones o si es razonablemente necesario. Por regla general, mejor el transporte público: ahorramos costes y es más ecológico.

Si Mike no estaba de acuerdo con ello, mantuvo la boca cerrada. Pagaron los tiques y fueron hasta la línea correspondiente. El metro llegó puntual en un minuto. Los dos subieron. Estaba atestado de gente, así que se movieron hasta encontrar un hueco y se quedaron de pie el uno frente al otro. No podía decirse que fuese una situación cómoda. Abby se preguntó entonces cómo iba a sobrevivir aquellas semanas con ese hombre pegado a sus zapatos. En su día a día, aquellos viajes eran agradables porque aprovechaba los trayectos para escuchar música, leer una novela o hablar por chat con sus amigas. Pero ahora ya no podía hacer nada de eso (no era serio, desde luego), y tampoco tenía nada que decirle a Mike, que se mantenía frente a ella con la espalda estirada y

sujetándose de la barra.

A decir verdad... era alto. Bastante alto.

Hasta ese momento no se había fijado en ello, pero se dio cuenta de que, allí los dos de pie mientras el metro avanzaba, sus ojos quedaban a la altura de la nuez de la garganta de él, que se movía cada vez que tragaba saliva. Y eso que Abby no era especialmente bajita, porque medía casi un metro setenta. Tenía que alzar un poco la barbilla para ver su rostro y apreciar esa mandíbula cuadrada recién afeitada aquella misma mañana y...

—¡Auch! ¡Mierda!

Estaba tan perdida en sus tontos pensamientos, que no se sujetó con fuerza cuando el metro frenó en la siguiente parada y chocó bruscamente con Mike, después de trastabillar con los tacones, que la retuvo rodeándole la cintura con una de sus manos.

—¿Estás bien? —Tenía una voz ronca.

—Sí, sí. Genial. Perdona.

Mike tardó unos segundos en apartar el brazo y liberarla, ante lo que ella se echó atrás con más ímpetu de lo razonable. Respiró hondo, llevándose el aroma a su perfume masculino. Era deliciosamente embriagador. Vamos a ver, ¿cómo iba ese hombre a aconsejar sobre nada en ninguna relación? Si era evidente que era uno de esos perdonavidas que dejaban corazones rotos a su paso como si fuesen miguitas de pan.

—¿Cuántas paradas quedan? —preguntó él.

—Ehhh, pues creo que tres. Sí, eso, tres.

Mike asintió y ya no volvió a hablar hasta que llegaron a su destino. Una vez en la calle, agradeciendo el aire fresco, Abby se dirigió con soltura hacia un edificio de cristal y le indicó al portero a qué planta iba. La dejó pasar tras sonreírle. No era la primera vez que estaba allí y así se lo hizo saber a su nuevo pupilo:

—Hoy empezamos por el caso de Claudia Brown. Ya ha sido clienta nuestra en varias ocasiones, pero siempre se ha llevado una decepción tras otra.

Una lástima. Ahora acaba de conocer a un hombre y quiere que analicemos los primeros pasos que han dado.

—Entiendo.

Subieron hasta la octava planta y se dirigieron hacia su puerta. Cuando Claudia les abrió, se deshizo en simpatía con Abby antes de saludar con un escueto *hola* al intruso. Ella le explicó la situación y no puso reparos en que estuviese presente en la reunión. La mujer tenía alrededor de cuarenta años, el cabello rubio y lacio, y una mirada melancólica mientras les invitaba a pasar envuelta en una bata de color rosa pálido.

Toda ella destilaba dinero, elegancia y cierta tristeza.

Se acomodaron en una especie de salón que parecía preparado para tomar el té. Las pesadas cortinas de color burdeos con flores bordadas dejaban traspasar a duras penas la luz matinal y una chica del servicio salió para tomarles nota de lo que querían tomar.

Para su sorpresa, Mike pidió un café solo con tres de azúcar.

No hubiese dicho que fuese un hombre goloso.

—¿Y bien, Claudia? ¿Quién es el afortunado?

A las clientas habituales siempre intentaba tratarlas en confianza, como si fuesen viejas amigas. Quería que se sintiesen tranquilas y serenas frente a las decepciones. Ya conocían el procedimiento habitual y en qué consistía su labor, así que era más fácil.

—Lo conocí en las clases de baile de salón.

—Oh, no sabía que bailabas —comentó.

—Empecé hace tan solo unos meses. —Le dio un sorbo a su taza de café cuando la mujer se la dio—. Se llama Gregory y esta vez no es ningún jovenzuelo como en esa otra ocasión... —Había sido un palo terrible para ella la anterior relación—. Tiene cinco años más que yo. Divorciado. Es el director de una tienda de antigüedades.

—Interesante.

Abby empezó a tomar notas, garabateando palabras sueltas que luego,

más tarde en la oficina, pasaría a limpio en el expediente de Claudia.

—Pero hay algo en él que... no sé...

—¿A qué te refieres?

—A veces se muestra esquivo.

—Mmmmm, comprendo.

Abby no dijo nada, pero eso, desde luego, jamás era una buena señal. Los hombres que fingían ser misteriosos y reservados casi siempre escondían problemas. Por ejemplo, los que estaban casados o tenían otra familia solían comportarse así. También los que pretendían mantener ese tenso y absurdo tira y afloja que consistía en hacerle caso a una mujer para, días después ignorarla, y acto seguido volver a volcar su atención en ellas. O los que tenían algún secreto inconfesable: deudas, pasados turbios y desagradables, y un largo etcétera.

—Empieza desde el principio, Claudia —la instó.

A su lado, Mike permanecía atento y en silencio, algo que Abby agradeció.

—Pues como te he dicho, nos conocimos en las clases de baile. Si te soy sincera, me llamó la atención desde la primera vez que lo vi, pero no hablamos hasta que la profesora nos colocó como pareja. Desde entonces todo fluyó con bastante naturalidad, hasta que, un día, al salir de clase y encontrarnos en la puerta, me preguntó si me apetecería tomar un café.

—Ajá. Sigue —la animó Abby.

—Fuimos a una cafetería que estaba en la calle de enfrente y estuvimos hablando durante dos horas. La verdad es que me sentí muy cómoda y él es encantador. Eso ocurrió la semana pasada. Tan solo hemos vuelto a vernos en una clase de baile y a intercambiar mensajes de teléfono. Me preocupa que no proponga que volvamos a vernos.

Mike soltó de repente una risita baja de lo más molesta.

—Quizás deba proponérselo usted, ¿no le parece?

—Ehhh... no. —Abby lo fulminó con la mirada.

—¿Qué? Solo he dicho lo evidente. No sé por qué damos por hecho que

es él quien debe pedirle a ella una cita. A fin de cuentas, fue quien dio el paso la primera vez. Creo que ahora el balón está sobre su tejado, señora Brown.

Claudia estaba un poco sorprendida mientras intentaba encajar las palabras de Mike. Abby se puso en pie y le mostró a la mujer una sonrisa tirante y forzadísima.

—¿Nos disculpas un momento? Tengo que hablar con mi becario — resaltó la palabra tan solo por el placer de indicar de nuevo quién llevaba el mando allí.

—Claro. Esperaré aquí.

Mike suspiró como un colegial que supiese que se ha ganado una buena bronca y siguió los pasos de Abby hacia la salida. Una vez fuera y con la puerta cerrada, ella le señaló con un dedo amenazante y su voz se convirtió en un siseo agudo y afilado.

—¿Cómo te atreves a interferir en un caso?

—Tampoco era algo de vida o muerte...

—¡No puedes jugar así con los sentimientos de la señora Brown! No sabemos aún nada de ese tipo. Antes de hacer sugerencias hay que investigarlo, analizar los mensajes que han intercambiado y seguir el procedimiento habitual.

—Te noto tensa, Abby.

No le gustó la sonrisita de idiota que le dirigió, ni tampoco que le sorprendiese su comentario. Y menos aún que le enfureciese, ¡como si le importase lo que él pensase!

—Déjate de juegos si no quieres acabar despedido antes de empezar a trabajar. Aquí mando yo. Lamento que tengas que bajarte de tu trono de oro, pero...

—¿Trono de oro? ¿De qué hablas? —Se rio.

—¿Sabes una cosa, Mike Thomson? No me gusta tu actitud. No me gusta nada. Así que a partir de ahora vas a limitarte a mantener la boca cerrada. Observar y callar, ¿lo pillas?

—Observar y ¿qué?, perdona, tengo mala memoria.

—Tienes un sentido del humor pésimo.

Y tras aquellas últimas palabras punzantes, Abby volvió a entrar en el salón donde los esperaba la señora Brown y él la siguió hasta que se acomodaron en los sillones. Ella se dirigió hacia Claudia con una sonrisa e intentó mostrarse jovial a pesar de que por dentro estaba furiosa. Pero la profesionalidad ante todo, eso sí.

—¿Puedes mostrarme los mensajes que habéis intercambiado hasta la fecha? Ya sabes cómo funciona esto. Analizaremos su lenguaje y su forma de expresarse.

—Sí, por supuesto. ¿Te los mando al correo, como siempre?

—Te lo agradecería. En un par de días tendrás noticias nuestras. Hasta entonces, mejor no mover ficha, ¿de acuerdo? —Se terminó la taza de café.

—Por supuesto. Gracias por venir.

—A ti, como siempre.

Cuando salieron de la vivienda de Claudia Brown, seguía estando enfadada con el hombre que caminaba a su lado. Él, en cambio, se mostraba imperturbable, como si nada hubiese pasado. Una vez en la calle, el viento de la primavera la calmó un poco.

—¿Y ahora qué? —preguntó Mike.

—Volvemos a la oficina. No tenemos otra cita hasta dentro de dos horas. Como ves, el procedimiento es simple. Una primera visita para obtener la información más básica, luego el análisis de esta y otra reunión para llegar a una conclusión o ir tanteando el terreno.

Él se encogió de hombros como si lo que ella acabase de decir fuese una pantomima. Sus músculos se marcaron bajo la ajustada camisa y Abby estuvo a punto de sacarse una nueva regla de la manga: prohibido vestirse de manera atractiva para ir al trabajo.

—Y si tenemos dos horas libres, ¿no podemos tomar algo? Me muero de hambre. No acostumbro a desayunar de buena mañana, pero ahora me entra cualquier cosa.

—No. Y ese no es mi problema.

—Eres muy poco flexible, ¿no?

—En absoluto. Solo soy profesional.

—¿Y las profesionales no tienen derecho a tomarse un café?

—Acabas de tomarte uno —puntualizó secamente.

—¿Eso? Estaba amargo. Malísimo.

—¿Amargo? ¡Le has puesto tres de azúcar!

—Bueno... —Le dirigió una sonrisita de idiota y sus ojos azules brillaron por un instante—. Eso es porque soy un chico muy dulce...

—Eres un capullo. Aún no entiendo cómo te contrató Fergie.

—Yo tampoco entiendo cómo te contrató a ti. ¿Te debía un favor o algo así?

—¿¡Cómo te atreves!?

Estaban los dos discutiendo como tontos en medio de una de las calles más transitadas de Nueva York, con la gente pasando a su alrededor e ignorándolos. Abby estaba alterada. De hecho, se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no se exaltaba tanto por algo. O por alguien, mejor dicho. Pero ese hombre, Mike Thomson, tenía el don de sacarla de sus casillas y ella estaba perdiendo el control ya el primer día. Cuando se dio cuenta de eso, intentó serenarse y respiró hondo. Recordó la relajación de sus clases de yoga.

—No entiendo qué es lo que pretendes —dijo hablando despacio.

—Pues tomarme un café. Y comer algo. Una locura —se burló.

Abby estuvo a punto de gritarle un tajante NO antes de dirigirse a la boca del metro, pero entonces pensó en Fergie y en lo mucho que le había pedido que hiciese un esfuerzo.

—Está bien, hagamos algo intermedio. Coges algo para llevar y te lo comes en la oficina mientras avanzamos con este caso, ¿de acuerdo? —le habló como si fuese un crío.

—Vale, me parece razonable.

Y esa fue la razón por la que acabaron los dos delante de su mesa de la

oficina, ella con el cejo fruncido y él degustando un donut de frambuesa, relleno de chocolate y espolvoreado con azúcar glasé. Alzó las cejas cuando ella lo miró, desconcentrada tras intentar poner en orden la información que había encontrado sobre la conquista de Claudia.

—¿Puedes parar de hacer eso?

—¿Hacer el qué? —preguntó.

—Eso. Comerte el maldito donut como si fuese una experiencia mística.

—Es que lo es. Está delicioso. Deberías probarlo, toma.

—No, gracias —respondió secamente.

—Vaya, ¿eres de ese tipo de chicas que solo comen hojas de lechuga?

—¿Qué? ¡No, claro que no! ¿Y tú eres el tipo de tío estúpido que hace preguntas inapropiadas sin ningún tipo de decoro? —espetó enfadada.

—¿Por qué hablas como si fueses Jane Austen?

—Yo no...

—¿Quién usa la palabra *decoro* hoy en día?

—¿Sabes una cosa? Trabajar contigo es un maldito castigo.

Cuando se dio cuenta de que había alzado la voz y algunos compañeros los miraban, agachó la cabeza para refugiarse en su pequeño cubículo y odió terriblemente a Mike Thomson por sacar a relucir su peor faceta. ¿Cómo iba a sobrevivir semanas a su lado? Lo miró de reojo mientras lamía el azúcar glasé del donut. Todo lo que tenía de atractivo, lo tenía también de idiota. Y encima era el típico que nunca se inmutaba.

—Centrémonos en el trabajo —siseó ella—. El susodicho le ha dicho la verdad: está divorciado, mira los registros del ayuntamiento. Su exmujer volvió a usar su apellido de soltera. Vive a las afueras y tiene dos hijos que van a la universidad. Por lo visto, la tienda de antigüedades que regenta es famosa desde hace muchos años por encontrar todo tipo de objetos preciados, en las opiniones hay gente que afirma haber comprado desde todas partes del mundo, así que imagino que no es un lugar corriente.

Mike la miró por primera vez algo admirado.

—Admito que eres buena —concedió.

—Por eso estás aquí. Para aprender. Sigamos. Su exmujer sale ahora con un jugador de golf retirado y no parecen tener una relación tirante, sino más bien amistosa. Mira, hasta se dan me gusta de vez en cuando en Facebook. Qué interesante. Los hombres que terminan bien sus relaciones siempre me dan buena espina, porque suele significar que no hubo cuernos de por medio ni ningún otro suceso traumático.

—Eso es discutible.

—Estoy generalizando.

—Vale. ¿Qué más tenemos?

—Habrá que recopilar más información y revisar los mensajes. Los he mandado a imprimir. ¿Puedes ir a recogerlos, por favor? —le preguntó señalando la impresora a lo lejos.

—Claro, jefa —contestó socarrón.

4

Cuando Mike cogió los papeles recién impresos y se giró para volver a la mesa de trabajo, no pudo evitar fijarse en la tirantez del moño de Abby. El cabello oscuro estaba apretado y tenso, como toda ella, en realidad. Por alguna misteriosa razón, en cuanto la vio y supo que era una de esas mujeres controladoras y agobiantes, le entraron ganas de hundir los dedos en su pelo y soltárselo. Mientras la mañana avanzaba, se preguntó qué podría saber una chica como ella sobre los hombres. Era como una tortuga solitaria, aunque, rápidamente Mike advirtió que, a su manera, resultaba atractiva. Muy atractiva. Sobre todo, cuando apretaba los labios con irritación o soltaba un soplido por lo bajo.

Era una lástima que estuviese fuera de su alcance por razones evidentes: sabía por experiencia que nunca era una buena idea mezclar el trabajo con el placer.

Eso no significaba que estuviese ciego. Le era imposible no fijarse en el vestido ceñido de color verde oscuro que marcaba sus generosas curvas, en las piernas torneadas, en su nuca abrazada con una fina gargantilla y en su mullida boca inflexible.

La miró a conciencia antes de volver a sentarse a su lado.

—Dámelos. Veamos a ver... —murmuró concentrada.

—Yo también quiero leerlos —objetó decidido.

—De acuerdo. —Dejó los papeles en la mesa.

Cuando tanto él como ella se inclinaron para poder leer la letra pequeña, sus cabezas estuvieron a punto de rozarse. Mike inspiró hondo al notar el aroma a rosas que ella llevaba puesto, probablemente se había rociado unas gotas en el cuello antes de salir de casa.

—Todo parece muy normal —dijo él al acabar.

—¿En serio? ¿Y qué me dices de esto?

Abby señaló con una uña de color lavanda un par de líneas que Mike volvió a leer en voz alta despacio y con claridad, como si se hubiese perdido algo:

—“¿Por qué quieres que hablemos de nuestras anteriores parejas, Claudia? A fin de cuentas, forman parte del pasado. Deberíamos centrarnos en el ahora. Cuéntame cosas sobre ti. Quiero saberlo todo”.

—Es muy sospechoso —puntualizó ella.

—No lo pillo. El hombre tiene razón.

—Está evitando el tema claramente.

—O es una persona normal que no quiere perder el tiempo hablando de gilipolleces y prefiere conocer a tu maravillosa clienta y dejarse de tonterías.

Abby lo fulminó con la mirada. Por un momento tuvo dudas y pensó que quizás él podría tener razón; no las tenía todas consigo, su olfato parecía estar en huelga, pero fue su orgullo el que le hizo plantarse y empecinarse en la idea. No le daría la razón. Claro que no.

—Es sorprendente que teniendo un pene conozcas tan poco a los hombres.

Mike alzó las cejas y cuando procesó las palabras soltó una carcajada ronca.

—¿Estás bromeando? Creo que eres tú la que no tiene ni idea sobre los hombres. Es más, ¿alguna vez has tocado a uno? Mira, te dejo que te estrenes —comentó burlón mientras se levantaba la camisa y dejaba a la vista una porción tersa y bronceada de su estómago.

El rostro de Abby se tornó rojo. Un rojo casi morado.

—¿Cómo te atreves...?

—Solo te hacía un favor.

—Eres un... eres un completo...

Parecía estar a punto de estallar, con la vena de su cuello hinchada y sus ojos enfurecidos fijos en él. Por suerte, antes de que pudiese encontrar las

palabras adecuadas, Fergie apareció tras su cubículo y los miró con una sonrisa complaciente.

—¿Qué tal, chicos? Os veo compenetrados.

Los había pillado a los dos delante de los papeles impresos, como si estuviesen compartiendo una lectura conciliadora y agradable. Abby curvó los labios con tirantez.

—Oh, sí. Del todo compenetrados. A tope.

—Es lo que tiene que me hayas colocado con la chica más dulce, paciente y amable de la oficina —ironizó Mike—. Soy un tipo con suerte.

Notó que Abby le daba un puntapié bajo la mesa.

—Cuánto me alegro. Hablamos luego, chicos.

Fergie se marchó y los dejó a los dos mirándose con irritación. Abby lo ignoró y decidió que investigaría por su cuenta el pasado de aquel hombre antes de hablar con Claudia.

—¿Y ahora qué? —preguntó él cuando ella se levantó.

—Tenemos otra reunión. Date prisa o llegaremos tarde.

La siguiente cita fue en una cafetería cerca de la oficina. El lugar estaba decorado con tonos rosas y azules, asientos acolchados tipo años cincuenta, y camareras que iban en patines, aunque no había ninguna necesidad y una de ellas estuvo a punto de estamparse varias veces contra el suelo. La clienta se llamaba Sami Looke. Tenía treinta y un años, trabajaba como analista en una empresa de informática y le encantaban los perros.

La saludaron cuando llegaron y se sentaron frente a ella.

—Buenos días, Sami, ¿qué tal estás?

—No muy bien, la verdad —admitió algo nerviosa.

—Pues no te preocupes. Estamos aquí para solucionarlo.

Abby le dirigió una mirada cargada de empatía y le faltó poco para alargar la mano y cogérsela por encima de la mesa. Fue entonces cuando Mike constató que se implicaba demasiado en los casos; tanto, que hasta veía fantasmas en los que no había nada, como en el anterior. Según su opinión, el

hombre había dicho un comentario completamente normal.

—¿Qué desean tomar? —preguntó una camarera.

—Yo un café con leche de soja —pidió Abby.

—Lo mismo para mí —dijo Sami distraída.

—Yo un batido de chocolate con nata por encima. ¿Tenéis lacasitos? Porque no me importaría que le echases unos pocos, así espolvoreados, ¿entiendes?

La camarera asintió y se marchó tras tomar nota mientras Abby le dirigía a él una mirada que podría haber asesinado al mismísimo Santa Claus en plena Navidad. ¿Qué podía decir? Tenía hambre. Y le perdía el dulce. Eso y la comida china. Tenía sus debilidades.

—Empieza por el principio, Sami —la animó ella con tiento.

—Pues veréis... —suspiró profundamente—, Luther y yo llevamos juntos tres años, pero últimamente está raro, muy raro. Siempre llega tarde a casa, ya no quiere que hagamos planes juntos, ¡apenas tenemos sexo! Es como si se estuviese desmoronando la relación.

—¿Has hablado con él de ello? —Quiso saber Abby.

—Sí. Lo he intentado muchas veces, pero cada vez que abordo el tema me dice que veo cosas donde no hay nada, que estoy paranoica o que soy muy pesada. Ya no sé qué hacer. Una amiga me habló sobre la empresa “*¿Buscas al hombre perfecto?*” y decidí llamaros porque no me quedan más opciones. La preocupación empieza a pasarme factura. Duermo fatal.

—Es comprensible, Sami. —Abby asintió—. ¿Ha habido algún cambio en vuestras vidas? Quiero decir, ¿desde cuándo empezó Luther a comportarse así?

—Ahora que lo pienso... unos meses después de que consiguiese el nuevo trabajo. ¿Quizás le está sobrepasando la presión o algo así?

—Mmmm. —Abby guardó silencio.

Mike decidió que era el momento de intervenir.

—¿Tenéis las cuentas bancarias conjuntamente?

—No. ¿Por qué? —Sami estaba confundida.

—Creo que deberías revisar la suya. Solo para asegurarte.

—¿Asegurarme de qué? —La chica lo miró intrigada.

Mike notó la mano de Abby posándose de pronto en su pierna para exigirle que cerrase la boca, pero, para su sorpresa, el contacto lo sacudió. Aunque no lo suficiente como para que se callase y diese marcha atrás. Además, ya era demasiado tarde.

—Sami, creo que tendrías que comprobar que no te esté engañando —le dijo con un tono neutro y amable que solo usaba para casos excepcionales.

—Oh, Dios mío. —Sami se llevó las manos a la cara y se echó a llorar en el preciso instante en el que Abby le pellizcaba con más fuerza.

—¡Joder! —Mike le apartó la mano.

—¿Cómo se te ocurre? —siseó Abby.

—Es lo lógico. Sami, cielo, escúchame —le pidió a la joven, que lo miró con los ojos rojos y las pestañas húmedas—. Sé que es doloroso. Pero es mejor que, cuanto antes, tachemos de la lista las peores opciones para poder seguir averiguando qué le pasa a Luther. Está claro que no estáis bien. E imagino que estás aquí porque no quieres perder el tiempo.

—No, claro que no quiero... —Sorbió por la nariz—. Deseaba ser madre pronto. Siempre he querido serlo. No puedo seguir anclada en esta situación.

—¿Lo ves? —Mike tuvo el atrevimiento de alargar la mano y coger la de la chica por encima de la mesa, ante la sorprendida mirada de Abby—. Esto es también por tu bien. Te mereces saber qué está ocurriendo y no estar a la espera sin más.

—Tienes razón. Lo haré. Revisaré las cuentas.

—Genial. Mira también en los bolsillos de sus pantalones, las chaquetas, la cartera, la guantera del coche y el cajón de la mesita. Y cuando acabes, nos llamas. Nosotros estaremos ahí pase lo que pase, ¿de acuerdo? —le dijo soltando su mano.

—De acuerdo. —Sami le sonrió a Mike.

Cuando la chica se levantó y se marchó, él se puso cómodo en el asiento estirando las piernas y ella se giró y lo miró con tal odio que fue un milagro que no incendiase la cafetería. Pero es que Abby nunca se había sentido tan absolutamente descolocada. Ella no era idiota. Sabía bien que el comportamiento de Luther indicaba que algo *raro* estaba ocurriendo, pero siempre se encargaba ella misma de averiguarlo, aunque tardase más semanas, y seguía un procedimiento muy riguroso antes de comentar con la clienta la posibilidad de que su pareja estuviese siéndole infiel.

Mike, en cambio, había ido directo al grano.

Claro, porque era un hombre.

Y los hombres sin corazón solían hacer eso. No empatizar. No perder el tiempo. No molestarse en tener tacto. Iban a lo que les interesaba sin mirar alrededor.

—¿Cómo se te ha ocurrido esa locura?

—¿Sugerirle una de las posibilidades?

—No trabajamos así. Primero investigamos por nuestra cuenta. No hay necesidad de hacer pasar mal a la pobre chica antes de tiempo, ¿no crees?

—No, no estoy de acuerdo. —Se metió una cucharada de nata en la boca y por un momento Abby se quedó embobada contemplando cómo sus labios saboreaban el azúcar antes de relamerse—. Pienso que es como quitar la tirita a una herida. Mejor de golpe.

—Claro, será porque tú has tenido que quitar muchas tiritas. Los dos sabemos que no. Créeme, Mike Thomson, conozco perfectamente a los hombres como tú. Sé cómo pensáis. Sé cómo sentís. Cuando das un paso adelante, te he visto venir de lejos.

—¿Tengo que mostrarme sorprendido?

—Eres un cretino de manual.

Mike la miró inexpresivo, sin dejar de saborear el dichoso batido, como si nada de lo que ella pudiese decir fuese a afectarle en absoluto. Parecía entrarle por un oído y salirle por el otro. Se retaron con la mirada unos segundos, hasta

que él dijo:

—¿Sabes una cosa, Abby? Yo también conozco a las mujeres como tú. No creas que me han ofrecido el puesto de encargado jefe de forma aleatoria. Y sé cómo piensas. Y sé cómo sientes. Antes de que avances un paso al frente, te he visto venir de lejos.

—¿Eres un papagayo que solo sabe repetir las cosas?

—No, pero me gusta ver cómo te enfadas.

Abby se terminó su café con leche de un trago.

—Apuesto a que tienes razón y conoces bien a las mujeres. No me cabe duda de que te lo has pasado en grande destrozando corazones, haciendo añicos esperanzas y alardeando de tus conquistas noche sí y noche también, pero ¿sabes una cosa, Mike? Ninguno de tus juegos podría jamás funcionar conmigo. Te equivocas de cabo a rabo si crees que me conoces. Tendrías que nacer mil veces más para empezar a hacerlo.

Se levantó con dignidad y cogió su bolso antes de mirar el reloj. Por suerte, faltaba media hora para que terminase la jornada laboral y aún le quedaba el camino a la oficina, así que, por su parte, ya podían despedirse e ir a fichar cada uno por su cuenta.

Mike le mostró una sonrisa perfecta que ella odió.

—Nunca digas nunca, Abby. De hecho, he notado que tienes las manos peligrosamente largas. ¿Qué intentabas antes, chica traviesa?

Abby notó que se sonrojaba al recordar cuando le había dado un pellizco por su intromisión en la conversación. Le había salido sin pensar, como si tuviese toda la confianza del mundo para hacerlo y, al posar la palma de la mano en su pierna, había sentido un torrente cálido e incómodo atravesándola. Puede que por eso apretase con tanta fuerza.

—Eres patético —musitó antes de largarse.

Salió de la cafetería caminando todo lo rápido que se lo permitieron los altísimos tacones que llevaba ese día. Una vez en la calle, decidió ir caminando hasta la oficina. Gerta casi se tropezó con ella cuando entró para fichar y coger

las carpetas que había dejado encima de la mesa para seguir avanzando en casa. Apoyó una mano en su hombro.

—¿Qué tal el día? Pareces nerviosa.

—Terrible. El peor día de la historia.

—No será para tanto. —Gerta se rio—. Sinceramente, el mío es un poco raro, parece un nerd de manual, pero admito que tiene un sentido del humor agradable.

—Qué suerte la tuya. El mío es gilipollas.

—Un gilipollas muy muy guapo.

Abby ignoró a su amiga y se metió las carpetas en el inmenso bolso que llevaba colgado del hombro. Introdujo su tarjeta identificativa en la ranura y suspiró.

—En serio, ¿tan malo ha sido?

—Como cincuenta picaduras de avispas a la vez, todas coordinadas en un ataque perfecto. No, espera. Como trescientas picaduras. Setecientas.

—Creo que lo pillo.

—Es un listillo.

—Querrá participar, mira el lado positivo. El mío, en cambio, ha estado callado todo el día. No diría que no a que de vez en cuando objetase algo.

—Yo pagaría porque fuese mudo —replicó Abby.

Fergie pasó junto a ellas, ya con la chaqueta en el hombro preparada para irse a comer con Mr. Big, que siempre salía del trabajo con tiempo para reunirse con ella.

—¿Todo controlado, chicas?

—Controladísimo —contestó Gerta.

Abby tan solo asintió con la cabeza porque fue incapaz de pronunciar palabra. ¿Controlado? ¡No! ¡No tenía absolutamente nada controlado! ¿Cómo iba a sobrevivir trabajando con Mike durante aquellas semanas? Era su peor pesadilla. Y eso sin contar con que en cuanto abriese las puertas “¿Buscas a la mujer perfecta?”, él trabajaría a diario en el ala oeste de la oficina, no es que al

terminar la formación fuese a desaparecer hasta la otra punta del continente, algo que a ella la habría hecho muy feliz.

5

Si Abby había pensado que el primer día junto a Mike Thomson había sido terrible, se equivocaba. Podía ser aún peor. Mucho peor. Él se lo demostró el segundo día, cuando discutió con ella porque, palabras textuales “*no organizaba bien los casos y el programa informático que usaban en la oficina tenía muchas más funciones que ella estaba desperdiciando*”. Abby le dijo que se metiese sus consejos por donde le cupiesen. Y cuando horas más tarde apareció con una caja de donut y le ofreció coger uno, le contestó que “*gracias, pero no*”, así que Mike repartió los donuts restantes con otros miembros de la oficina y ella estuvo de mal humor todo el día porque salivaba al pensar en lo que no se había comido por orgullo.

Sabía que se estaba comportando como una cría, pero es que no soportaba su mirada canalla, su sonrisa perfecta, sus gestos firmes y su seguridad al moverse a su alrededor.

Le traía demasiados recuerdos. Y, además, no le caía bien.

Dos días después, él le señaló que aún llevaba la etiqueta del vestido que tenía puesto y, al ir a quitársela, le rozó la nuca con la punta de los dedos de tal forma que Abby casi dio un pequeño saltito en la silla, algo que solo provocó que él soltase una risita estúpida.

—¿Qué te parece tan gracioso?

—Nada, estás un poco sensible.

Después, los dos se ignoraron durante el resto del día. Como el trabajo que les tocaba hacer era de oficina, pudieron dividírselo y distanciarse, aunque Abby no podía evitar de vez en cuando echarle miradas de reojo y comprobar que él parecía inmutable.

A la mañana siguiente, Sami llamó por teléfono.

—Buenos días, ¿tienes novedades? Nosotros aún no hemos terminado

de...

—Tiene una amante. —Ahogó un sollozo—. No me lo puedo creer...

—Oh, Dios mío. Lo siento muchísimo, Sami.

—¿Podemos vernos?

—Claro. Hoy justo tengo un hueco a las doce.

—Vale. Y agradecería que también viniese él.

—¿Él? —Por un momento estaba confundida.

—El chico listo. ¿Mike? Es reconfortante.

—Esto... claro.

Abby colgó mientras intentaba procesar las palabras de su clienta. *El chico listo*. Bueno, para ella eso era cuestionable. No era lo mismo ser *listo* que un *listillo*, y ella a él lo catalogaba en el segundo grupo. *Es reconfortante*, la dejaba aún más descolocada. ¿Cómo iba a ser ese hombre reconfortante para nadie? Si era todo lo contrario a la calidez y la empatía.

—¿Quién era? —Le preguntó Mike.

Ella lo miró. Ese día llevaba una camiseta azul marino que se ajustaba a su torso y unos pantalones vaqueros desenfadados que a Abby no le parecían lo más apropiado para ir a la oficina, sobre todo teniendo en cuenta que tenían un roto en la rodilla.

—Sami. Dice que él tiene una amante.

—Lo sabía. Tengo un radar para eso.

—Menudo don —contestó ella con retintín—. Le he dicho que teníamos un hueco a las doce, así que deberíamos salir ya si queremos llegar a tiempo.

Cogió algunos papeles en una carpeta y la metió en el bolso grande que llevaba colgado del hombro derecho. Luego se dirigió hacia los ascensores con Mike pisándole los talones. En el espejo que había allí, mientras bajaban los pisos, Abby se miró y, por un instante tonto, se dijo que, de algún modo extraño, hacían una buena pareja. Ella iba pulcramente arreglada y llevaba un vestido azul oscuro con un escote cuadrado y una falda de tubo. Él, en cambio, vestía mucho más informal y relajado, pero, curiosamente, parecía contrarrestar su

severa imagen. De cualquier modo, ¿por qué estaba pensando en algo semejante? Sacudió la cabeza para apartar esos pensamientos y salió del ascensor.

Afortunadamente, Mike se mantuvo en silencio durante el camino hasta la cafetería. Cuando llegaron, Sami aún no estaba allí, así que se sentaron el uno frente al otro y pidieron dos cafés con leche (el de él con tres de azúcar y canela) y luego se quedaron sumidos en un silencio incómodo mientras se miraban fijamente. Abby deseó que las manecillas del reloj fuesen mucho más deprisa, pero eso no ocurrió. Él probó la espuma del café.

—Delicioso —murmuró.

—Debes tener serios problemas de colesterol con los kilos de azúcar que te metes.

—En absoluto. Estoy sano como un roble.

—Permíteme que lo dude.

Abby le dio un sorbo a su amargo café.

—Mis análisis son perfectos. Y estoy en plena forma física. —Para su consternación, Mike se levantó el dobladillo de la camiseta y dejó al descubierto unos centímetros de deliciosa y dorada piel firme y tersa—. Intenta no ponerte a babear.

—Dios mío. Eres patético —contestó ella con las mejillas sonrosadas. Odiaba profundamente que él consiguiese que se avergonzase de esa manera—. Lamento comunicarte una cosa, querido, no eres en absoluto mi tipo.

—¿Querido? ¿Ya vuelves a hablar a lo Jane Austen?

—¿Qué sabrás tú de Jane Austen? Lo que tengo que aguantar.

Intentó concentrarse en terminarse su café, a pesar de que todavía estaba ardiendo. Cualquier alternativa le parecía mejor que seguir hablando estupideces con él. Ojalá Sami no tardase mucho más, porque estaba empezando a desesperarse.

—Sé algo —continuó Mike con calma—, aunque admito que no demasiado. Solo he leído su obra más famosa, *Orgullo y prejuicio*, si no me

equivoco.

Abby se atragantó con el café.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí... sí, creo... —Se limpió los labios con una servilleta, aún consternada por la sorpresa. Miró al hombre que tenía delante sin poder ocultar su curiosidad. ¿De dónde había salido? Abby estaba segura de qué etiqueta colocarle encima: *mujeriego*, *canalla*, *picaflor*, pero, desde luego, entre esos adjetivos no tenía previsto incluir *lector de novelas románticas*. Se sintió perdida por primera vez en mucho tiempo y eso le molestó.

—Parece que hayas visto un fantasma.

—Tan solo me ha sorprendido. No tienes pinta.

—¿Y de qué tengo *pinta*, según tú? —gruñó.

Iba a contestar, pero en ese momento apareció Sami y, antes de que ella pudiese levantarse, la chica se lanzó a los brazos de Mike y sollozó contra su pecho escandalosamente, llamando la atención de algunos de los clientes de la cafetería. Abby se sintió fuera de lugar, contemplando en silencio cómo él la consolaba y le frotaba la espalda con cariño.

—Ya está. Cálmate. Sé que ahora parece terrible, pero te prometo que dentro de un tiempo te alegrarás de haberte liberado de él —le dijo en voz baja.

Abby carraspeó y se recordó a sí misma que aquel era su trabajo, así que se puso en pie, se abrió paso entre los dos y apoyó sus manos en los hombros de Sami.

—Respira. Uno, dos, tres y toma aire.

—Sí, sí, ya lo hago —respondió ella.

Se sentó a la mesa y pidió una tila para intentar tranquilizarse. Mike se quedó a su lado, algo que a Abby le molestó. No era profesional. Ni mucho menos seguir manteniendo su largo brazo sobre los hombros de la chica, que seguía llorando desconsoladamente. Llevaba el pelo a medio hacer y sus ojos estaba rojos y húmedos.

—No me puedo creer que Luther me haya hecho esto.

—¿Qué es lo que has encontrado exactamente?

—Oh, bueno, varios recibos de ropa interior. ¡Qué típico! Ni siquiera se ha molestado en tomar precauciones para que no lo pillase. ¡Es horrible!

—¿Has hablado con él? —preguntó Abby.

—Aún no, pero le he dejado un mensaje de voz y antes de irme de casa he colocado su maleta delante de la puerta del apartamento. Espero que pille la indirecta.

Se tomó la tila en silencio y ellos le hicieron compañía.

—¿Qué voy a hacer ahora? —gimió con tristeza.

—Lo mismo que todos: seguir adelante —contestó Abby con decisión—. ¿Sabes una cosa, Sami? Sé que ahora crees que estarás perdida sin Luther, pero no es así. No necesitas a ningún hombre a tu lado para ser feliz, porque te tienes a ti misma.

—Gracias, Abby. Y a ti también, Mike.

Se levantaron poco después y fueron juntos hacia la salida. Ya era casi media mañana y a Abby le rugía la tripa del hambre. Se despidió de Sami, dando por concluido su caso de una manera trágica, y esperó mientras ésta le daba a Mike un beso en la mejilla.

—Por cierto —le dijo mirándolo a los ojos—, ahora que estoy soltera, si alguna vez te apetece tomar algo o dar una vuelta, tienes mi teléfono.

“*¡Lo que me faltaba! Verlo ligar en directo*”. Abby inspiró profundamente y se preparó para ver a Mike sonriéndole seductor y decirle algo así como “*claro, te llamaré*”, cuando probablemente no lo haría. Porque así eran casi todos los hombres: mentirosos y cobardes.

—Es un plan increíble, Sami, tanto como tú. Pero no creo que pueda ser. No suelo tener ese tipo de citas. Aun así, llámame si necesitas cualquier cosa.

Ella asintió, algo conmovida, y luego se marchó caminando.

Abby se acercó hasta Mike y alzó las cejas. Se colocó bien su bolso en el hombro mientras el estómago le rugía otra vez. Él la miró con sus alucinantes ojos azules.

—¿No suelo tener ese tipo de citas? Qué desfachatez.

—¿Qué es lo que te molesta exactamente?

—Lo que has querido decir es que no tienes citas porque, querido, los que son como tú no salen por ahí a tomar algo, a cenar o ir al cine, no. Tan solo quedan para copular.

—*Copular*. —Empezó a reír a carcajadas.

—No es gracioso. No lo es.

—Eres única en tu especie.

—No puedo decir lo mismo de ti. Los hombres como tú son como las cucarachas, seguro que sobreviviríais a una bomba atómica. Y deja de reírte.

Mike aún tenía una mano en la tripa y los ojos achinados.

—Está bien, tengo que darte la razón en lo que has dicho. No, no me gusta tener citas. Y sí, sí me gusta copular. O en mi idioma, follar. —Ella notó que se sonrojaba de nuevo al escucharlo hablar así—. Pero, dime una cosa, ¿por qué te parece mal? Yo soy sincero. No he engañado a Sami. Me gustan las cosas claras.

—Qué bien. Eres encantador —ironizó.

Mike estaba a tan solo unos centímetros de distancia. De repente, para Abby pareció desaparecer la calle donde se encontraban y la gente que había alrededor. Él se inclinó peligrosamente hacia ella y el olor de su colonia masculina la sacudió.

—¿Quieres comprobar lo encantador que puedo llegar a ser?

—¿Te estás insinuando? —Su voz sonó ahogada.

—Es posible. Piénsalo. Estás muy muy tensa, Abby. Probablemente te haga falta algún tipo de ejercicio físico para liberar todo ese estrés que tienes.

Su tono era seductor y pendenciero. Abby notó que le ardían las mejillas por tercera vez consecutiva en apenas una hora. Cuando intentó alejarse de él dando un paso atrás, tropezó con una farola y Mike tuvo que sujetarla del codo para evitar que cayese.

—No te tocaría ni con un palo —siseó.

—Tú te lo pierdes. —Él se encogió de hombros con indiferencia—. Me voy a comer, estoy muerto de hambre. Conozco una pizzería que está a dos calles de aquí, ¿te apuntas?

Abby casi salivó al escuchar la palabra *pizzería*. Tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para rechazar la oferta, pero consiguió negar con la cabeza.

—Gracias, pero no.

—Como quieras.

Mike suspiró, como si lidiar con ella fuese agotador, y después desapareció caminado en línea recta y con las manos en los bolsillos. Ella se quedó observándolo unos segundos y se dijo que, si no lo conociese, probablemente se hubiese fijado en él, porque destacaba entre la multitud. No era solo su forma de andar, tan decidida y segura, sino también el hecho de que le sacaba una cabeza de altura a la mayoría de la gente y que tenía un trasero increíble.

“¿*En qué estás pensando?*”, se recriminó.

Dio media vuelta y se dirigió a un local en el que servían unas insípidas ensaladas. Pidió una con distintos brotes verdes, queso fresco y tomates cherry.

Durante el resto de la tarde, cada uno se ocupó de diferentes tareas, pero apenas tuvieron que intercambiar más de unas cuantas palabras antes de despedirse. Abby fue a su clase de yoga habitual, pensando en lo mucho que la necesitaba para volver a encontrar su lado más zen. Cuando llegó a su apartamento, se quitó la ropa deportiva y se dio una larga y caliente ducha mientras meditaba sobre que cenar y si quedarse aquella noche trabajando un poco más o, por el contrario, viendo alguna de las series a las que estaba enganchada.

Y en medio de esa diatriba, al tiempo que el agua seguía cayendo y deslizándose por su cuerpo, Abby sintió un escalofrío extraño. No fue desagradable, tan solo inesperado. Porque, de repente, recordó las palabras de Mike susurrantes y diciéndole lo encantador que podía llegar a ser cuando se lo

proponía. No pudo evitar imaginarse cómo sería en la cama. Seguro que decidido, exigente y sexy. Pensó en sus manos masculinas y grandes recorriéndole las caderas y bajando lentamente más, mucho más. Se estremeció. Maldito, Mike.

Apago el grifo de la ducha de golpe.

6

—Pareces ausente —le dijo Christian.

—¿Qué decías? —Mike se giró hacia su amigo.

Era sábado por la noche y había quedado para tomar algo con él. Estaban en uno de los locales de moda de la ciudad, decorado con plantas colgantes y luces de tonalidades azules. Se habían acomodado frente a la barra y habían pedido un par de cervezas.

—Pues eso, que estás extrañamente ausente.

—No, para nada. Solo estoy cansado. Una semana dura, ya sabes, el nuevo trabajo.

—Aun no me puedo creer que vayas a dedicarte a algo así.

—Te sorprendería lo bien que pagan. Y es divertido.

—Eso no lo dudo. —Christian se acabó la cerveza—. Mira a esa chica de ahí, la morena de la esquina que lleva un vestido naranja. No ha dejado de mirarte.

—Ya lo sé. —Sonrió fanfarrón.

—Bien, porque estoy a punto de abandonarte. —Sacó un par de billetes y los dejó sobre la barra—. Lo siento, colega, pero hay una rubia a las tres en punto muy interesante.

Mike se rio mientras su amigo se alejaba y se acercaba hasta la chica, que casi parecía estar esperándolo. Luego se dio la vuelta de nuevo y se terminó su bebida mientras observaba los movimientos rítmicos del camarero que estaba preparando un cóctel. Movié el cuello a ambos lados para quitarse la tensión acumulada. Le había dicho la verdad a Christian: había sido una semana dura. Empezar en un nuevo trabajo siempre tenía sus dificultades, pero él no imaginaba que la tarea que más se le fuese a complicar tuviese nombre y apellido.

Abby Walkes. Insufrible mujer.

Abby. Severa, aburrida y sosa.

Y, pese a todo, él pensaba en ella más de lo que debería. No estaba seguro de qué era lo que le resultaba terriblemente tentador, si su deliciosa boca apretada, los ajustados vestidos que le quitaban el aliento o esa mirada desafiante que parecía decirle “*no vas a poder conmigo*”.

Ahí estaba su respuesta. Abby Walkes se estaba convirtiendo en un reto. De pronto, como un chiquillo caprichoso, Mike necesitaba caerle bien. Mas aún, gustarle. Atraerle. Quizás porque no estaba acostumbrado a que una mujer lo rechazase de una forma tan contundente, o porque sencillamente le llamaba la atención la personalidad tajante y controladora de Abby. ¿Por qué le guardaba ella tanto rencor a todos los hombres? Era evidente que había tenido una mala experiencia en el amor, pero, más allá de eso, parecía haberse encerrado como una tortuga en su caparazón. Y Mike deseaba sacarla de ahí.

—Perdona, ¿estás solo?

Se giró al escuchar esa encantadora voz. La chica del vestido naranja estaba a su lado, mirándolo descaradamente. Tenía unos ojos vivaces y unas piernas largas y bonitas.

—Tristemente solo. —Mike le mostró una sonrisa encantadora.

—Entonces estaré encantada de ponerle remedio a esa tragedia.

—¿Qué te apetece tomar? —preguntó él mientras ella se sentaba en el taburete de al lado. Se fijó en que el vestido se le subió un poco más por las piernas.

—Lo mismo que tú tomes, gracias.

—Dos gin-tonic —le dijo al camarero.

Bebieron sin dejar de mirarse el uno al otro y hablando de todo un poco. La chica, que se llamaba Pamela, le contó que trabajaba en un despacho de abogados y que llevaba soltera siete largos meses. Mike no dio demasiados datos sobre sí mismo, nunca solía hacerlo, tan solo comentó que trabajaba en una agencia y que a él también le gustaba el surf.

—¿De dónde eres, Mike? —se interesó.

—Alabama. ¿Tanto se me nota el acento?

—Un poco. Pero el acento sureño es muy seductor. —Mordisqueó la pajita rosa que tenía entre los dientes—. Podríamos seguir hablando toda la noche, pero me preguntaba si prefieres que vayamos directos al grano y nos acerquemos a mi apartamento. Está apenas a unas cuantas manzanas de aquí, pero podemos coger un taxi, si quieres.

—Me gusta tu forma de hacer las cosas.

Diez minutos más tarde, los dos estaban dentro de un taxi. Pamela se sentó en su regazo, le rodeó el cuello con las manos y lo besó con decisión. Mike apoyó una mano en su cintura y cerró los ojos mientras el vehículo recorría las calles de la ciudad y esa mujer se contoneaba sobre él de una forma absolutamente deliciosa.

Por eso Mike no entendió que, en ese preciso momento, su cerebro decidiese sacar a relucir de nuevo el nombre de Abby Walkes. Su rostro apareció de repente y él no pudo evitar preguntarse cómo se sentiría si la mujer que tuviese encima fuese su quisquillosa compañera de trabajo. Se excitó al instante. Notó que los pantalones le apretaban más de la cuenta justo cuando el taxi paró. Reaccionó a tiempo para sacar su cartera y pagar el viaje antes de salir cogido de la mano de Pamela y dirigirse hacia su portal.

Mmmm, sí, definitivamente la boca de Abby era deliciosa.

Frenó en seco mientras ella sacaba las llaves.

—¿Qué haces ahí parado? Entra, tonto.

—Mierda. No puedo.

—¿Qué?

—Lo siento. No es por ti.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No, demonios, claro que no. Es solo que me has pillado en un día raro, ¿sabes? No dejo de pensar en... cosas que no debería pensar. —Se rascó la nuca—. ¿Te importa si nos vemos otro día? Hoy no es un buen momento.

—Que te den, Mike —escupió ella furiosa.

La vio entrar en el portal y cerrar con fuerza.

Mike se dijo que no podía culparla por estar cabreada. Cogió aire, se dio la vuelta y decidió dar un paseo hasta la parada de taxis más cercana. ¿En qué narices estaba pensando para rechazar a una chica como aquella? Era absolutamente preciosa. ¿Y por qué pensaba en la dichosa Abby? Si ni siquiera le caía bien. Tenía pinta de pasarse todo el día oliendo a mierda, con esa pequeña naricilla suya respingona arrugada. Y era desagradable. Y terriblemente prejuiciosa. A él no le gustaba la gente que tenía prejuicios.

Se repitió eso varias veces durante el día siguiente.

Paso el domingo en el apartamento que había alquilado semanas atrás. Había un gimnasio comunitario en la última planta y fue allí a descargar algo de adrenalina. Luego, sudoroso y cansado, pidió comida china, pero cuando probó los tallarines se dijo que no estaban demasiado buenos y, además, se los habían servido fríos. Tendría que encontrar un restaurante mejor. Se puso una serie en la televisión y comió en silencio mientras veía a través del ventanal las luces de la ciudad encendidas y brillantes.

Se preguntó qué estaría haciendo Abby.

Luego, aburrido y saciado, cogió su ordenador portátil y tecleó el nombre de la joven. Ya lo había hecho la primera vez que supo de su existencia, pero eso fue antes de conocerla y, para ser sincero, no le llamó especialmente la atención. Sin embargo, ahora que sabía cómo era, todo adquiría otro cariz. En su Instagram había pocas fotografías. La última era de una insípida y triste ensalada. En otra salía ella con unas gafas de sol y mirando hacia el infinito en lo alto de un rascacielos de la ciudad. En otra, se veía a unas niñas de espaldas y, por un momento, Mike se preguntó si no sería madre soltera y escondería celosamente su intimidad. Puede que se hubiese divorciado tras algún suceso traumático, algo que explicaría su alergia a los hombres. Ninguna foto era especialmente interesante. Un libro, un viaje a la nieve, un ramo de flores silvestres, unos zapatos de tacón de color rojos de lo más sugerentes...

Lanzó el móvil a un lado cuando se cansó de pensar en ella y apagó la televisión. Era tarde y sería mejor que descansase para afrontar el lunes con energía.

Tal como Mike había esperado, cuando ella apareció a la mañana siguiente, lo hizo ya con el ceño fruncido al verlo. Aquella mañana llevaba una camisa blanca y una falda con un estampado floral con una raja en el lado derecho que a él le hizo tragar saliva con fuerza.

—Buenos días —lo saludó ella secamente.

—¿Has pasado un buen fin de semana?

—Sí, gracias. ¿Y tú? No me lo digas, seguro que has tenido unas noches ajetreadas. Ya me lo imagino —comentó con tirantez y, por un momento, él odió que ella hubiese dado en el clavo, solo que al final no terminó lo que había pensado hacer con esa chica.

—Ha sido divertido, sí —mintió—. ¿Tú qué tal? ¿Muy ocupada haciendo esquemas sobre todos los hombres que odias sin razón alguna?

—Yo no odio a nadie sin razón.

—A mí, para empezar.

—No te odio.

Pasó de largo por su lado y se sentó en su escritorio. Mike la siguió y se acomodó a su lado. Le rozó el brazo y ella se sacudió en respuesta. Él también sintió la chispa que pareció saltar entre ellos. Se miraron en silencio unos segundos.

—Pues disimulas muy bien tu no-odio.

—Tenemos mucho trabajo por delante.

7

Abby se esforzó por ignorar la presencia de Mike, aunque no era una tarea sencilla con él dando vueltas a su alrededor durante toda la mañana. Intentó olvidar el preocupante episodio que había imaginado cuando estaba dándose esa reconfortante ducha. ¿Cómo podía haber pensado en él de esa manera?, se preguntaba constantemente. Al final había optado por aferrarse a la idea de que llevaba demasiado tiempo sin sexo. Eso era cierto. Tres años. Tres largos años durante los que había evitado cualquier proposición, cita o coqueteo. Y claro, de repente tenía que pasarse el día pegada a un hombre que parecía sacado de la sección de moda de un catálogo de ropa y su traicionero subconsciente se la estaba jugando.

Le encargó la tarea de comunicarle a Claudia Brown que no había encontrado nada sospechoso sobre el hombre que estaba conociendo y que, probablemente, debería darle una oportunidad. Eso sí, le dijo que siguiese mandándole los siguientes mensajes para analizarlos.

—¿No hay ningún caso nuevo? —pregunto Mike.

—Un par. Pero puedo encargarme sola.

—Se supone que soy tu fiel pupilo.

Ella lo miró por encima del hombro y sonrió sin ganas.

—Qué rara suena la palabra *fiel* en tus labios.

No supo a qué vino ese ataque tan gratuito, pero se sentía violenta por las sensaciones que él había despertado en ella. Además, no le caía bien, nada bien. Era demasiado egocéntrico, seguro de sí mismo y la hacía sentirse incómoda e insegura.

—¿Sabes una cosa, Abby? Estoy empezando a cansarme de este juego tuyo. Quizá te sorprenda, pero puedo ser capaz de follar sin engañar. Y no, nunca he sido infiel.

Ella quiso contestar algo mordaz, pero no fue capaz. Apretó los labios y fingió que se concentraba en los papeles que tenía delante cuando, en realidad, no podía dejar de pensar en Mike y lo mucho que la descolocaba. ¿De dónde había salido aquel tipo? Uno que tenía pinta de mujeriego y se comportaba como tal, pero que también leía a Jane Austen, le perdía el dulce de un modo preocupante, tenía un hámster y aseguraba ser fiel.

Abby seguía dudando seriamente esto último, por supuesto.

Los hombres eran capaces de decir cualquier cosa para limpiar su imagen o salirse con la suya, lo sabía bien por experiencia. Ya no le bastaban un par de palabras para lanzarse al vacío con los ojos cerrados. Ahora solo se fiaba de las pruebas y los hechos.

—Y bien, ¿cuáles son esos casos? —insistió él.

—Si de verdad te interesan, están en la carpeta.

Mike la cogió, se la llevó a su lado del escritorio y estuvo echándole un vistazo durante un buen rato. Cuando Fergie los llamó para que fuesen a su despacho, los dos se pusieron en pie a la vez sin dejar de mirarse con cierta tensión flotando a su alrededor.

—¿Nos has llamado? —preguntó Abby al entrar.

—Sí. ¿Qué tal, chicos? Quería ver cómo iba todo.

—Genial —respondió ella secamente.

—Sí. —Mike la miró—. Abby consigue que todo fluya con facilidad, ¿sabes? Es ese tipo de persona que hace que las cosas sean fáciles —ironizó, aunque la jefa no pareció notar lo, pues mientras lo escuchaba estaba ocupada mirando su móvil que no dejaba de pitar.

—Así soy yo, muy servicial —añadió Abby.

—Bien, chicos. Me alegro mucho. Ya casi han acabado la obra en la zona oeste de la oficina, así que todo va sobre ruedas y sigue según lo previsto.

—¿Necesitas algo más?

—No, tan solo que sigáis como hasta ahora. Estoy orgullosa de vosotras, habéis conseguido integrar a todo el equipo masculino mejor de lo que

imaginaba.

Mike tuvo que contenerse para no poner los ojos en blanco antes de salir del despacho seguido de Abby. Montaron en el ascensor porque tenían que ir a ver a una clienta.

—Es sorprendente lo poco que tu jefa te conoce.

—Eso no es cierto. Simplemente, confía en mí.

—¿No sabe que eres una arpía con los hombres?

—No lo soy. Mira, ese compañero tuyo, el que le ha tocado a Gerta, ¿cómo se llamaba?

—Lucas.

—Pues me parece agradable.

Lo decía en serio. El chico se pasaba el día dando vueltas por la oficina con una actitud servicial y amable, preguntando si alguien quería café o necesitaba que le fotocopiase algo. Llevaba unas gafas de pasta que aniñaban su rostro aún más y el pelo engominado hacia atrás. Tenía pinta de ser estudioso, inteligente y considerado, todo lo contrario que Mike.

—Yo también soy agradable.

La atravesó con la mirada y ella apartó la vista. Las puertas del ascensor se abrieron y se dirigieron hacia la boca del metro. Ella caminó por cuidado con sus altos tacones esquivando los charcos de agua que había en el suelo por culpa de la tormenta de la noche anterior. Una vez subieron en el que les correspondía, se sentaron juntos mientras iban dejando atrás las estaciones. Abby estaba tensa. No podía dejar de mirar su brazo tan cerca del suyo, rozándolo a veces cuando había alguna curva. Por suerte, el viaje no era demasiado largo y no tardaron en llegar a su destino.

En un coqueto apartamento decorado con tonos rosas y grises, los esperaba Laila Palmer, una conocida modelo que quería, ante todo, discreción a la hora de solicitar sus servicios. Les abrió la puerta con una sonrisa y sus ojos de un verde esmeralda se clavaron en Mike con una mezcla de curiosidad y atracción. Abby se dijo que debía empezar a acostumbrarse a que él causase ese

efecto en general ante cualquier mujer.

—Pasad. ¿Os ha visto alguien subir?

—No, tan solo el portero.

—Bien, perfecto.

La siguieron hasta una pequeña sala y se acomodaron en los sofás. Era la primera vez que Laila contaba con sus servicios, así que se la notaba algo insegura antes de empezar.

—¿En qué podemos ayudarte, Laila?

—Veréis... ¿por dónde empiezo?

—Siempre por el principio —bromeó Mike.

—Buena sugerencia. —Ella le sonrió—. Estáis aquí porque hace unas semanas conocí al hombre más encantador, maravilloso y guapo del mundo —dijo mientras se llevaba las manos al pecho con teatralidad—. Pero estoy cansada de equivocarme.

—¿En qué sentido, exactamente?

—Cada vez que tengo una aventura o empiezo una relación, termino haciéndolo público antes de tiempo. Y cuando no lo hago, sale en la prensa. El problema es que estoy cansada de que me llamen "*Laila, la coleccionista de hombres*"; no es cierto que tenga muchas relaciones, sencillamente conozco a chicos, como hace cualquiera, y todos terminan siendo ranas. Desde fuera parece que cambie de novio cada semana, pero la realidad es muy distinta.

—Lo entiendo.

—Sin embargo, no quiero hacer pública ninguna relación más hasta que no esté realmente segura de que vale la pena apostar por esa persona y hacer frente a la prensa.

—Es comprensible.

—Lo que quiero es averiguar algunas cosas sobre Martin, el chico que he conocido. Yo estoy segura de que es mi alma gemela, hay algo... algo que me dice que no me estoy equivocando... pero me da miedo llevarme otro chasco.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—En concreto, un asunto relacionado con su exmujer y su empresa. Necesito asegurarme de que está en trámites de divorcio, como él dice. No es el primero que me miente con algo así para después descubrir que nunca había pensado romper con su esposa.

—Vale. —Abby lo anotó servicialmente.

—Y también quiero saber el estado de su empresa. Estoy cansada de hombres que quieren conocerme solo por mi fama y mi dinero. El último estaba en banca rota y me engañó para que comprase acciones en su propio beneficio.

—Eso es terrible.

—Lo sé.

—De acuerdo. Creo que será sencillo conseguir lo que necesitas para seguir conociendo a Martin —opinó Abby—. Te llamaremos en unos días.

—Muchísimas gracias por venir.

—A ti por confiar en nosotros.

No habían estado más de quince minutos dentro de aquella casa cuando salieron de nuevo al exterior. Había sido una reunión de las sencillas, una de esas en las que ella tenía las cosas claras y tan solo necesitaba contrastar algunas dudas muy concretas.

Mike la miró con las manos en los bolsillos.

—¿Y ahora qué? ¿Podemos comer algo?

—Aún no es la hora —contestó ella.

—Siempre puedes saltarte las reglas.

—Las reglas están para cumplirlas.

—¿Has sido así de aburrida toda tu vida?

Abby lo ignoró. Retomó el paso con decisión mientras intentaba buscar en su bolso el pintalabios para retocarse un poco. Estaba tan distraída, que no lo escuchó.

—¡Cuidado! ¡Abby, cuidado! —gritó Mike.

—Pero ¿qué...?

No llegó a terminar la frase. Cuando alzó la cabeza tenía delante de sus

narices un autobús que venía de frente a toda velocidad y, un segundo después, notó un golpe contundente en su espalda y cayó de bruces contra el suelo, justo encima de un charco de agua del rastro de la tormenta del día anterior. Se escuchó el sonido agudo de un claxon y, al intentar moverse, notó el peso de Mike junto a ella antes de que se apartase.

—Maldita sea, ¿estás bien? —Él parecía agitado.

—¿Qué? Yo... Sí, estoy bien...

—Mierda, estás sangrando.

—¿Sangre? —Estaba mareada.

—No te muevas, Abby. Espera.

Sintió las miradas de la gente fijas en ella y varias personas se acercaron para ayudarla. El autobús había frenado el seco una vez Mike la alejó de su trayectoria. La animó a ponerse en pie despacio, dejando que se apoyase en su pecho firme. Mike le limpió con un pañuelo un pequeño corte que se había hecho en la ceja. Cuando el mareo se disipó un poco y los transeúntes dejaron de prestarle tanta atención, Abby respiró hondo.

—¿Qué ha pasado?

—Que has estado a punto de lanzarte contra un autobús.

—No lo he visto venir, estaba...

—Pintándote los labios, sí.

Abby lo miró ceñuda, pero no protestó. Era cierto. Se había distraído pensando en quién sabe qué, ajena a todo. Cuando volvió en sí, ahogó una exclamación de disgusto y vergüenza al ver que su bonito vestido de color crema estaba lleno de barro tras caer encima del charco. La ropa de Mike no estaba mucho mejor. Iban hechos un desastre.

—Oh, cáspita —musitó—. ¡Esto no tiene arreglo!

—*Cáspita* —repitió Mike incrédulo, porque no podía creerse que una persona del siglo XXI usase una expresión semejante sin tener, como mínimo, ochenta años.

—¿Qué hacemos ahora? ¡Tenemos otra reunión esta mañana!

Estaban en la esquina de la calle de una larga avenida, los dos con la ropa sucia y ella con el moño deshecho y los mechones de cabello deslizándose por sus hombros.

—No entres en pánico, tengo una idea.

—¿Cuál?

—Mi casa está a cinco minutos de aquí. Podemos ir allí, poner el programa de lavado y secado de dos horas, salir rápido e ir a esa reunión, que si me equivoco tampoco está lejos. Puede que incluso nos pille bien acercarnos a pie. ¿Qué te parece?

Abby estaba bloqueada. ¿Ir a casa de Mike Thomson? En cualquier otro momento le hubiese parecido una idea terrible, pero estaba cansada y sucia. Tampoco es que tuviese muchas más opciones. Y visto en perspectiva parecía algo razonable.

—De acuerdo. Hagámoslo.

—Bien. —Mike sonrió.

Se dirigieron a buen ritmo hacia su casa por la calle contigua. No llevaban mucho tiempo caminando cuando él sacó las llaves de su bolsillo y la encajó en la cerradura de un bonito portal acristalado, como el resto del edificio. El interior estaba decorado en tonos blancos y por fuera las monturas eran plateadas y brillaban. Ya en el ascensor, Abby empezó a ponerse nerviosa y a ser consciente de dónde estaba. ¿Y si alguien se enteraba en la oficina de que había ido a casa de Mike? ¿Y si pensaban que había algo entre ellos? No es que existiese ninguna norma explícita en el trabajo que prohibiese las relaciones entre sus empleados, pero la mera idea de que alguien pudiese creerlo la sacaba de quicio.

Se mantuvo en un silencio tenso mientras él abría la puerta.

A pesar de su reticencia, Abby no podía ignorar que tenía una insana curiosidad por saber cómo sería su apartamento. Y cuando entró y le echó un primer vistazo general, no pudo evitar sorprenderse. Estaba medianamente aseado y ordenado, a pesar de que a un lado del comedor principal había algunas

cajas de cartón amontonadas.

—Siento el desastre. Me acabo de mudar.

—¿No vivías en Nueva York?

—Sí, pero en la otra punta de la ciudad, a dos horas del trabajo. No era muy práctico y se me acabó el contrato de alquiler, así que pensé que era el momento de un cambio.

—No está nada mal.

En realidad, estaba muy bien, en una buena zona y era bastante más grande que el suyo. Las paredes estaban desnudas todavía y no había rastro de nada demasiado personal. La cocina estaba abierta y separada del salón por una pulida barra de madera y, en el banco de mármol grisáceo, había un par de cajas de comida china que probablemente habría pedido el día anterior, la noche del domingo. El lugar aún no estaba adornado ni había detalles.

Mike la observó mientras ella lo miraba todo.

—El baño es la primera puerta a la derecha, para que te quites la ropa. — Abby sintió una punzada al escuchar aquellas palabras. ¡Señor! Hacía tanto tiempo que un hombre no le pedía que se quitase la ropa que, por un segundo, sintió un leve deseo que creía haber olvidado—. Espera. Te dejaré algo para que te vistas mientras ponemos la lavadora...

Ella contuvo el aliento cuando él pasó por su lado y le pidió que lo siguiese hasta su dormitorio. Le resultó peligrosamente íntimo estar en esa habitación. La cama estaba a medio hacer, con las sábanas arrugadas a un lado. Abby hizo un esfuerzo para no imaginárselo allí tumbado. Y con poca ropa. O desnudo. Completamente desnudo. ¡Por Dios! Pero ¿qué le estaba pasando? Se dijo que ojalá pudiese tener un botón de apagado para su cerebro.

Mike abrió su armario y sacó una camisa larga. Se la puso encima y ella dio un saltito por la sorpresa antes de retroceder, sintiéndose perdida allí con él.

—Te queda a modo de vestido —opinó Mike.

—Mmmm... —Un vestido muy corto, quiso añadir, pero, en cambio, sencillamente cogió la percha y salió del dormitorio—. Creo que bastará.

—Bien. Si quieres darte una ducha, no te cortes.

Ella no contestó, pero, por supuesto, no pensaba ducharse. ¡Solo faltaría eso! Ya se sentía suficientemente violenta metida en aquella situación. ¡Y todo por querer pintarse los labios en plena calle! Maldita suerte la suya. Se metió en el cuarto de baño e intentando ignorar las cosas personales de Mike que había allí, bajó la cremallera de su sucio vestido de color crema.

8

Mike no podía dejar de pensar en ella. En ella en su baño. En ella desnudándose. En ella bajo el chorro de agua caliente detrás de la mampara. En ella en su cama...

Sacudió la cabeza cuando la situación se le fue de las manos. Parecía un estúpido crío de quince años cuando se trataba de esa dichosa mujer. Que, por cierto, le había dado un susto de muerte al cruzar esa calle sin mirar mientras se pintaba los labios con parsimonia a punto de ser atropellada por un autobús. Tardó un buen rato en conseguir que el corazón dejase de latirme a mil por hora por culpa del temerario percance.

Decidió darse una ducha rápida en el otro baño que había en el apartamento, uno mucho más pequeño, y ponerse ropa limpia y cómoda. No estaba seguro de si había sido una buena idea proponerle que fuese a su casa. Se sentía raro y violento, porque, aunque no fuese en el mismo sentido acababa de romper una de sus reglas: no llevar a chicas a casa. Mike llevaba años cumpliéndola a rajatabla, sin excepción. Y cierto que Abby no era una de sus conquistas ni un ligue esporádico, pero no dejaba de ser una mujer. Peor aún. Una mujer que a él le atraía mucho, demasiado. Hubiese sido distinto si no sintiese ese deseo al verla.

Un deseo que se acrecentó cuando salió recién duchado, fue hasta su comedor y la vio sentada en el sofá con los hombros tensos, la espalda recta y vestida tan solo con la camisa blanca y larga que le había prestado al llegar.

Era una escena tremendamente erótica.

Carraspeó para aclararse la garganta.

—¿Dónde está tu ropa?

—La he dejado dentro de la lavadora, pero aún no la he puesto. No estaba segura de si ibas a querer lavar también la suya ni de qué programa sería

el más rápido.

—Bien, no te preocupes. Yo me encargo.

Mike pulsó el botón correspondiente para un lavado exprés y después le preguntó si quería algo para beber. Ella respondió que agua. Típico de Abby, ser escandalosamente sosa hasta para la elección de la bebida. Entonces, ¿por que lo atraía de esa manera cuando era la chica más insípida y controladora que había conocido en toda su vida?

Se sentó en el sillón que había frente al sofá.

—¿Cuánto tarda el lavado? —preguntó.

—Una hora. Y media más de secado.

Abby lo miró y él la miró a ella. Como ninguno tuvo nada más que decir y se quedaron en silencio, los dos terminaron apartando la vista con incomodidad. Hasta ese instante, Mike no se había planteado qué iban a hacer juntos encerrados en su apartamento durante una larga y eterna hora y media. No tenían absolutamente nada en común. ¿De qué podrían hablar? De repente supo que lo único que compartían era el trabajo.

—¿Cómo crees que le irán las cosas a Claudia?

—Ni idea, pero espero que bien. Se lo merece. —Abby suspiró—. Ha tenido mala suerte en general, pero su última relación la dejó muy tocada.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Mike.

—Él era diez años más joven, pero Claudia creía que estaba enamorado de ella. No fue así. En realidad, solo le interesaba su dinero. Ya te habrás dado cuenta de que las cosas le van muy bien, tiene una empresa familiar de arte contemporáneo. En fin, el caso es que el chico acabó robándole varias joyas y dinero en efectivo antes de largarse con otra mujer. Aún siguen teniendo asuntos pendientes y viéndose en los juzgados de vez en cuando.

—Joder. Qué cabrón.

—Sí que lo es.

Volvieron a mirarse con incomodidad. Mike se fijó en sus piernas, que quedaban a la vista con la camisa a modo de vestido que llevaba puesta. Eran

preciosas. Ligeramente bronceadas, largas y esbeltas, pero con forma. Deseó separarlas con suavidad y recorrerlas desde los tobillos hasta mucho más arriba con los labios...

Clavó sus ojos en ella con intensidad.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu historia?

—¿Mi historia?

—Sí. ¿Por qué odias a todos los hombres? ¿Y cómo acabaste trabajando en “*¿Conoces al hombre perfecto?*”, no hace falta ser un genio para entender que las dos cosas van de la mano.

—¿Por qué iba a contarte a ti nada sobre mí?

—Bueno, acabo de salvarte la vida.

—*Touché*. —Puede que fuese una de las primeras veces que Abby le sonreía con sinceridad. Ella se recostó en el sofá—. Simplemente nunca me fue bien.

—Pero ¿por qué? —insistió él.

—Por todo tipo de razones.

—A ver, sorpréndeme.

—Veamos... —Pareció que Abby se relajaba durante aquel momento, mientras hacía memoria y empezaba a enumerar con los dedos de la mano—. De pequeña llevaba aparato y era demasiado alta para que ningún chico se fijase en mí, así que siempre me sentí ignorada. Luego, en el instituto, Alan Ferguson me pidió que fuese con él al baile de fin de curso y yo estuve semanas fantaseando con lo maravilloso que sería todo, eligiendo cuidadosamente mi vestido, el peinado, las pulseras artesanales que hice... ¿Y para qué? Para nada. Alan se abalanzó sobre mí en cuanto subí al coche, así sin anestesia. Besaba como un oso hormiguero, era una especie de aspirador. Acabé saliendo del coche y volviendo a casa descalza porque los tacones de mi hermana que me había puesto eran una tortura.

—Vaya. —Mike estaba conmocionado—. ¿Y todo este odio por los hombres es por ese tal Alan Ferguson cuando ibas al instituto? Porque quizás es

hora de superarlo.

—¡Claro que no es por él! Solo fue el comienzo.

Mike se puso más cómodo en el sofá, deseando seguir escuchándola. Le producía una mezcla entre gracia, ternura y curiosidad. Suspiró hondo.

—De acuerdo. Pues continúa, no te cortes.

—Está bien, si es lo que quieres... —Abby arrugó la nariz al hacer memoria—. En ese momento pensaba que las cosas mejorarían cuando fuese a la universidad, ¡já! Error. Allí estuve saliendo con Matt, un chico que iba de intelectual, pero al que en realidad solo le interesaba quitarme las bragas. Intentó hacerlo una vez mientras estudiábamos juntos en la habitación de mi residencia. Más tarde tuve mi primera relación seria, poco después de empezar el tercer curso. Fue con Luke Pattinson. Estuvimos juntos un año y medio.

—¿Y por qué rompisteis?

—Lo encontré copulando con mi compañera de habitación.

—Joder. —Intentó no reírse por el uso de la palabra *copular*.

—Sí, fue un marrón. Principalmente porque me tocó seguir en esa habitación durante el resto del curso. Y no, no es agradable ver pasearse por ahí a tu exnovio a menudo haciéndose arrumacos con su nueva conquista. Creo que fue el peor año de mi vida.

—No me extraña. ¿Y después?

—Después conocí a varios chicos, pero ninguno terminó de gustarme lo suficiente como para tener una segunda cita. Me gradué y encontré un trabajo mal pagado. Allí conocí a Rick, mi jefe. Y aprendí una gran lección: nunca te acuestes con tu superior.

—¿Cuánto tiempo duró lo de Rick?

—Unos ocho meses, hasta que descubrí que no estaba en proceso de divorcio con su mujer como me había dicho. Un día su esposa apareció en la oficina con un paquete enorme de regalo para darle una sorpresa por San Valentín. Así me enteré de que su matrimonio no estaba roto, como él me aseguró desde el principio.

—Pues sí que has sido gafe —admitió Mike.

—Eso no es todo. Luego estuve con Tim Dawson un año, pero me dejó porque aseguró que estaba pasando la crisis de los veinticuatro. Ni siquiera estoy segura de que exista, creo que no. Y hubo más. Un montón de citas terribles, en las que solo deseaba largarme a mi casa y dejar de tener la típica conversación insustancial que siempre se resume en lo mismo: “¿a qué te dedicas?”, “¿qué es lo que estás buscando?”, “¿de dónde eres?”, “¿donde estudiaste?”, “¿te gustaría que nos tomásemos la última copa en mi casa? Está cerca de aquí”. Y un largo blablablá demasiado parecido. Me arrepiento de todo ese tiempo perdido, sinceramente.

—Entiendo. ¿Y ahí entraste a trabajar en la empresa?

—No, eso fue un año después, cuando lo mío con Richard se rompió. Fue el último de todos ellos. La guinda del pastel. Cuando por fin parecía que había encontrado a un hombre honesto y simpático, una tarde cualquiera me dijo que teníamos que hablar. Llevábamos cinco meses juntos y todo era perfecto. Sin grandes fuegos artificiales ni una atracción loca, pero sí manteníamos una relación muy agradable.

—¿Y qué te dijo? —Mike la miró intrigado.

—Que era gay. Mejor aún, espera, en palabras textuales: “*gracias a ti me he dado cuenta de que soy gay. Siempre estaré en deuda contigo por ello, Abby*”. Fascinante, ¿verdad?

Mike estaba tan alucinado que era incapaz de decir nada. Alzó las cejas con incredulidad. No le parecía posible que esa increíble mujer hubiese tenido tan mala suerte con los hombres. Infidelidades, familias ocultas, salidas de armarios...

—Vaya...

En ese momento, después de darse cuenta de que por alguna misteriosa razón se había desahogado soltando de golpe todo aquello, a Abby le molestó que él tan solo usase una palabra con todo lo que le había contado. Apretó los labios antes de hablar.

—Así que, querido Mike, si alguna vez te preguntas por qué no me caes bien, quizás la respuesta sea tan sencilla como ser consciente de que, por culpa de hombres como tú, hombres que solo piensan en su propio ombligo, he derramado más lágrimas de las que quiero recordar. Y no, no me gustan los canallas listillos que jamás se enamorarán y...

—¿Quién te dice que no me haya enamorado? —la cortó él.

—¿Acaso lo has hecho? —preguntó con desdén, como dando por sentado que él estaba desviando el tema de conversación, pero que aquello no era una posibilidad.

—Sí. Enamorado hasta los huesos.

A Abby se le corto la respiración cuando vio la sinceridad brillando en sus ojos azules. De pronto, en esa mirada habitualmente burlona, había algo más. ¿Tristeza? ¿Melancolía? Era difícil poder deducirlo, pero no parecía el mismo chico despreocupado de siempre.

El silencio se volvió incómodo y ella se obligó a buscar algo que decir.

—¿Y quién fue la afortunada? Si puede saberse.

—Una chica muy especial. Nos conocíamos desde niños.

—Vaya, uno de esos amores platónicos de toda la vida...

—Supongo. Crecimos juntos... —Se mordió el labio inferior y luego suspiró hondo antes de clavar la vista en la pared que tenía enfrente, pensativo —. Y luego empezamos a salir en el instituto y fuimos a la universidad...

Abby hizo cuentas. Eso sonaba como a una relación de varios años, al menos. No pudo evitar que el gesto de sorpresa se quedara permanente en su cara. Pero, antes de que pudiese seguir indagando más, Mike se puso en pie y le preguntó si quería algo para picar.

—No, gracias.

—Tengo nachos.

—Estoy bien, de verdad.

Se encogió de hombros con resignación y fue a la cocina. Puso en un bol un buen puñado de nachos y, con la salsa de queso en la otra mano, regresó al

sofá y encendió la televisión. Se estiró, poniéndose cómodo. Parecía relajado mientras pasaba canales.

—¿Sabes? Este es el mejor plan del mundo.

—¿El qué? —preguntó ella aún confundida.

—Pues esto. Sofá, comida, ver algo en la tele...

—Umm, umm. —Asintió en silencio, alerta.

Alerta porque ese era SU gran plan, no el de un tipo como Mike. En teoría. Es decir, esperaba que el plan perfecto para un hombre como él fuese salir a alguna discoteca de moda. O pasar una noche practicando sexo desenfrenado con alguna modelo a la que nunca volvería a llamar. O hacer paracaidismo nocturno (si es que existía) o algo trepidante.

Pero no. Él había dicho que el mejor plan del mundo era sofá, comida y la televisión de fondo. Básicamente con lo que Abby soñaba cuando terminaba la jornada laboral. Un baño de espuma relajante antes de la cena y una copa de vino era ya otro nivel.

En cualquier caso, mientras él seguía concentrado pasando de canal en canal sin decidirse por ver nada en concreto, Abby empezó a cuestionarse por qué demonios le había contado toda su vida amorosa a ese hombre. Era idiota, definitivamente. Aunque, por otra parte, le traía al paio lo que pensase sobre ella. Más o menos. Solo quería aclarar una cosita de nada. Un detallito tonto. Tosió antes de decidirse a hablar.

—En cuanto a todo lo que te he dicho sobre mis exnovios... —murmuró y él giró la cabeza para mirarla, prestándole atención—. Sé que probablemente ahora estés pensando que si todos esos hombres huyeron de mí será por algo, pero ¿sabes una cosa? No es verdad.

—No lo he pensado —dijo serio.

—Olvidalo. —Sacudió la cabeza.

Estaba enfadada consigo misma. ¿Por qué tenía que explicarle nada? No tendría que importarle en absoluto lo que él pensase de ella. Y sin embargo se sentía extrañamente vulnerable después de haberle relatado media vida y que él

no hubiese comentado nada.

Él dejó a un lado el mando a distancia.

—No, no quiero olvidarlo. Lo que pretendía decir es que probablemente todos esos tíos son unos idiotas. Lo digo en serio, no pongas esa cara.

—No necesito consuelo, Mike. Superé esto hace tiempo. De hecho, ya han pasado tres años desde la última decepción, cuando decidí que no habría más.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Pues eso. Que me rendí. Punto.

—¿Te rendiste? —Parecía confuso.

—Decidí que no habría mas hombres en mi vida. Me di cuenta de que no los necesitaba. Y desde ese momento soy mucho más feliz y me siento plena.

—La leche. ¿Eso quiere decir lo que creo?

—No estoy en tu cabeza, no sé qué piensas.

—Pienso en que existe la posibilidad de que lleves tres años sin follar. — La miró fijamente cuando ella empezó a removerse incómoda en el sofá—. No me jodas.

—Mi vida sexual no es asunto tuyo.

—¿Qué vida sexual? ¿La imaginaria?

—No necesito un pene para estar satisfecha.

—Pene. Menos mal que no has dicho salchicha o cosita. Gracias a Dios. —Sofocó una carcajada y alzó las cejas—. No lo entiendo. Es decir, comprendo que decidieses dejar de intentar buscar al hombre perfecto o tener una relación estable. Pero no me entra en la cabeza que te pusieses un cinturón de castidad. ¿Por qué no has tenido líos esporádicos?

—¿Para qué iba a tenerlos?

Abby estaba empezando a estar muy nerviosa. Notaba sus mejillas calientes, como siempre que se sentía avergonzada por algo. Y le sudaban las manos. Además, estar vestida con una camisa larga de Mike no ayudaba a que se sintiese menos expuesta. Ni el hecho de que estuviesen analizando su vida

sexual, claro está. ¿En qué momento había pasado a odiar profundamente a ese hombre a terminar estando en su apartamento hablando de eso?

—Pues, ¿por placer?, ¿por diversión?

—Sé darme placer sola, gracias.

—Pero no es lo mismo.

—No, es mucho mejor.

—Discrepo. Falta la chispa, la emoción, la gracia —explicó con énfasis como si estuviese hablándole a un niño pequeño—. ¿Sabes cuantos músculos del cuerpo se activan cuando besas a alguien? Tropecientos. Lo leí en alguna revista de esas de ciencia. Y, además, es excitante. Ya sabes, todo el proceso; sentirte atraído por alguien, hablar con esa persona, coquetear, ir calentando motores antes de los fuegos artificiales...

Sorprendentemente, y para su gran consternación, Abby notó que se acaloraba al escucharlo hablar así en ese tono ronco. Claro que cualquier cosa que ese hombre hiciese sonaba ridículamente seductora, razón por la que le había caído mal desde el principio.

—Muy interesante, pero creo que paso —respondió.

—Pues, en mi opinión, te iría bien empezar a dejar atrás el pasado, señorita Jane Austen. No sé. Una noche loca, quizás. Un poco de sexo improvisado.

Abby resopló y cruzó las piernas, siendo de pronto terriblemente consciente de los ojos azules de él clavándose en sus pantorrillas desnudas. Posó las manos en su regazo para sentirse algo más arropada y fingió que veía la televisión, aunque no le interesaba lo más mínimo el programa de cocina que estaba retransmitiendo, sobre todo teniendo en cuenta que se le daba de pena. Había intentado por activa y por pasiva convertirse en *la mujer perfecta* cuando, años atrás, aún pensaba que tenía que serlo. Salsas, carne, pescado, repostería, pasta o simples verduras... daba igual lo que probase a cocinar, siempre terminaba metiendo la pata incluso siguiendo al dedillo una receta de cocina. O bien lo quemaba, o se saltaba algún paso o se pasaba con la sal. Lo que fuese. En

un momento dado, renunció a tener que hacerle un estúpido estofado a su cita de turno para invitarlo a casa a cenar. ¡Que la invitase él, qué demonios! Si dependiese de ella se limitaría a llamar al chino que había en su calle.

Afortunadamente, Mike la dejó tranquila y no dijo nada más hasta que sonó la lavadora, se levantó y metió la ropa en la secadora. Abby pensó que le quedaban veinte minutos para volver a ser libre y eso la animó. Estar en aquel apartamento la ponía muy nerviosa y a ese paso acabaría con las uñas destrozadas de tanto mordérselas.

8

El resto de la semana avanzó sorprendentemente bien. Abby esperaba que se convirtiese en un desastre, sobre todo después de aquel momento de debilidad en el que acabó contándole toda su vida. Aunque, visto en perspectiva, qué debilidad ni qué demonios. Era la verdad. Estaba cansada de los hombres. Punto. Y su historia con ellos no tenía nada de malo, al contrario, tan solo demostraba de qué estaban hechos ellos.

De modo que Mike se portó misteriosamente amigable. Le hizo algún que otro comentario inapropiado o con un deje de sarcasmo, pero nada que no pudiese soportar. Por lo demás, solucionaron rápidamente el caso de Laila, que, además, terminó bien. No les costó mucho averiguar que Martin sí estaba en trámites de divorcio y que su empresa iba muy bien, así que en absoluto iba a por ella tan solo por su dinero; de manera que le dieron luz verde. También tuvieron otros casos más, como el de la pobre señora Berta, que les contactó preguntándoles si podían buscar al hombre del que se enamoró en los años sesenta (nunca hacían este tipo de encargos, pero a Abby le emocionó tanto su historia que le prometió que intentaría echarle una mano), o el de Marguerite, una mujer francesa que se sentía atrapada en una relación que no iba ni para delante ni para atrás. Estaban recolectando aún información, pero todo apuntaba a que el tipo con el que salía era un mujeriego alérgico al compromiso de los de manual. Cuando lo dijo en voz alta, Mike le preguntó:

—¿Y cómo son los de manual? —Quiso saber.

—*Pues tipo tú*”, estuvo a punto de responderle ella.

—Fanfarrones, atractivos, acostumbrados a salir con muchas mujeres por poco tiempo. Les gustan las citas y el flirteo, pero no las responsabilidades. Son muy egoístas.

—Veo que te lo sabes todo al dedillo —dijo burlón.

—Pues sí. Además, para tu información, hay varios tipos de mujeriegos. Está *el dandi a la antigua*, ese que deslumbra a las mujeres con ramos de rosas y cenas a la luz de las velas para, después de pasar su cama, hacer bomba de humo. O *el gracioso*, acostumbrado a usar su sentido del humor para conquistar. También *el comprensivo*, un espécimen que finge entender perfectamente a su presa y ser empático y amable, cuando en el fondo solo desea meterse bajo su falda y largarse cuanto antes. Y *el chico malo*, un clásico por el que la mitad de las mujeres nos hemos sentido atraídas en nuestra juventud, se comporta como si fuese James Dean, lleva chupa de cuero y piensa que guiñar un ojo es de lo más seductor.

Mike la miró entre asombrado, divertido y lleno de curiosidad.

—Fascinante —murmuró antes de suspirar.

En ese momento, Fergie pasó por su mesa y le pidió si podía acercarse a su despacho, así que Abby se puso en pie y la siguió. Ese día llevaba puesto un vestido azul claro con vuelo y la falda hacía frufrrú cada vez que ella movía las caderas caminando. Sus zapatos de color oscuro iban a juego con la diadema negra de terciopelo que adornaba su cabeza y que, según le había dicho Mike, le quedaba bien y era muy de la época de Jane Austen. *Estúpido*.

—¿Cómo va todo? —le preguntó Fergie en cuanto se sentó—. Siento que he estado muy ausente estas últimas semanas. Pero ya sabes, esa boda me está volviendo loca.

—No tienes de qué preocuparte.

—¿Qué te parece Mike?

—Mmm, es listo —admitió—. Y se le da bien hablar con la gente.

—Bien, es justo lo que buscaba para su puesto. Necesito a alguien resolutivo, que pueda dirigir a los demás sin titubear y que sea seguro de sí mismo.

Abby estaba segura de que Mike lo haría bien, pero no quiso regalarle más halagos gratuitos y, además, echaba de menos a su amiga. Porque sí, Fergie era su jefa, pero también las unía una larga relación de varios años, muchas

noches compartiendo una botella de vino junto a alguna de las otras chicas (sobre todo cuando el negocio empezó) y largas charlas en las que habían terminado por intimar hasta conocerse muy bien la una a la otra.

—¿Cómo va la boda? ¿Solucionaste lo de las flores?

—Oh, sí, menos mal. Fue desesperante.

—Cuánto me alegro. —Le sonrió.

—Sí. Y a propósito, quería comentarte que este sábado estás invitada a venir a casa a cenar. Mr. Big preparará alguno de esos platos que le salen deliciosos. Así podremos charlar y ponernos al día antes de la inauguración. ¡Ya queda menos! ¡Solo unas semanas!

—¡Sí, qué maravilla! —dijo intentando sonar entusiasmada, aunque no estaba segura de haberlo conseguido, porque le salió una extraña voz de pito.

—Te espero a las siete. No llegues tarde.

Así que, con el fin de semana ocupado, Abby se dedicó a trabajar los días restantes y, el viernes, agradeció que Mike le dijese que tenía una reunión con la jefa a media mañana para hablar de todo el proceso de formación, porque así ella pudo irse a almorzar con Gerta, algo que echaba profundamente de menos. Cuando fue a buscar a su amiga a su cubículo, ésta aún estaba acompañada por Lucas, el chico que le habían adjudicado.

Teniendo en cuenta lo poco que a Abby le gustaban los hombres, aquel le parecía casi encantador. Tenía tirabuzones rubios en el pelo y llevaba unas graciosas gafas negras de pasta que le daban un aspecto intelectual. Era guapo, con todos sus rasgos simétricos, pero no resultaba atractivo de la misma manera que Mike. En un mundo de dibujos animados, Lucas sería el ángel que aparece sobre el hombro derecho, la voz de la conciencia, y Mike el pequeño diablillo, esa terrible tentación difícil de ignorar.

—¿Ya estás lista? —le preguntó.

—Sí, sí. Lucas, nos vemos luego.

El chico asintió con la cabeza y saludó a Abby con una sonrisa antes de que ellas se marchasen hacia el ascensor. Una vez en la calle, decidieron ir a un

restaurante que servía los mejores *brunch* de la ciudad. Se sentaron en una mesa de la terraza, porque aquel día había salido un poco el sol, y pidieron dos tostadas especiales de aguacate con rodajas de tomate, cebolla confitada y aceitunas negras. Estaban deliciosas.

—¿Qué tal esta semana? ¿Mejor que la anterior?

—Supongo. Era difícil que empeorase —dijo Abby—. ¿Y tú qué tal? El chico ese parece agradable, ¿no? Tiene un aspecto encantador. ¿Te lo ha puesto fácil?

—Sí, no me puedo quejar. Aunque tú tampoco.

—¿Bromeas? —Mordió su tostada.

—Pues claro que no. Es un espectáculo verlo entrar en la oficina cada mañana, eso no puedes negarlo. Qué ojos. Qué sonrisa. Qué cara. Qué cuerpo. Qué...

—Sí, creo que he pillado el concepto general.

—¿Por qué estás tan enfurruñada?

—No lo estoy, es solo que no están siendo unas semanas fáciles. —Abby suspiró hondo y bebió agua—. ¿Sabes? Es que el otro día, estando con él en su apartamento...

—¡¿Cómo dices?!

—¡No, no es lo que piensas! Fue para poner una lavadora... en fin, déjalo. Es una larga historia. La cuestión es que no sé cómo terminé hablando con él de todos mis fracasos amorosos y caí en la cuenta de repente de que llevo tres años sin acercarme a ningún hombre.

—¿Tres años? ¿Tan rápido ha pasado el tiempo?

—Sí, a mí también me sorprendió. Ha sido algo casi inconsciente, ¿entiendes? Al principio por voluntad propia, luego porque dejé de tener interés y después por costumbre.

—Comprendo. —Gerta la miró—. ¿Y ahora qué?

—Ahora detesto a Mike por recordarme cuánto tiempo llevo sin tener ni un mísero ligue. Pero es que, seamos sinceras, nunca he sido una chica de

noches locas.

—Pues no. Pero eso no tiene nada de malo.

—Ya lo sé. Sin embargo, me pregunto...

Gerta alzó las cejas en alto, apoyó los codos en la mesa olvidando de repente su tostada y se inclinó hacia su amiga sin apartar sus ojos de ella con intensidad.

—¿Te preguntas cómo sería?

—Mmm...

Abby se removió con incomodidad, notando como sus mejillas se encendían. Odiaba no poder disimular su vergüenza, como una niña pequeña. Cogió aire y bebió más agua para alargar aquella pausa. Pero sí. Sí. Gerta había dado en el clavo. Abby llevaba toda esa semana pensando en la posibilidad, dándole vueltas, imaginando cosas...

¿Y si encontraba a un tipo atractivo, divertido y listo con el que pasar un buen rato entre las sábanas? Es más, ni siquiera necesitaba que fuese divertido. Ni listo. Le bastaba con que le resultase atractivo. No es que guardase un buen recuerdo de sus últimas relaciones sexuales, sino todo lo contrario, pero quizás ahora que no tenía ningún tipo de presión ni expectativas, todo fuese mucho más fácil y relajado. Tres años después, las cosas serían distintas. Para empezar, porque ella sabía mucho más sobre los hombres. Y, lo más importante, no esperaba absolutamente nada de ninguno de ellos.

—Vamos, cuéntame lo que estás pensando.

—Solo me planteaba esa posibilidad, nada más. Pero, sinceramente, me da pereza volver a conocer a gente. Eso o me perdura el mal recuerdo. Ya sabes, la cena rápida en cualquier sitio barato antes de un polvo exprés en el apartamento. A veces, sin acabar.

—¿Sin acabar? —Gerta frunció el ceño.

—Sí, justo eso. ¿Te haces una idea de la cantidad de hombres que van por ahí fardando de ser unos conquistadores y no saben ni regalar un orgasmo?

Gerta casi escupió el agua antes de echarse a reír.

—Qué patanes. —No podía parar de carcajearse.

—Pero es triste, si lo piensas. Ni eso pueden hacer bien. En fin. Supongo que ha sido solo una idea tonta. —Sacudió la cabeza e intentó alejar esos pensamientos—. Olvídalo.

—No, no creo que tengas que olvidarlo. —Gerta se limpió con una servilleta y se puso seria de verdad—. En algún momento tendrás que salir de la cripta y volver a ver la luz del sol, ¿sabes? Hay vida ahí fuera. No puedes quedarte encerrada hasta los ochenta.

—Ya lo sé, pero es difícil...

Le cogió la mano y se la apretó.

—Solo tienes que volver a confiar.

Abby suspiró con resignación, aún sin estar demasiado convencida, e intentó desviar el tema de la comida para hablar de cualquier otra cosa. Se contaron los últimos casos que habían tenido y unas cuantas confidencias y cotilleos. Cuando terminaron, se acercó a la oficina para fichar y vio de reojo a Mike hablando con algunos compañeros, riéndose de esa forma tan despreocupada y con su habitual actitud relajada y segura.

Apartó la vista, pasó la tarjeta y se marchó de nuevo.

Después, fue directa a su apartamento y, una vez allí, en medio del denso silencio, se sintió de repente extrañamente sola. ¿Así iba a ser toda su vida? Por lo visto, sí. Pensaba que ya lo había aceptado cuando, de repente, volvían a asaltarle dudas y vacíos.

Maldito Mike Thomson.

9

La casa que Fergie compartía con Mr. Big estaba en Brooklyn y era preciosa. Ella la había comprado en cuanto las cosas empezaron a ir bien en la empresa y, a pesar de ser antigua, la había reformado poco a poco hasta dejarla a su gusto. Tenía dos plantas y estaba en un barrio tranquilo en el que a Abby le hubiese encantado vivir algún día, a pesar de que, en teoría, ya se había deshecho de esa idea mental del marido perfecto, la valla blanca, el perro simpático y los niños correteando por las escaleras enmoquetadas.

Llamó a la puerta y esperó con impaciencia. A pesar de que el buen tiempo se acercaba, esa noche hacía algo de fresco y el camino hacia allí desde la boca del metro había sido largo, así que llevaba una chaqueta fina con un estampado tribal que rompía la monotonía de su vestido negro y el pelo recogido en un moño alto y apretado.

Fergie abrió y le mostró una sonrisa inmensa antes de abrazarla. Allí eran tan solo dos colegas. Sorprendentemente, podían haberse visto la tarde anterior en las oficinas con una actitud completamente distinta, pero así habían marcado los límites de su relación desde el comienzo y a Abby le gustaba. Le dio la botella de vino que había comprado antes de dirigirse hacia allí, pasó y se quitó la chaqueta para colgarla tras la puerta.

—Huele increíblemente bien —dijo olfateando el pasillo.

—Ya sabes que Mr. Big tiene mano con la cocina.

—Mucha más que nosotras. —Se rio.

Cuando entraron en la pequeña cocina decorada en tonos azules, blancos y grises, Mr. Big le sonrió y le dio un beso en la mejilla con cariño antes de seguir removiendo el contenido de una de las sartenes. Abby se fijó en las flores frescas sobre la mesa de la cocina, eran unas rosas blancas y preciosas. Probablemente él se las habría regalado a Fergie unos días atrás. ¿La mañana del

jueves, quizás? Un detalle romántico sin razón.

—¿Qué estás cocinando esta vez?

—Es una sorpresa. Id al comedor. —Miró su reloj de pulsera y sacudió la cabeza antes de añadir—: No creo que tarde mucho más en llegar, suele ser puntual.

—¿En llegar? ¿Quién? —preguntó Abby.

—Oh, ¿olvidé decírtelo? Mike viene a cenar.

—¡¿Qué?! Pero... pero no lo entiendo...

—Es un viejo conocido de Mr. Big —dijo con una sonrisa mientras, ajeno a su consternación, su futuro marido le echaba un vistazo al horno—. ¿Verdad, cariño?

—Eh, sí, sí —contestó distraído, más centrado en la cena que en la conversación, a pesar de que a Abby le faltaba poco para desfallecer—. Desde hace muchos años.

Ella quería seguir indagando (y protestando), pero Fergie la cogió del brazo y la guio con suavidad hacia el comedor como si fuese una niña pequeña y desvaída. La mesa ya estaba puesta, con unas luces que caían justo encima de color amarillentas con una forma redonda de cristal. Había un mantel de color rojo con hilos dorados y platos blancos lisos junto a un par de copas y relucientes cubiertos. Las veladas de Fergie siempre eran así: perfectas. O al menos lo hubiese sido de no ser por *el intruso*, claro está.

Abby suspiró dispuesta a preguntarle a su amiga qué demonios era eso de que Mr. Big conocía a Mike desde hacía muchos años, pero no tuvo tiempo. Sonó el timbre.

—Debe de ser él. Espera aquí.

—Sí, claro. —¿Qué remedio?

Se quedó de pie en la acogedora estancia con incomodidad, escuchando a lo lejos las voces mientras se saludaban. Cuando él apareció en el comedor, ella tuvo que contener el aliento al verlo. Estaba increíblemente guapo. Más de lo habitual. Llevaba una camisa negra que le quedaba como un guante y unos

pantalones y zapatos de vestir. Había prescindido de la corbata, pero ese detalle solo le daba un aire más rebelde y atrayente. Sus ojos azules destacaban más que nunca entre aquella inusitada sobriedad.

—Vaya, bonito vestido —dijo mirándole las piernas con descaro y luego se dirigió de nuevo a Fergie—. ¿Hay algo en lo que podamos ayudar?

—Nada de nada. —Mr. Big entró por la puerta con una bandeja en las manos que dejó sobre la mesa para servir en cada plato un tentempié—. Ya está lista la cena. Sentaos.

Mike y ella ocupaban el mismo lado, enfrente de la pareja de novios. Eso la puso nerviosa de inmediato. Porque él estaba demasiado cerca y olía a una colonia muy masculina. Por alguna razón, verlo fuera del horario de trabajo resultaba violento. Como si estuviese saltándose alguna clase en el instituto o haciendo algo malo, aunque no tuviese sentido.

—Esto está de muerte. ¿Qué es?

—Tempura de calabaza y miel.

—Increíble —siguió Mike, degustando el pequeño entrante con tanta intensidad que empezaba a resultar casi erótico. O quizás era la mente sucia de ella que lo veía así.

—Y de segundo tenemos un estofado de carne mechada con crema de pistachos y milhojas de patata al horno —dijo Mr. Big con gran entusiasmo.

—¿No crees que te has esforzado demasiado, tío?

—No, porque, en realidad, estáis degustando ahora mismo el menú de nuestra boda. Sí, lo diseñé yo mismo. Y a Fergie se le ocurrió la idea de valorar vuestra opinión.

—Pues de momento le pongo un diez —dijo Abby.

—Mi futuro marido está hecho todo un chef.

Fergie se inclinó y le dio un beso a Mr. Big antes de hincarle el diente a su cena. Abby se quedó mirando la escena con una mezcla de cariño y envidia. Cariño, porque le encantaba ver a su amiga feliz y saber que había encontrado a uno de los escasos hombres buenos que quedaban en el mundo. Y envidia,

porque no podía evitar preguntarse de vez en cuando por qué otras personas sí conseguían ser amadas y ella jamás se había acercado siquiera.

—Cómetelo ya o se enfriará —le dijo Mike cuando los demás ya habían terminado y se habían ido a la cocina para traer el siguiente plato. Quedarse a solas no era una de las cosas que Abby deseaba precisamente para aquella extraña e inesperada velada, pero ahí estaban.

—Me lo comeré cuando me apetezca —contestó como una niña pequeña.

—¿Así que eres igual de detestable tanto dentro como fuera del trabajo?

—Yo no soy detestable —se defendió malhumorada—. Tú eres... eres...

—¿Qué soy? —La miró entre divertido y curioso.

—Un cara culo.

—¿Eso es lo mejor que se te ha ocurrido?

Mike alzó una ceja antes de echarse a reír, pero su conversación sin sentido se vio interrumpida cuando los otros dos regresaron con el humeante estofado. Fergie lo sirvió en los platos y un olor delicioso impregnó el aire del comedor.

—Menuda pinta tiene —murmuró Mike.

—Espero que sepa aún mejor. —Mr. Big le sonrió y después alzó su copa de vino en alto y los miró—. Brindemos. Por la nueva época que está al llegar, tanto en la empresa como en nuestras vidas —añadió mirando a su futura esposa.

Las copas tintinearón al chocar las unas con las otras. Luego, una serie de sonidos de admiración llenaron el lugar conforme fueron probando el estofado, que estaba increíble. Abby pensó que se comería una olla entera y rebanaría los restos con pan de no ser porque Mike estaba presente. Degustó cada pequeño bocado que comió.

—Ya queda menos de un mes —dijo Fergie sonriente.

—Estoy deseando empezar —contestó Mike.

Abby estuvo a punto de añadir que ella también, porque así al menos volvería a ir por libre sin tenerlo pegado a la espalda cada minuto del día, pero solo dijo:

—Qué emoción. —No supo si sonó creíble.

—Abby, sé que aún tienes reparos. —Mr. Big se dirigió hacia ella—. Pero estoy convencido de que cuando veas cómo funciona todo lo que hemos pensado, te alegrarás del cambio. Es abrir más el concepto, ampliarlo, no ceñirnos a unas normas encorsetadas.

—No lo pongo en duda. Y aunque así fuese, no es mi empresa.

—Ya, pero te conocemos —terció Fergie con cariño.

—Si por ella fuese, ya estaría en el paro. —Mike rio para quitarle hierro al asunto y el ambiente se destensó, aunque no es que a Abby le hiciese mucha gracia todo aquello.

—Pues por fortuna no es así. Había pocas personas tan preparadas como tú. Alguien con conocimientos de marketing y que hubiese liderado antes un equipo, pero que, además, supiese sobre la fidelidad, el amor y las mujeres desde diferentes perspectivas.

Abby tardó un poco en procesar las palabras de Mr. Big. Notó que Mike le dirigía al otro hombre una mirada de advertencia, como si no quisiese que siguiese halagándolo o hablando de él. Ella decidió que era el momento de preguntar.

—¿Y de qué os conocéis vosotros, exactamente?

—Fue hace muchos años —dijo Mike secamente.

—Sí, es una larga historia. ¿Más estofado?

—No, gracias. —Se limpió con la servilleta.

Mike le dio un codazo juguetón y le sonrió.

—Venga, si lo estás deseando. Te estás relamiendo.

Abby notó calor en las mejillas, pero no supo si era por su habitual timidez o porque el brazo de Mike seguía muy cerca de ella, casi rozándola. Y ese hombre emanaba calor, desde luego. Se perdió unos instantes en sus ojos azules antes de aceptar el plato.

Así que se comió una segunda ración de estofado mientras los demás seguían hablando de los planes de boda, de la inauguración de la empresa y de

qué tal le había parecido todo el trabajo a Mike aquellas dos semanas de formación.

—Es fascinante. Un nuevo concepto que no existía antes. Es decir, hay terapia de pareja, detectives en busca de infidelidades, citas online... pero a nadie se le había ocurrido asesorar de esta manera. Creo que la diferencia está en la implicación.

—Totalmente. —Fergie asintió con la cabeza.

—Me gusta la idea de que los clientes repitan y de poder tratarlos de esta forma tan personalizada. No es frío ni distante. Creo que haremos un gran trabajo.

—Estoy segura de que sí —contestó Fergie.

Abby se mantuvo callada, pero hasta ella fue consciente de que bebió más vino de lo que solía tomar. Se sentía extrañamente acalorada. Cuando acabó la cena y Mr. Big propuso que se tomaran una copa en el salón, ella se dejó llevar y terminó enfrente de una copa de balón con un gin-tonic delicioso que se bebió en sorbitos pequeños.

Estuvo un poco distraída mientras los demás seguían hablando de lo mismo y, cuando le preguntaban, respondía con un sí o un no escueto y sencillo. De repente, tenía calor. Mucho calor. Y no podía dejar de mirar a Mike como una lela. ¿Por qué le quedaba tan bien esa camisa negra? ¿Nunca se había fijado en la forma perfecta de sus labios? ¿A cuántas chicas habría hecho suspirar con un solo beso? Casi podía imaginarlo. Él, siempre tan seguro de sí mismo, con el semblante serio y decidido antes de inclinarse para...

—Abby, ¿te encuentras bien? —le preguntó Fergie.

—Ehh. ¿Yo? Sí, sí, claro que sí —balbuceó.

—Quizás no deberías beber más. Ya sabes lo rápido que te sube el alcohol. Además, el vino era fuerte, a mí me está entrando un poco de dolor de cabeza.

—Estoy bien, pero creo que voy a irme ya.

Se puso en pie intentando no balancearse por culpa de los altos tacones.

Los otros tres le dirigieron miradas de indignación, como si fuese una aguafiestas.

—¡Es muy pronto todavía! —terció Mr. Big.

—Ya, pero mañana quiero hacer cosas.

Cosas como la colada, limpiar la cocina o mirar las musarañas un rato, dado que no tenía ningún plan. Pero, por supuesto, ellos no tenían por qué saberlo. Y, para su sorpresa, Mike también terminó levantándose con un gesto de disculpa.

—Creo que me marchó con ella. Ya son las doce.

—Como queráis. —Fergie asintió complaciente y, junto a su futuro marido, los acompañó hasta la puerta de salida mientras halagaban de nuevo la cena.

—Estaba deliciosa —recalcó Abby.

Luego cogió su chaqueta fina y se la puso. Al abrir la puerta, agradeció haber sido precavida, porque el viento era frío y húmedo. Mike, a su lado, se metió las manos en los bolsillos. Fergie los despidió con una mano y una sonrisa.

—Gracias por venir, chicos.

—A vosotros. Buenas noches.

Cerraron la puerta y, a continuación, llegó el silencio.

Uno de esos silencios que parecen no tener fin. Mike y ella se miraron fijamente tras bajar los escalones de la entrada. Abby se preguntó cómo despedirse de él, ¿dándole la mano en plan formal? ¿O un simple adiós escueto y contundente? Se decidió por la primera.

—Encantada —dijo dándole un apretón.

—Lo mismo digo, milady —contestó burlón—. No sabía que volvíamos a estar en otro siglo. Y dime, ¿hacia qué dirección vas? Podríamos compartir taxi.

—No es necesario. Mejor nos separamos aquí.

—¿De qué tienes miedo? —la retó.

—¿Miedo? De aburrirme. O de no poder soportar tu voz durante todo el

trayecto y terminar intentando lanzarme por la ventanilla abierta del vehículo.

Mike soltó una risotada antes de negar con la cabeza.

—Deja de decir chorradas. Vayamos a la avenida.

No supo por qué terminó haciéndole caso y dirigiéndose junto a él hacia la calle más transitada en busca de un taxi. A decir verdad, tardó un buen rato en pasar uno, así que cuando él entró, ella no se lo pensó dos veces y también montó a su lado. Terminaron haciéndose un lío con las direcciones hasta que llegaron a la conclusión de que la casa de ella quedaba más cerca que la de él, así que irían primero allí. Punto para Abby.

El taxista estaba entretenido escuchando una cadena local cuando Mike le tocó el brazo para llamar su atención, pero ella saltó al sentir el leve contacto.

—Relájate —dijo él—. ¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada. Es culpa tuya.

—¿Culpa mía?

La miró entre las sombras. Su semblante desde esa perspectiva le resultó peligrosamente excitante. La mandíbula marcada, los pómulos altos que le daban ese aire orgulloso, el puente recto de la nariz y el cabello oscuro ligeramente peinado aquel día.

—Sí. Me pones nerviosa —soltó.

Maldito y jodido gin-tonic de las narices...

—Nerviosa —repitió Mike en un susurro—. Eso suena prometedor. Pero ¿por qué? No me digas que te has enamorado de mí o algo por el estilo.

—¡Serás cretino! —Le golpeó el brazo—. Ni en un millón de años me enamoraría de un hombre como tú. Simplemente...

—¿Sí? —La animó.

—Eres... estás bien.

Que alguien me ponga una mordaza en la boca. Que alguien me calle antes de que termine diciéndole que me parece más apetecible que la tableta de chocolate blanco que escondo en el armario de casa.

—Mmm... —Sus ojos brillaron—. Tú también estás muy bien.

—Déjalo ya —espetó abochornada. ¿Qué le pasaba?

—Lo digo en serio. Reconozco haber fantaseado contigo un par de veces. No soy de piedra. Y tú eres como una golosina gigante muy muy azucarada.

—¿Te estás quedando conmigo?

—No.

—¿Has fantaseado?

Mike se acercó a su oreja y sintió un cosquilleo cuando notó su aliento. El corazón le latía desbocado como hacía siglos que no le ocurría. Todo parecía magnificarse.

—He fantaseado con lo excitante que sería follarte encima del escritorio del trabajo. O en mi apartamento aquel día que solo llevabas puesta mi camisa. O...

—No sigas. —A ella le costaba respirar.

Estaba enfadada, alterada y llena de deseo.

—En este taxi, ahora mismo —concluyó.

Abby giró la cara para mirarlo, a pesar de que apenas podía respirar, y un segundo después la deliciosa y experta boca de Mike estaba sobre la suya, besándola lenta y apasionadamente como si no importase nada más en el mundo. Sorprendida, gimió en respuesta. Él sonrió, pero no apartó sus labios, sino que ejerció más presión mientras una de sus manos le rodeaba la cintura con decisión y tiraba de ella hacia su cuerpo. Abby apenas podía pensar. Aquel beso húmedo y perfecto era delirante, como montar en una noria que giraba a toda velocidad sin posibilidad de parar. Y en un momento indeterminado, sin saber cómo ni ser consciente de lo que ocurría, el taxi frenó bruscamente delante de un semáforo en rojo y ella cayó en la cuenta de que estaba medio sentada encima de él, con las piernas a un lado, sintiendo junto a su muslo lo excitado que Mike estaba y jadeando ahogada.

Él apartó la cara hacia atrás para mirarla.

—Al menos no has olvidado besar.

—Capullo —farfulló con los dedos enredados en su pelo oscuro y unas

ganas salvajes de seguir explorando el interior de aquellos labios seductores.

El vehículo retomó el paso y Mike deslizó los dedos por su rodilla, subiendo lentamente hasta llegar al muslo y un poco más allá. Abby se estremeció y cerró los ojos. Dios. Deseaba aquello. Lo deseaba tanto que la asustaba. No le gustaba Mike. Sabía muy bien cómo era y no tenía ninguna de las cualidades que valoraba en un hombre. Pero sí le apetecía tocarlo, y lamerlo y besarlo hasta cansarse. Llevaba tres años, tres largos años sin contacto físico, de manera que aquello había sido como un volcán en erupción. Brutal y de golpe. Lo que explicaba que estuviese dentro de un taxi besándose apasionadamente con un hombre cuando Abby jamás de los jamases hubiese hecho nada semejante. Ella era más correcta, elegante y cautelosa. Pero con Mike no había podido resistirse ni pensar.

Tembló cuando continuó subiendo hasta rozar su ropa interior.

—Mike... —rogó para que parase por sí mismo, porque no estaba segura de que ella fuese a ser capaz de hacerlo—. Esto no está bien... —susurró.

—Deja de pensar, Abby.

Y luego sus dedos apartaron hábilmente la fina tela y palparon lo húmeda que estaba. Fue una caricia suave, pero Abby creyó que casi podría correrse en ese momento. Lo habría hecho si no fuese porque el coche volvió a parar de golpe a un lado de la acera.

—Ya hemos llegado —dijo el hombre algo malhumorado.

—¿Qué? —Ella estaba confusa—. Ah, sí, claro. Perdona.

Abby salió como de una especie de ensoñación, abrió su pequeño bolso de mano recubierto de pedrería y sacó unos cuantos billetes con los que pagó al taxista. Después sus ojos se cruzaron con los de Mike y se miraron fijamente unos instantes.

—¿Quieres que suba? —le preguntó él.

—Yo... no lo sé... —Parecía insegura.

Aunque en realidad no lo estaba. Sí lo sabía. Quería que Mike subiese a su apartamento. Quería que dejase su aroma masculino entre sus sábanas. Quería

sentirse saciada, libre y satisfecha, algo que él era capaz de darle. Y sin embargo... se preguntaba si estaría haciendo lo correcto. Pero ¿qué demonios? Llevaba tres años sin rozar a ningún hombre. Tres solitarios y largos años. Ya era hora de que disfrutase un poco y se dejase llevar. Y Mike era el candidato perfecto para ello. Un hombre atractivo, alérgico al compromiso y que sabía perfectamente que lo único que podría existir entre ellos era un lío casual.

—Abby, dame una respuesta —le pidió.

—Sube —contestó con un hilo de voz.

10

Abby bajó del taxi y él la siguió con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Contempló sus finos tobillos, las piernas torneadas y el cuerpo curvilíneo que se contoneaba enfundado en aquel vestido negro como si desease tentarlos aún más. Él se había sentido así toda la noche. Acorralado. Ella estaba arrebatadora y el vino le había dado color a sus mejillas y cierta relajación a sus hombros habitualmente tensos. Sabía desde antes de montar en ese taxi que no iba a ser una buena idea tenerla tan cerca y no se había equivocado. Le había resultado imposible no seducirla y besarla en medio del trayecto.

Y ahora allí estaban, entrando en el portal de su edificio.

Mike aún estaba intentando recuperar el control de la situación. No imaginó que besarla iba a ser tan explosivo. Lo había pillado por sorpresa los ardientes que eran los besos de Abby, calentándolo tanto por dentro que pensó que le explotarían los pantalones.

Montaron en el ascensor y se miraron el uno al otro en el espejo. Él la deseó de nuevo y más fervientemente. Pegó su pecho a la espalda de ella sin dejar de contemplarla en el reflejo y apoyó la barbilla en su hombro antes de bajar la mano por su pierna.

—Mírate, eres preciosa —le susurró.

—No hace falta que me halagues y...

—Calla. —La silenció cuando coló una mano bajo su vestido y volvió a rozar la tela de su ropa interior, que apartó a un lado sin miramientos y sin dejar de ver su reacción en el espejo mientras el ascensor continuaba subiendo más rápido de lo esperado. Cuando llegó arriba, él pulsó de nuevo el botón del primer piso, impaciente.

—¿Qué estás haciendo? —protestó Abby.

—Shhh. Solo déjate llevar. Disfruta.

Movió los dedos hasta que ella soltó un gemido ronco de placer. Mike sonrió y continuó acariciándola. El ascensor bajó y pulsó de nuevo el botón del último piso. Siguió aquel ritmo lento y constante, pensando que poder ver cómo su rostro se contraía de placer a través del espejo era sin duda un regalo del cielo. Qué jodida visión tan perfecta. Hundió los dedos en su interior y le susurró al oído lo mucho que le gustaba sentirla tan húmeda, tan caliente, tan dispuesta para él. Cuando a Abby empezaron a temblarle las piernas, Mike la sujetó contra su pecho sin bajar el ritmo y ella soltó un jadeo de placer al alcanzar el orgasmo.

Después se quedó unos segundos recuperando el control. Pero él no le dio demasiada tregua antes de besarla de nuevo y alzarla en alto hasta que ella rodeó con las piernas su cintura y avanzaron hasta la puerta de su apartamento, que consiguieron abrir después de varios intentos. Mike la arrinconó contra la puerta cerrada. Y ahora sí, estaba más ansioso y excitado que en mil años. Sentía que la necesitaba ya, sin preliminares, de una manera primitiva e impaciente. Le quitó a Abby la chaqueta y bajó la cremallera de su vestido hasta que este cayó arrugado a sus pies. Se deshizo él mismo de su camisa y ella le desabrochó el cinturón mientras se besaban a duras penas, buscándose sin remedio.

—La habitación está al fondo del pasillo —dijo ella.

—No creo que llegemos. —Mike tenía la voz ronca.

Cuando ella acogió su sexo con la mano, supo que aquello iba a ser ridículamente rápido, porque llevaba excitado desde que habían montado en el taxi. Peor aún, desde que había llegado a la cena y la había visto enfundada en ese sugerente vestido negro.

Se quitaron la ropa que quedaba y él encontró un preservativo en el bolsillo interior de su cartera. Luego la alzó y la sostuvo contra la pared mientras ella le rodeaba las caderas con las piernas y le mordía el cuello, haciéndolo enloquecer. La embistió de golpe. Los dos ahogaron un jadeo antes de que él empezase a moverse deprisa, con los labios hinchados por los besos enfurecidos que ella le daba. El ritmo se tornó salvaje cuando ella gimió su nombre antes de acabar y arrastrarlo a él, que se corrió instantes después.

—Oh, Dios. —Abby estaba mareada cuando Mike la dejó en el suelo y necesitó unos segundos para serenarse. Sin embargo, en cuanto volvió a la realidad, buscó en el suelo su ropa interior y se la puso a toda prisa ante la divertida mirada de él—. ¿De qué te ríes?

—De ti y tu ilógico sentido del pudor.

Abby masculló algo por lo bajo, pero no contestó. Sabía que no tenía sentido que de repente se sintiese tan avergonzada cuando un minuto atrás estaba rodeándole las caderas con las piernas y susurrando su nombre mientras él la embestía salvajemente, pero así era. Mike, en cambio, se tomó su tiempo para ponerse la ropa y ella no pudo evitar recrearse en sus abdominales marcados y la uve que se perdía en el elástico del bóxer negro.

—Así que... esta es tu primera vez en tres años —comenzó a decir Mike con una sonrisilla de idiota—. ¿Qué te ha parecido? ¿Lo recordabas así?

—No ha estado mal —contestó ella ruborizada.

Había estado increíble. Había estado fabuloso. Había estado... de otro planeta. Como comerse un helado enorme de chocolate con pepitas después de años sin probar ni una pizca de azúcar. Una experiencia celestial. Dos orgasmos en menos de cinco minutos.

—¿Tienes un vaso de agua? Me ha entrado sed.

—Sí, claro. Pasa. —Se dirigió hacia la cocina.

Sacó una botella de la nevera y le llenó el vaso antes de dárselo. Él bebió en silencio. ¿Y ahora qué?, se preguntó. ¿Qué era lo que se hacía en estos casos durante los líos? Porque cuando era una cita ella intentaba proponer algo más, como ver una película, o hacerse arrumacos en el sofá o lo que fuese. Nada que ver con aquella situación.

—Gracias. —Él dejó el vaso en el fregadero y luego la miró intensamente con sus penetrantes ojos azules—. Nos vemos el lunes, supongo.

Ella se mostró desconcertada cuando se giró.

—¿Así, sin más?

—¿Acaso quieres continuar...?

—¡No! Quiero decir, estoy servida, gracias. —Tragó saliva, un poco nerviosa, sabiendo que ella estaba fuera de su zona de confort y él jugaba con ventaja—. Solo es que no estoy segura de cómo deberíamos proceder. Está claro que nadie de la oficina debe enterarse de esto. Eso incluye a Fergie y Mr. Big, por supuesto.

Mike se recostó en la encimera de la cocina, atento.

—Me parece bien. ¿Quieres fijar unas normas?

—¿Normas...? —Estaba perdida.

Mike sonrió y decidió echarle una mano.

—¿Te apetece que volvamos a vernos?

—Yo... no lo sé... sí, no, sí, es que...

—Decídate —le pidió con un suspiro.

—¡No es tan fácil!

—Abby, venga.

—¡Vale, sí! Estaría bien. Ya sabes, alguna vez esporádica, por matar el tiempo y esas cosas. ¿Así es como son los líos sin compromiso? ¿Es oficial?

—Sí, si tú quieres que lo sea. Mira, es sencillo. Cuando te apetezca quedar, me lo dices. Cuando me apetezca a mí, lo mismo. Sinceridad, ante todo no hay ataduras, ni obligaciones de ningún tipo, ni tampoco tienes que molestarte en dar explicaciones o poner una excusa cuando no te dé la gana verme. ¿Entiendes el concepto?

—No soy imbécil —dijo con tirantez.

—Solo soy amable porque es tu primera vez. No quiero que confundas las cosas y termines llamándome a las dos de la mañana y preguntándome por qué no me he quedado a dormir para abrazarte o lloriqueando por enamorarte de mí o alguna tontería semejante.

—Te juro que a veces te odio. —Abby cogió aire y lo soltó por la nariz. Ese hombre que tenía delante era tan sexy como idiota, cincuenta por ciento de cada ración—. Quiero dejar algo claro, Mike: no eres mi tipo y no me gustas. Ni siquiera para un rato.

—¿En serio? No parecías pensar lo mismo hace cinco minutos.

Abby le lanzó una manzana que cogió del cesto de la fruta y él se echó a reír tras atraparla al vuelo. Luego le dio un bocado y la degustó con los ojos brillantes.

—Te puedo asegurar que no pasará nada de todo eso.

—Bien, porque lo último que necesito son problemas.

—Lo mismo digo. De hecho, creo que deberías irte ya —dijo ella mirando el reloj que colgaba de la pared de la cocina—. Es tarde. Y, bueno, en realidad, tal como has dicho, seré sincera y no pondré excusas: no quiero seguir hablando y me apetece estar sola.

—Hecho. Por cierto, una norma más, si no te importa.

—¿Cuál? —preguntó Abby.

—Preferiría que quedásemos aquí.

—¿En mi casa?

—Sí. ¿Te importa?

—No. —Le sonrió sin demasiada simpatía—. Debí imaginar que eras uno de esos hombres que jamás llevarían a sus ligues a su propio apartamento, no vaya a ser que alguna termine por encapricharse y aparezca en plena madrugada en la puerta.

—Justo por eso.

—Encantador.

Entre la ironía que destilaba su voz, Abby lo acompañó hasta la puerta y, una vez el ascensor subió hasta su piso, se despidió de Mike con un simple *buenas noches* y cerró.

Él subió en el ascensor y se miró en el espejo.

Llevaba el cabello despeinado por sus manos y aún tenía su aroma a rosas por todas partes. Cuando salió del edificio y se alejó calle abajo en busca de un taxi, seguía pensando en lo que acababa de ocurrir. Hacía una eternidad que no sentía un deseo así llevándolo al límite, como lava fundida en sus venas. Normalmente, Mike controlaba la situación. Empezaba por los juegos

preliminares, seguía con el plato fuerte durante un buen rato y culminaba casi cuando decidía hacerlo y la situación se había alargado demasiado. Con Abby no fue así. Con Abby no había podido llegar ni a su habitación.

Al final, encontró un taxi libre dos manzanas más allá y se pasó el trayecto entero intentando calmarse. Cuando llegó a su apartamento, se sirvió una copa de coñac y se sentó en el sillón que había enfrente de la televisión, pero no la encendió, tan solo se quedó allí bebiendo en silencio y pensando en ella. No en Abby, no, sino en ella. La otra.

Se preguntó cómo sería su vida si no llevase tanto tiempo con esa carga sobre sus hombros y recordó cómo se sentía cuando sus manos lo tocaban y le sonreía solo a él.

Hacía una eternidad de aquello, pero seguía siendo lo mejor que había tenido en toda su vida. Lo supo entonces, cuando era afortunado, y lo sabía ahora, cuando lo había perdido todo. La amargura de sus pensamientos lo instó a terminarse la copa de un trago.

¿Qué pensaría ella de Abby?, se cuestionó de pronto.

Por alguna razón, pensó que le caería bien, aunque no se parecían absolutamente en nada. Eran totalmente opuestas, como el agua y el aceite. Y, sin embargo, había algo que las unía, aunque Mike no sabía decir de qué se trataba, porque era un detalle sutil...

Cuando el cansancio lo venció y los recuerdos empezaron a sumirlo en una oscuridad agobiante, se desvistió y se metió en la ducha. Después, dejó que el sueño lo venciese.

11

—Es un imbécil.

—No estoy de acuerdo, tan solo tiene miedo.

—Tenerle miedo al compromiso cuando se está enamorado es de ser imbécil.

—¿Cómo es posible que solo seas capaz de ver la vida en blanco y negro?

—¿Y cómo es posible que tú la veas de colorines?

—Eres la mujer más desquiciante de la tierra.

Mike cerró la carpeta del caso cuando se cansó de discutir con ella. Llevaban una hora así, los dos sentados en su escritorio sin que ninguno diese su brazo a torcer. Se trataba de un nuevo encargo, el de Elaine Duff. La chica había encontrado en el armario de su pareja un anillo de compromiso. ¿El problema? En el tique ponía que lo había comprado hacía más de tres meses y aún no le había pedido que se casase con él, así pues, había contactado con “¿Buscas al hombre perfecto?” después de darse por vencida tras semanas de indirectas y quedadas con sus amigas para intentar adivinar por qué no se le declaraba.

Por lo que habían investigado sobre su pareja, que se llamaba David Kurt, parecía un chico responsable, trabajador y que estaba perdidamente enamorado de ella. Todo su Instagram eran fotografías de los dos recorriendo el mundo y dándose besos en cada rincón. Nunca había olvidado un aniversario, un cumpleaños ni ninguna fecha importante. Era, en resumen, el hombre perfecto. A excepción de aquel detalle de nada: que había comprado un anillo que parecía ser incapaz de colocarle en el dedo a su novia.

Abby había llegado a la conclusión de que era imbécil.

Mike pensaba que tenía miedo y necesitaba más tiempo.

Y su chica, al menos, podía estar tranquila porque no habían encontrado

ningún indicio de que le estuviese siendo infiel o pensase romper con ella.

—¿Y qué quieres que le digamos a ella? —insistió Mike, un poco malhumorado a pesar de que era miércoles de buena mañana—. ¿Que deje al pobre chico porque está tardando un poco en decidirse, a pesar de que no hemos encontrado ni un solo trapo sucio?

—Quizás solo sea cuestión de seguir buscando.

—¿Por qué eres tan cínica?

—Solo pienso en las probabilidades.

—Eso no tiene sentido —replicó él.

—Sí lo tiene. Es la verdad. Hay muchas probabilidades de que él en realidad sea un maldito sapo en lugar de un jodido príncipe, así que dame un par de días más.

Mike la miró consternado. Entendía todos los desengaños por los que había pasado Abby a lo largo de su vida, pero, aun así, pensaba que durante los últimos años se había ido haciendo cada vez más desconfiada y arrinconándose en su pequeño caparazón. Puede que, claro, aquel trabajo no hubiese ayudado demasiado: ver constantemente a mujeres que lo estaban pasando mal por culpa del amor no iba a reforzar la opinión que tenía sobre los hombres. Sin embargo, a él me molestaba. Le molestaba que fuese incapaz de relajarse un poco y ser realista: ahí fuera, en algún lugar, habría alguien para ella.

De hecho, siendo sincero, él podría haber sido ese alguien.

Si no fuese porque era imposible por su situación...

Pero quizás en otra vida o una realidad alternativa...

La miró. Era preciosa, de una manera poco convencional. Sus rasgos no destacaban especialmente, pero el conjunto de su rostro resultaba atrayente con tantos contrastes: la boca apretada con frialdad en contraposición con su mirada vulnerable, los hombros tensos siempre a pesar de que se ruborizaba con facilidad, tímida y cohibida. Y, además, su cuerpo era como una droga para él. Le gustaban sus curvas, su forma de vestir elegante y seductora, sus labios pintados de un llamativo rojo cereza que lo llamaba a gritos...

Hasta su testarudez le parecía tierna, como si fuese una niña.

Otra cosa es que no pudiese evitar discutir con ella, claro.

—Tan solo serán unos días de sufrimiento para la clienta.

—O los días que cambiarán su vida —insistió Abby.

El rostro de una compañera de oficina, Julia, apareció por encima de la pared del cubículo y les dirigió una mirada entre cansada y aburrida:

—De parte de toda la planta: ¿os importaría dejar de discutir por este asunto? A Mary le está empezando a entrar jaqueca. Y yo estoy a un paso de lanzarme por la ventana.

—Es culpa suya. —Mike señaló a Abby.

Julia puso los ojos en blanco, como diciendo “*no puedo soportar otro asalto*” y volvió a desaparecer para encerrarse en su cubículo. Abby acercó el rostro hacia él y siseó:

—Jamás tuve ningún problema semejante hasta que llegaste.

Mike procuró mantener la voz igualmente baja, aunque sintió una corriente de deseo al estar tan pegado a ella. Joder, podría besarla en ese mismo instante, en medio de la oficina y nadie se enteraría ni los vería... aunque probablemente Abby lo abofetearía por ello.

—Normal, ¿con quién ibas a discutir? ¿Con una piedra?

—Ojalá, eso hubiese sido más estimulante que contigo.

—Me estás poniendo cachondo.

Abby abrió los ojos sorprendida por el cambio drástico y le dio un pisotón antes de alejar su rostro de él con las mejillas encendidas como dos bolas de Navidad. Mike se rio entre dientes mientras intentaba ignorar lo mucho que le apetecía tocarla.

Ella decidió centrarse en el siguiente caso para olvidar que su comentario la había descolocado y, luego, había provocado que un escalofrío le trepase por la espalda, porque llevaba cuatro días, desde el sábado, procurando mantener a un lado la cantidad de imágenes, recuerdos y pensamientos que la asaltaban sobre él y lo que había ocurrido en su apartamento esa noche. O, mejor dicho: en

el taxi, en el ascensor y, finalmente, en su casa.

Abby no estaba segura de si pensaba que había sido el mejor sexo de su vida porque llevaba tres años sin acostarse con un hombre o porque realmente era cierto.

Había sido salvaje, inesperado e intenso.

En la intimidad, Mike besaba tan apasionadamente como hablaba, discutía, miraba o sonreía a todas horas. Y ellos habían conectado como si se conociesen desde hacía siglos o sus cuerpos estuviesen secretamente sincronizados cuando, en todo lo demás, parecían ser un desastre a la hora de ponerse de acuerdo. Abby había pensado en él todas las noches al irse a dormir, como una estúpida adolescente, y se había visto a sí misma rememorando todo lo ocurrido porque había sido muy rápido, casi sin darle tiempo a saborearlo.

El martes había llamado a su hermana porque necesitaba hablar con alguien sobre lo que había pasado, pero cuando le cogió el teléfono estaba pringada de pintura de la cabeza a los pies por culpa de una de sus traviesas sobrinas y no dejaba de hacer pausas diciéndole “*espera un momento*”, “*no cuelgues, solo será un segundo*”, “*perdona, ¿qué decías, Abby? No estaba escuchando, esto es un caos*”, así que finalmente había desistido y le había dicho que no le ocurría nada, que todo iba genial en el trabajo y que esperaba que pudiesen verse pronto.

De manera que se sentía un poco inestable.

Al fin y al cabo, era un cambio importante en su vida. Había roto tres años de celibato. Pero quizás el sexo no era lo más relevante en sí, sino el hecho de dejar entrar a un hombre en su vida, en su apartamento, en su día a día, aunque solo fuese algo físico y sin compromiso.

Por primera vez, tenía un lío esporádico. Y reconocía que, más o menos, era casi hasta agradable, sobre todo porque hasta aquel comentario inesperado, Mike no había dicho nada sobre lo ocurrido el sábado. Los dos se habían limitado a trabajar (y discutir) como de costumbre y, además, la semana estaba siendo tranquila, sin mucha carga de trabajo.

Sin embargo, cuando el jueves por fin encontró un hueco libre en el que librarse de Mike, le preguntó a Gerta si quería almorzar con ella en el sitio al que solían ir. Su amiga aceptó de buena gana mientras repasaba junto a Lucas unos detalles de un caso.

—¿Lo has entendido todo? —le preguntaba al chico.

—Ehhh... creo que sí. O eso espero.

—Así me gusta. Buen chico.

Le revolvió el pelo, cogió su bolso y siguió a Abby al ascensor.

—Lo tratas como a un perro simpático —bromeó ésta.

—Es un chico adorable.

—¿Te rindes al enemigo?

—¿Acaso estamos en guerra?

Gerta la miró con cariño, pero a Abby le tocó su comentario. Sabía que a veces era demasiado cínica, demasiado fría y hermética en todo lo referente a los hombres, pero es que lo había pasado muy mal. No solo por lo evidente: afrontar una decepción tras otra, sino por lo que ello implicaba. Sentirse engañada cuando la habían traicionado. Y peor aún, poca cosa. Ver menguar poco a poco su autoestima hasta que ésta quedó reducida a un montoncito de cenizas. Cuando decidió cortar por lo sano con todo, tuvo que volver a reconstruirse a sí misma. Al principio apenas soportaba mirarse al espejo. Después, con paciencia, tiempo y ayuda, empezó a valorarse de nuevo, a vestirse de manera que le gustase, a sonreír.

Llegaron al restaurante y ocuparon una mesa junto a la ventana. El lugar estaba decorado con tonos verdes y azules, lleno de plantas y enredaderas por el techo. Abby admiró los mantelitos blancos con pequeñas flores lilas y los vasos de cristal con cenefas.

Pidieron unas tostas de aguacate con miel y humus junto a unas patatas gajo para compartir entre las dos y picotear. Como siempre, la comida estaba deliciosa.

—¿Cómo van las cosas en casa? —Se interesó Abby.

—Razonablemente bien. Ha sacado tres sobresalientes este año, así que estoy muy orgullosa de él —dijo hablando de su pequeño—. Y creo que por fin podremos mudarnos en unos meses, aunque aún estoy buscando un apartamento apropiado.

—¡Eso es genial! Os lo merecáis.

Abby sabía lo duro que Gerta había trabajado para sacar adelante a su hijo a solas y, encima, aguantando las continuas tonterías de su exmarido, que nunca le pasó ni una miserable pensión. Aunque aún estaban en trámites judiciales por ello, al menos, Gerta había conseguido saldar todas sus malditas deudas y ahora tenía previsto empezar desde cero en otra casa, más próxima al trabajo y más lejos de todo su pasado.

—¿Y qué hay de ti? ¿Alguna novedad? —le preguntó.

—Pues... ahora que lo comentas... —titubeó.

—¿Qué pasa? —Gerta la taladró con la mirada.

—He conocido a un chico. Quiero decir, no, no conocer. No exactamente. Veamos... es complicado. Ni siquiera entraba en mis planes, ¿vale?

—No tengo ni idea de qué estás hablando. Explícate.

—Me he acostado con alguien —susurró en voz baja.

—¡¿En serio?! ¡Vaya! ¡Ya era hora!

—No grites.

—Es que estoy feliz por ti.

—Ya, pero al resto de Nueva York no le interesa.

—Solo es que me ha sorprendido. Justo la semana pasada estábamos hablando de esto, de que deberías abrirte más y dejar de sufrir y volver al ruedo...

—Sí, es que estuve pensando en ello.

—¿Y justo conociste a alguien?

—Algo así.

—¿Cómo se llama?

Abby empezó a ponerse nerviosa. El trozo de aguacate se le atragantó en

la garganta y bebió un sorbo de agua para que pasase mejor. Quería hablar con Gerta sobre lo que había ocurrido en su vida, pero no quería decirle quién era él, porque eso sería incómodo. Seguro que le preguntaría si se lo había contado a Fergie y le advertiría que estaba metiéndose en un buen lío, porque la primera regla que todo el mundo sabe es que acostarte con alguien con quien compartes oficina es un tremendo error que nunca acaba bien.

—Peter. Peter Soller.

—¡Tenemos que investigarlo! —gritó animada—. Bueno, espera, imagino que ya lo habrás hecho de sobra. Pero, aun así, echaré un vistazo por mi cuenta.

—¡NO! —Gritó más de lo esperado y las miraron las de la mesa de al lado—. Es decir, que no es necesario, porque no se trata de ningún hombre que me interese. Solo es eso, un lío esporádico. Puede que no vuelva a verlo. O, si lo hago, que solo sea por el sexo.

—Vaya, vaya. Eso significa que estuvo muy bien.

—Más que bien —le aseguró ruborizándose.

—Te pido encarecidamente que seas una buena amiga y entres en detalles. —Cogió una patata gajo y masticó con ganas tras bañarla en la salsa de yogurt.

—Mmmm... fue increíble. Fue ardiente, intenso y terminé dos veces. Con algunos de los chicos con los que salí años atrás tuve que explicarles dónde estaba mi... ya sabes, mi centro de placer —dijo y Gerta se echó a reír con tantas ganas que la contagi—. ¡Lo digo en serio! La mitad de mis experiencias fueron muy poco satisfactorias.

—Lo sé, lo sé, si tienes toda la razón. ¿Y cómo os conocisteis?

—Pues... —Mierda, se estaba metiendo en un buen lío, pero ahora ya no había forma de parar aquello, así que continuó—. En una fiesta. No tenía pensado ir, pero era el cumpleaños de una amiga de la universidad. Estuvimos hablando y luego compartimos un taxi y me besó.

—¿En el taxi?

—Sí.

—Qué excitante.

—Mucho. Un poco exhibicionista, pero admito que tuvo su punto. Así que acabamos en mi apartamento y todo ocurrió muy rápido. Después hablamos las cosas.

—¿Lo dejasteis todo claro?

—Como el agua cristalina.

—¿En qué términos?

—Nada de compromiso ni tonterías. Solo nos veríamos cuando a uno de los dos le apeteciese pasar un buen rato. Y él añadió que prefería que lo hiciésemos en mi casa.

—¡No jodas! ¿Está casado?

—¡No! Más bien creo que es uno de esos hombres que prefieren no dejar rastro después de terminar con sus conquistas, ya sabes, el habitual *llanero solitario*. Muy típico.

—Lo importante es que tú estés contenta.

—Lo estoy —admitió, pero luego suspiró—. Es solo que no estoy acostumbrada. Se me hace raro volver a tener algo con un hombre, como si eso me hiciese sentir vulnerable. Puede que me haya cerrado demasiado durante todos estos años.

—Oh, cielo, pero ¿cómo no hacerlo? Creo que te vino bien ese tiempo a solas para darte cuenta de que no necesitabas a nadie a tu lado y que ya estaba bien de intentar encontrar a un dichoso príncipe azul. Ahora eres más libre e independiente.

—Puede que tengas razón, sí.

12

Muy a su pesar, tuvo que darle la razón a Mike en lo referente al caso de Elaine Duff y David Kurt. Quedaron con ella en una chocolatería cerca de su trabajo. Aún no había llegado cuando ellos se sentaron. Era viernes, a última hora de la mañana, y Abby estaba cansada tras una larga semana de trabajo, pero, sobre todo, estaba cansada de darle tantas vueltas a lo suyo con Mike. Él no había vuelto a decir nada más allá de ese vulgar comentario en la oficina dos días atrás. Y ella empezaba a caer en la cuenta de que quizás no volviesen a verse de esa manera. Puede que Mike ya hubiese encontrado a otra chica con la que pasar el rato y divertirse. Le hubiese gustado dejar la mente en blanco, pero eso en ella era imposible.

—¿Qué van a tomar? —preguntó la camarera.

—Yo uno de chocolate blanco con trocitos de M&M.

—Un té negro, gracias —pidió ella lanzándole una mirada a Mike mientras la chica se alejaba—. ¿Cómo es posible que no te haya dado ya un infarto?

—Hago deporte. —Le sonrió—. Tú lo sabes bien.

Abby se acaloró al recordar sus marcados abdominales.

—Eres demasiado creído. Y no creo que eso contrarreste las toneladas de azúcar. Y las caries. ¿Tu dentista sabe que eres adicto a ese polvo blanco?

—Mi dentista dice que tengo una dentadura perfecta.

Por un momento, se sonrieron el uno al otro, como si les divirtiese aquel rifirrafe constante, pero el hechizo se disolvió cuando ella volvió a la realidad y la clienta apareció.

Elaine Duff no tenía muy buen aspecto. Unas pronunciadas ojeras ensombrecían su mirada y estaba muy delgada y abatida. Se sentó en una de las sillas libres y suspiró:

—¿Y bien? ¿Me está engañando? ¿Es eso?

—No, no te está engañando —dijo Mike.

—¿Entonces? —Parecía confundida.

—No hemos encontrado nada, Elaine —intervino Abby con un tono amable y tranquilizador—. David parece realmente enamorado de ti y, créeme, hemos hecho una investigación a fondo. No puedo darte una respuesta sobre por qué sigue escondiendo ese anillo en lugar de pedirte de una vez por todas que te cases con él.

—Pero, si te interesa mi opinión... —añadió Mike, pese a la mirada de advertencia de Abby—. Creo que tiene miedo. Sí. Esas cosas imponen, ¿sabes? Poner la rodilla en el suelo, hacer la gran pregunta y esperar. Puede que esté esperando la ocasión perfecta.

—¿De verdad lo piensas?

—Completamente. Y te diré una cosa, aunque puede que sea propasarme...

—Seguro que lo es —siseó Abby, pero la chica la interrumpió.

—No, por favor, dímelo con total sinceridad —le pidió.

Mike apoyó un codo en la mesa con sencillez y la miró a los ojos.

—Creo que lo más sencillo sería ser sincera con él. Cuéntale que encontraste el anillo. Dile que fue un tremendo error, pero que estás volviéndote loca durante estos meses intentando averiguar por qué no te pide que te cases con él. Probablemente dentro de unos años lo recordaréis entre risas como una anécdota divertida más.

Elaine tenía los ojos llenos de lágrimas, pero se sobrepuso, respiró hondo y negó cuando la camarera se acercó para tomarle nota. Cuando se calmó, los miró.

—Gracias por todo, de verdad.

—No tienes que dárnoslas.

Se despidieron de ella poco después. La reunión había sido rápida y eficaz. Mike se llevó la cucharita llena de chocolate a los labios y lo saboreó con

deleite.

—Estarás contento —dijo Abby—. ¿Y si se lo dice y le rompe el corazón?

—Pero ¿y si se lo dice y acaban contándole esa historia a sus nietos?

—Si la vida fuese una película, quizás. Lamentablemente no lo es.

—Tú siempre tan negativa con todo lo referente al amor.

Ella gruñó por lo bajo, pero no contestó porque sabía que él tenía razón. ¿Qué podía decir? Sí, era el equivalente al Grinch de la Navidad cuando se trataba de Cupido. ¿Quién se cree a un hombrecillo que lanza flechas a diestro y siniestro? Es casi perturbador. Y, además, Abby ya había gastado el cupo de desengaños e intentaba dejar de hacerle caso a su corazón y guiarse por la cabeza, porque tenía más probabilidades de acertar.

Después de terminar lo que se estaban tomando, salieron de la cafetería. Él alzó los brazos en alto y miró el cielo de un gris lleno de nubes amaratas. Después bajó la vista hacia ella y, cuando ya estaba a punto de decirle que se largaba, le preguntó:

—¿Qué haces este fin de semana?

A Abby se le aceleró el corazón de golpe.

—¿Cuándo, exactamente?

—No sé, ¿esta noche?

—Pues... nada.

Debería haber dicho algo así como “*déjame que consulte mi agenda*” o fingir que tenía algo interesante que hacer y proponerle que se viesen al día siguiente, pero no, casi parecía ansiosa cuando respondió que nada y se quedó mirándolo con cautela.

—En ese caso... —Mike sonrió—. ¿Nos vemos?

—Vale. A las siete. No llegues tarde.

Él se rio y negó con la cabeza sin cesar. Luego, dio media vuelta y se alejó. Viernes. Por fin había terminado la semana y lo único que pensaba hacer durante la tarde libre era tumbarse en el sofá a leer algo interesante y darse una

ducha antes de ir a casa de Abby.

La expectativa en sí misma ya era tentadora.

Llevaba desde el lunes deseando besarla y habían sido varias las ocasiones en las que se había contenido a hacerlo y frenado a sí mismo. Sobre todo, cuando estaban fuera de la oficina. Entonces el diablo que llevaba dentro le susurraba que no pasaba nada por unas cuantas caricias de nada en cualquier esquina, como haría una pareja cualquiera. Después se convencía a sí mismo de que aquello era una gilipollez, porque, para empezar, lo único que debería interesarle de ella era el sexo y no unas cuantas caricias sin perspectivas de llegar a más. O, al menos, esa era la filosofía de vida que se obligaba a seguir.

Una vez llegó a su apartamento, se quitó la incómoda camisa y pulsó el botón del contestador de voz cuando vio que tenía tres mensajes. Solo había una persona en su vida que seguía hablándole por ahí en lugar de mandarle un mensaje. Su madre.

—Buenos días, cariño, he intentado llamarte al móvil, pero no sé qué he tocado que me sale una voz rara. ¿Te han robado? Espero que no. Solo quería saber cómo estabas después de lo ocurrido, mi pobrecito, no te mereces nada de lo que está pasando, ¡es una desgracia tan grande!

Sonó un pitido y se cortó el mensaje. Pulsó el siguiente.

—Lo que quiero decir, Mike, es que ya sé que eres testarudo y muy tuyo, pero si en algún momento necesitas hablar o quieres desahogarte, ya sabes que estoy aquí. Han sido unos años muy duros y...

Piiiiiiii. Tercer mensaje:

—No soporto verte sufrir así. Me pregunto cómo es posible que a las personas buenas les ocurran cosas tan terribles. Es injusto y hace que me replantee mi fe en Dios. En fin, cariño, no te entretengo más. Seguro que estarás muy ocupado con ese nuevo trabajo tuyo. Cuídate. ¡Y no comas tanto azúcar!

Mike se dejó caer en el sofá, apoyó los codos en las piernas y la cabeza entre las manos. Su madre tenía razón. La vida era putamente injusta, aunque él evitaba a toda costa pensar en ello. Cualquier entretenimiento le parecía más que

bienvenido a cambio de que no tuviese que darle vueltas al peso que arrastraba tantos años. Un entretenimiento como Abby, por ejemplo. Sacudiendo la cabeza, se levantó y se metió en la ducha. En cuanto el agua caliente le desentumeció los músculos, se sintió mucho mejor.

Cuando montó en el taxi camino a su casa, estaba como nuevo. Le dio al hombre la dirección y llamó al número del portal. Abby abrió sin murmurar palabra. Subió en el ascensor y cada piso le resultó de repente sorprendentemente lento.

Al llegar al de ella, vio que la puerta ya estaba abierta. Empujó con suavidad y entró. Abby apareció por el pasillo mientras se quitaba un pendiente. Llevaba una bata de seda de color beige e iba descalza. A él le pareció tan erótico verla así esperándolo que hizo esfuerzos para mantener su rostro inexpresivo. Ella se quedó parada mirándolo, como si no supiese demasiado bien qué hacer. Y, en efecto, así era. Mike advertía su poca experiencia en el arte del coqueteo, la seducción y todo lo que venía después, pero había en ella algo salvaje y contenido que contrarrestaba todo lo demás. La miró fijamente mientras se acercaba.

Luego, con delicadeza, pasó los dedos tras su nuca y le masajeó ahí donde el nacimiento del pelo se perdía en un moño informal. Subió, encontró la goma y se lo soltó. El cabello se deslizó como una cascada por sus hombros y Mike se preguntó por qué no lo llevaba más veces suelto, cuando le quedaba así de bien y dulcificaba sus rasgos.

—¿Quieres un poco de vino? —preguntó ella.

—Mmm, si puedo tomármelo directamente sobre ti...

Abby se ruborizó de un modo encantador y él no pudo resistirse más y la besó sujetándola de las mejillas de una manera tan pasional que a ella le temblaron las rodillas. No estaba segura de que nunca un hombre la hubiese besado así y no entendía por qué tenía que ocurrir justo con Mike, pero la sensación de su lengua acariciando la suya era demasiado delirante como para seguir pensando y se rindió cuando la estrechó contra su cuerpo.

Él tiró del lazo de su bata y le sonrió travieso.

—¿Dónde decías que estaba esa habitación?

—Al fondo del pasillo —dijo con un jadeo.

La alzó sin dejar de besarla y se encaminó hacia allí, haciendo algunas paradas entre risas, gemidos de antelación y caricias apresuradas. Cuando la tumbó en la cama, a Abby le sorprendió sentirse tan cómoda junto a él, hasta el punto de que se le escapó más de una sonrisa mientras le desataba la bata del todo y se la quitaba con impaciencia.

—Déjame a mí —le pidió ella cuando él empezó a desnudarse y se desprendió de la camiseta. Arrodillada en la cama, se acercó y le desabrochó el cinturón antes de dejar caer los pantalones. El bóxer oscuro y abultado apareció ante sus ojos. Lo acarició con una mano sobre la tela y él se quedó sin respiración mientras la miraba con los ojos entornados.

—No tan deprisa —jadeó él, tirando de ella hacia atrás y quitándole el sujetador con manos hábiles y expertas. Sus pechos quedaron expuestos frente a su rostro.

Mike los recorrió con su boca y lamió uno de los pezones hasta que ella soltó un gritito incontenible. Estaba tan cachondo que solo podía pensar en penetrarla, pero la vez anterior había sido rápida y él no quería que esta terminase igual.

Ella notó su contención y, sorprendiéndose a sí misma, lo cogió de las mejillas y lo miró a los ojos. Eran de un azul ardiente y lleno de deseo. Su piel resultaba suave entre sus dedos a pesar de que empezaba a crecerle la barba. Se humedeció los labios.

—Podemos repetir, Mike. Podemos... —Su voz se ahogó cuando él rozó su sexo contra el suyo—. Porque yo también lo necesito ya —admitió.

Él reaccionó tirando de sus braguitas hasta bajárselas por las piernas con brusquedad. Se deshizo de su propia ropa interior y buscó un preservativo antes de separarle las rodillas y hundirse en ella con un gruñido ronco. Abby lo abrazó y cerró los ojos.

—Oh, Mike —susurró temblando.

Sus embestidas eran fuertes, rápidas y ella no pudo evitar clavarle las uñas en los hombros cuando una oleada de placer creciente la sacudió de la cabeza a los pies antes de catapultarla hasta un orgasmo intenso. Gimió alto, sin importarle que los vecinos pudiesen oírla. Mike se hundió en ella un par de veces más y se dejó ir con la cabeza hundida en su cuello y el corazón latiéndole a un ritmo alocado, como si fuese la primera vez que tenía sexo en años o hubiese olvidado hasta entonces lo bueno que podía llegar a ser.

Rodó hacia un lado pasados unos segundos y respiró hondo.

—Qué jodida maravilla —dijo él.

Abby lo miró entre la niebla del placer.

—Te está sangrando el labio, Mike.

—Normal. Me has mordido.

Él se llevó una mano allí para limpiarse.

—¿Yo te he mordido? —Parecía sorprendida.

—Claro que sí, ¿quién si no? —Pasó un brazo por su cintura y le acarició el ombligo subiendo lentamente hasta sus pechos, que seguían turgentes—. Eres una adorable gatita durante el día, pero una tigresa por la noche —bromeó con una sonrisa.

—Lo siento, no ha sido a propósito.

Mike la miró en silencio durante unos instantes que a ella sí le resultaron extrañamente íntimos, más incluso que minutos atrás, cuando habían estado el uno sobre el otro y moviéndose frenéticamente. Así que Abby buscó a tientas la bata y se la puso por encima, intentando protegerse de su escrutinio. Él se dejó caer en la almohada con los brazos apoyados tras la nuca y su habitual sonrisa maliciosa en los labios.

—¿Y esa copa de vino que me habías prometido?

Terminaron levantándose para ir al salón. Mike se puso los pantalones vaqueros, pero no la camiseta, y ella se quedó con la bata. Los dos iban descalzos. Abby eligió una botella de vino y se la dio para que la descorchase.

Mientras él lo hacía, apoyándose en la encimera de la cocina, no pudo evitar admirar su torso atlético y marcado. Se sentía como una adolescente con poca experiencia teniendo a aquel hombre en su cocina y se dio cuenta de que probablemente no hubiese pensado lo mismo si el chico en cuestión no fuese Mike Thomson, porque había en él algo distinto. Abby no sabía qué era. A ratos le odiaba, en otros le parecía divertido y, el resto, tan solo deseaba besarlo y desnudarlo. Pero era sorprendente lo cómodo que él parecía estar en su cocina, como si se conociesen desde hacía años cuando en realidad llevaban tres semanas siendo compañeros de oficina.

—¿Dónde guardas las copas?

—El primer armario pequeño.

Mike lo abrió, sacó dos y sirvió el vino.

—Por el sexo sin compromiso —dijo él alzando su copa y chocándola con la suya en un suave tintineo. Luego bebió un trago y lo saboreó—. Está delicioso.

Se sentaron en el diminuto comedor, donde solo había un sofá delante de la televisión que compartieron y él cogió el folleto de comida china que tenía encima de la mesa de centro. Le echó un vistazo al menú principal antes de relamerse y alzar la vista hacia ella.

—¿Tardan mucho en servir?

—No, ¿por qué?

—Me muero de hambre.

Abby no pensó antes de decir:

—Pues hacen la mejor comida china de toda la ciudad. He pensado en mudarme en alguna ocasión, pero he terminado por no hacerlo tan solo porque no sé si sobreviviré sin tener ese restaurante cerca. Las bolitas de tofu son de otra galaxia.

—Vale, me has convencido. —Mike sacó su teléfono y marcó el número sin pensárselo dos veces—. Sí, llamaba para hacer un pedido. Pues veamos... una ración de tallarines con gambas, otra de arroz con salsa de soja, pollo con

almendras, bolas de tofu...

—Oh, pide el pan especial de la casa —sugirió Abby.

—Pan especial de la casa —le dijo él—. Y ternera.

—La especiada es la mejor —susurró ella.

—Ternera especiada —especificó Mike—. Sí, eso es todo. Espere, le paso con ella para que le dé la dirección. Y añada salsa agri dulce sin cortarse, ¿vale? Gracias.

Mike se levantó para servirse más vino en la cocina mientras ella seguía sentada en el sofá y le daba la dirección al restaurante. Mirándola desde lejos, empezó a ponerse un poco nervioso cuando cayó en la cuenta de lo que acababa de hacer. Ella no se lo había propuesto, ni había insistido ni nada semejante. No. Había sido él quién se decidió a llamar para pedir comida. ¿Y desde cuándo se permitía cenar con uno de sus ligues en un apartamento? Era demasiado íntimo. Él se limitaba, como mucho, a tomarse una copa entre polvo y polvo, aunque, para ser sincero, normalmente le bastaba con un primer asalto antes de largarse. Sin embargo, con Abby se había quedado con ganas de más, de mucho más.

—Han dicho que tardarán unos veinte minutos —dijo ella.

—Bien. —Suspiró. No, no estaba bien.

¿Qué harían durante ese tiempo a solas?

Abby se lo puso fácil y encendió la televisión. Él volvió al sofá y se acomodó a su lado. Lo dejó en un programa de talentos musicales. Salió una chica blanquísima, con la piel casi translúcida, que cantaba medianamente bien, seguida de un joven que no dejaba de soltar gallos. A Mike le entró la risa al verlo y sacudió la cabeza.

—Joder. Es horrible.

—Y tanto.

—Le daría el pase solo porque tiene que ser muy valiente para plantarse encima de ese escenario sabiendo lo malo que es. Me parece cojonudo.

—Dudo que él lo sepa —opinó Abby.

—Míralo, si se está riendo y todo.

—Eres cruel. —Pero ella también se rio.

Para sorpresa de Mike, aquel rato mientras esperaban la llegada de la cena, no fue incómodo en absoluto. No sabía cuánto tiempo hacía que no estaba con una mujer justo así, tranquilo y viendo la televisión, relajado mientras se tomaba un vino. Puede que justo cuatro años. Cuatro largos y duros años. Se removi6 nervioso en el sof6 por sus pensamientos.

Cuando llamaron a la puerta, los dos discutieron unos segundos por ver qui6n pagaba y al final llegaron al acuerdo de hacerlo a medias. Abby dej6 la bolsa en la mesa auxiliar que haba frente a los sof6s y cogi6 dos platos de la cocina. 6l sac6 las cajas humeantes.

—Huele como al cielo —brome6.

—Es mejor que eso. Ya lo ver6s.

—Creo que es la primera vez que parece tener ganas de comer. Ya empezaba a pensar que te alimentabas solo de aire y lechuga en los d6as festivos.

—Eres idiota. Sencillamente tengo una norma: comida sana entre semana, comida deliciosamente insana los fines de semana. As6 es como me mantengo.

Terminaron sin usar los platos y compartiendo la comida directamente de la caja como dos viejos amigos. Mike cerr6 los ojos cuando prob6 los tallarines.

—Joder. Est6n tremendos.

—Lo s6. —Ella sonri6.

—Est6n tan incre6blemente buenos que estar6a dispuesto a trazar un plan macabro para asesinarte y quedarme con tu apartamento por estar cerca de este restaurante. O, mejor a6n, har6a que te enamoras perdidamente de m6 a base de sexo alucinante y despu6s me mudar6a a tu casa y me pasar6a los d6as llamando al chino y gast6ndomelo todo en tallarines.

—Hay dos lagunas en tus planes.

—Ah, s6, ¿cu6les?

La mir6 divertido.

—En primer lugar, yo te asesinar6a antes de que pudieses siquiera

intentarlo. Soy como un ninja, silenciosa y letal. Y, en segundo lugar, ni el mejor sexo del mundo conseguiría que me enamorase de ti. Eres, probablemente, lo contrario a mi prototipo de hombre.

Mike masticó una bola de tofu con aire divertido.

—¿Y cómo es tu prototipo de hombre?

—¿En teoría?

—Evidentemente, en la práctica está claro que no lo has encontrado.

Él se ganó un golpe en el brazo por aquel recordatorio gratuito.

—Pues, veamos, tiene que ser un hombre bueno. Eso lo primero. Y lo digo en serio, no a la ligera. Me gustan las personas con valores, que se preocupan por los demás y son capaces de ver más allá de su propio ombligo. Generosas.

—Yo soy un buen tipo —le aseguró Mike.

—Y también que sea divertido. Me gusta que me hagan reír. Una vez leí un artículo en Vogue que aseguraba que las mujeres se enamoraban del sentido del humor.

—Conmigo te diviertes sin cesar.

—Y, a poder ser, que sea inteligente. También independiente, no me apetece convertirme en la madre de nadie teniendo en cuenta que eso ya no...

La voz de Abby se fue apagando hasta desaparecer.

—Ya no, ¿qué? —preguntó él con curiosidad.

Ella dejó la caja de arroz en la mesa y suspiró.

—Bueno, ahora ya no está en mis planes.

—¿El qué?

—¡Ser madre, tonto!

—Oh. Eso. ¿Y por qué no?

—Pues no lo sé, sencillamente he dejado de desearlo. —O, más bien se había obligado a no pensar en adorables y rechonchos bebés de mofletes sonrosados—. Antes era una de mis prioridades. No se trataba solo de encontrar al príncipe azul perfecto, ¿comprendes? Yo quería el pack entero. El príncipe,

más los bebés, más una casa bonita.

Mike también dejó de comer y la miró serio mientras ella bebía vino un tanto alterada, como si quisiese dejar de hablar de aquel tema o estuviese mostrando demasiado. Podría haberlo dejado correr. Al fin y al cabo, ¿a él qué importaba esa chica? Pero no pudo hacerlo. Sí le importaba. Le importaba cómo se sintiese. Se dio cuenta de que no soportaba la idea de verla así de triste o metida dentro de ese caparazón tan duro que llevaba a cuestas.

—Oye, Abby, escúchame. Eres muy joven. ¿Cuántos años tienes? ¿Veintinueve? Tienes toda la vida por delante para encontrar a un hombre que se dé cuenta de lo mucho que vales, para tener hijos, hacer planes y todo eso que quieres.

—Ya. Y eso me lo dice otro hombre alérgico al compromiso que se pasará toda su vida dando saltos de una cama a otra. Perdona si he perdido la fe en el sexo opuesto.

A Mike no le gustó que diese en el clavo. ¿Quién era él para asegurarle que encontraría a su media naranja cuando, en efecto, era alguien incapaz de abrirle su corazón a otra persona? Resultaba hipócrita. Se mordió el labio e intentó romper la tensión con humor.

—Bueno, a fin de cuentas, ya has dicho que jamás podrías enamorarte de mí. Aunque curiosamente sea buena persona, muy gracioso, inteligente e independiente...

—Tírate más flores —lo acusó ella.

—Me tengo en alta estima, gracias.

—Eso no hace falta que me lo jures.

Cuando ella dejó la copa de vino a un lado, Mike se inclinó hasta que sus labios quedaron a escasos centímetros de los de Abby. Le sonrió con suficiencia.

—¿Y tu hombre perfecto perfecto sabe besar así?

Apresó su boca apasionadamente, colando la lengua en su interior mientras le acariciaba la nuca haciéndola estremecer. Mike sabía a vino y a algo prohibido.

—Mmmm. —Fue todo lo que pudo decir.

—Voy a enseñarte qué más debería saber hacer ese hombre perfecto.

Antes de que Abby pudiese saber qué estaba pasando, Mike bajó por su cuerpo y le desató la bata. Le besó la tripa, cerca del ombligo y después la línea de la goma de las braguitas de encaje que se había puesto a propósito esa misma tarde. Cuando apartó la tela a un lado y posó su boca justo ahí, ella se quedó sin aliento y después lanzó un grito de placer. Abby no sabía cómo, pero su lengua hacía maravillas y sus dedos ahí abajo la catapultaron al cielo antes de que pudiese degustar con tiempo la imagen de Mike con el rostro entre sus rodillas y mirándola maliciosamente, como un demonio encantador.

Él aún tenía los labios húmedos de ella cuando ascendió por su cuerpo y Abby le bajó el pantalón para buscar su erección con una mano, acariciándolo hasta arrancarle un jadeo ronco. Se levantó del sofá y se quitó la bata. Él estaba sentado, con las pupilas dilatadas y tan poderoso y perfecto allí desnudo que ella no se resistió a probarlo y se arrodilló en la alfombra, delante de él, antes de acogerlo con la boca. Mike cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás mientras ella lo lamía disfrutando de lo que estaba haciendo. Se dio cuenta de que no era como otras veces, algo así como devolver el favor, no. Le apetecía hacerlo. Le gustaba ver a Mike tan indefenso y jadeante por culpa de sus atenciones.

—Para —siseó él—. Para o si no...

—Si no, ¿qué? —Ella lo acarició.

—Ya lo sabes. No aguantaré más.

Abby decidió ignorarlo. Volvió a metérselo en la boca y poco después los músculos de las piernas de Mike se tensaron, su mano se hundió en el cabello de ella para guiarla en las últimas embestidas y se dejó ir con un gemido ronco y profundo.

—Joder. —Un minuto después, a él le costaba respirar.

Ella le sonrió antes de volver a coger su bata del suelo y ausentarse unos minutos para ir al baño. Mike se quedó allí como un tonto, con el corazón

latiéndole acelerado y unas ganas inmensas de un tercer asalto. ¿Desde cuánto no le ocurría algo así? Desde nunca, porque hasta la fecha jamás se había quedado con tantas ganas de más. Esa mujer tenía algo adictivo y, si fuese medianamente inteligente, debería temer por su propio bien.

Se puso la ropa interior y los vaqueros. Recordó que había dejado la camiseta en la habitación unas horas antes y se sirvió lo poco que quedaba de vino. Estaba dando un trago largo, aún intentando recuperarse de la excitante que había sido mirarla hacerle aquello, cuando Abby volvió al salón y notó que algo en su rostro había cambiado.

—Creo que deberías irte ya —le dijo cautelosa.

—De acuerdo. Si es lo que quieres...

Mike se puso en pie y ella suspiró.

—Es que son los términos, ¿no? Solo sexo y creo que con dos asaltos ya estoy servida hasta nuevo aviso. —Parecía nerviosa e intranquila mientras lo miraba.

—Claro. Iré a por mi camiseta.

—Vale. Esperaré aquí.

Mike no tardó en regresar y dirigirse hacia la puerta de salida. Ella lo acompañó y se quedó clavada en el portal cuando él pareció aturullarse durante unos segundos, como si no supiese bien cómo despedirse, y terminó dándole un beso en la mejilla.

Después lo vio marchar por las escaleras.

Abby cerró la puerta y se llevó las manos a la mejilla, todavía sintiendo el rastro de sus labios calientes sobre su piel. Era curioso que después de todo lo que habían compartido esa noche (se habían lamido, mordido, acariciado y un largo etcétera), ese beso aparentemente inocente y amigable fuese lo que le pareció más íntimo y la hizo estremecer.

Al pasar por el salón, miró la mesa auxiliar donde aún quedaban restos de la cena que habían compartido y las dos copas de vino medio vacías. ¿Cuánto tiempo hacía que no se tomaba una botella de buen vino con un hombre mientras

sencillamente hablaba, disfrutaba y coqueteaba? Una eternidad. Y cuando volvió del baño y lo vio allí esperándola, aún sin camiseta, cayó en la cuenta de lo mucho que deseaba aquello. Volver a disfrutar de la compañía de un hombre. Y luego le llegó una certeza aún más preocupante: había disfrutado pasando aquella noche junto a Mike. Sí, puede que de entrada le hubiese caído mal con esos aires de perdonavidas y demás, pero ahora que lo conocía, debía admitir que se divertía con él, que podía hablar de todo porque no era uno de esos hombres de pocas neuronas y que era un rival a tener en cuenta a la hora de hacerle frente a base de réplicas.

Y eso no estaba bien, nada bien.

Así que decidió rápidamente que era hora de que se largasen. Cuantos más roces tuviesen en esa especie de relación que habían comenzado, peor sería a la larga.

Optó por irse a la cama tras darse una ducha rápida. Se puso el despertador, a pesar de que el sábado no tenía nada importante que hacer, ahuecó la almohada y se giró hacia la derecha, como de costumbre. Fue entonces cuando notó el aroma masculino de Mike en sus sábanas e impregnándole la nariz. Respiró hondo, muy a su pesar. Recordó lo que habían hecho aquella noche y sintió un hormigueo en el cuerpo. Y luego recordó sus labios apasionados, su peligrosa sonrisa seductora y la profundidad del azul de sus ojos...

Por un momento, imaginó qué se sentiría al dormir al lado de un hombre como aquel, con su brazo rodeándola y el torso tan firme y duro, y la piel tan cálida...

Sacudió la cabeza. Qué tonterías estaba pensando. “*Fuera, Mike. ¡Fuera de mi mente!*”, se dijo hasta que, casi sin darse cuenta, terminó rendida a un sueño intranquilo.

13

La semana fue dura. O eso le pareció a Mike. No estaba seguro de si era por el exceso de trabajo, porque últimamente dormía terriblemente mal y se despertaba sin cesar, o si la culpa la tenía Abby y esos vestidos ajustados que se ponía o las faldas plisadas que en cualquier otra mujer no le hubiesen resultado en absoluto seductoras, pero que en ella hacían que se pusiese duro y tuviese que concentrarse en medio de toda la oficina para dejar de pensar en la idea de tumbarla sobre la mesa, tirar los trastos a un lado y hacerla suya.

Además, aún seguía molestándole que hubiese sido ella la que sugiriese el viernes que era hora de que se marchase. A Mike nunca le había ocurrido algo así. Siempre era él quien comentaba que tenía que irse o que se estaba haciendo tarde y su ligue de turno normalmente intentaba retenerlo con cualquier excusa que él nunca aceptaba.

—¿Puedes imprimir estos papeles? —le pidió Abby.

Era jueves, aunque Mike tenía la sensación de que había pasado un mes desde que cenó comida china en su casa. En realidad, apenas hacía seis días de aquello.

—Claro. Yo me encargo. —Se puso en pie y se alejó.

Estuvieron trabajando el resto de la mañana, hasta que, casi a las doce, Fergie les llamó y les pidió que fuesen a su despacho. Una vez allí, cerró la puerta tras ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó Abby.

—Es un asunto confidencial.

—¿Qué tipo de asunto?

—Barbara Klein.

—La adoro —dijo Abby—. ¿Qué pasa con ella?

—Nos ha contratado.

—Estás de broma.

—No lo estoy. —Fergie le sonrió y abrió la carpeta que tenía en medio de la mesa antes de acercársela—. Llevo hablando con ella una semana, pero no podía adelantar nada hasta que realmente se decidiese a contar con nuestros servicios.

—Oh, Dios mío. —A Abby le brillaron los ojos.

Barbara Klein era una de las actrices preferidas de Abby desde que era pequeña y la veía en la gran pantalla representando papeles increíbles de mujeres fuertes y decididas. Adoraba sus comedias románticas, sus películas más indies e incluso la que hizo de terror. Actualmente, la mujer rondaría los sesenta y tantos años, aunque seguía siendo igual de atractiva y elegante que cuando era joven y empezó su carrera.

—El caso es que tenéis que ir hasta los Hamptons para visitarla.

—¿Cuándo? —preguntó Mike sin demasiada ilusión.

—Mañana. No os he podido avisar antes.

—Podríamos ir en mi coche —ofreció él.

—Eso sería perfecto. —Fergie le sonrió.

—¿Y qué es lo que quiere? —A Abby le pudo la curiosidad—. Hasta donde sé, su marido falleció hace ahora un año y algo, ¿no? Era ese productor musical.

—Sí. Será mejor que os cuente ella la historia. Así pues, ahora te mando la dirección por correo y la idea es que podáis estar allí sobre las cinco. Sed puntuales, por favor.

—Claro que sí —se apresuró a decir Abby.

Mike sabía quién era Barbara Klein porque a su madre le encantaba, pero la idea de tener que conducir hasta los Hamptons un viernes por la tarde no era precisamente apetecible. Él había dado por hecho que volvería a quedar con Abby como la semana anterior y pasarían un rato divertido y excitante antes de llamar a ese chino que estaba delicioso...

—¿Me estás escuchando? —le preguntó Abby, una vez salieron del

despacho de la jefa y se quedaron a solas en medio del blanquísimo pasillo de la oficina.

—La verdad es que no.

—Te decía que mañana por la mañana tú te quedas en la oficina para adelantar trabajo y yo me encargo de ir a la reunión que tenemos a las once. Luego comemos cada uno por nuestra cuenta y me recoges sobre... ¿las tres? Hay tiempo para llegar.

—Mejor las dos y media, me gusta ir con antelación.

—De acuerdo. Y, por cierto, ha llamado Claudia, ¿te acuerdas de ella? Dice que todo marcha maravillosamente bien con su compañero de la clase de baile. Ojalá siga así.

—Te dije que el tipo me daba buena espina.

Abby suspiró y se sentó en su mesa. Estuvo trabajando un rato mientras Mike merodeaba a su alrededor y, cuando se marchó a casa un poco después, no pudo evitar pensar al llegar en lo mucho que le había apetecido invitarlo a pasar esa noche con ella. Al fin y al cabo, al día siguiente iban a estar ocupados. Y seguro que el sábado Mike tendría cosas mejores que hacer que quedar con ella, como salir por ahí a alguna discoteca de moda o quién sabe qué tipo de plan trepidante. La entristeció pensar que volvía a desear la compañía de un hombre a su lado, pero ¿qué podía decir? Era humana. Se había rendido en lo referente a encontrar al tipo perfecto, pero seguía teniendo ciertas debilidades.

Estuvo dudando unos segundos con el móvil en la mano, preguntándose si llamarlo y pedirle que fuese un rato sería raro o sonaría desesperado. Al final, decidió no hacerlo. Se dio una ducha rápida, cenó lo primero que encontró en la nevera y se tumbó en el sofá. Pasó unos cuantos canales de la televisión hasta que lo dejó en uno cualquiera y cogió su teléfono para entrar en Instagram. Casi sin proponérselo, sus dedos la llevaron hasta el perfil de Mike. No había vuelto a verlo desde aquella primera vez que lo investigó, antes siquiera de que se lo presentasen. Bajó sin dejar de mirar las fotografías, analizando lo que tenía ante sus ojos. Aparecía alguna chica aquí y allá en instantáneas sueltas, pero ninguna

repetía más de una vez. Puede que fuesen mujeres como ella, que pasaban por su vida temporalmente, aunque desde luego no se imaginaba haciéndose una fotografía con Mike y colgándola en una red social, no, aquello no iba con ella, pero sí con las chicas bronceadas, de piernas largas y sonrisas perfectas con las que había pasado el último verano en su ciudad, Alabama, bajo la luz del atardecer de la playa. Si Mike era capaz de conseguir que el sexo con ella fuese como una explosión de fuegos artificiales, ¿cómo sería con esas mujeres tan espectaculares? Probablemente de otro planeta, como alienígena. ¿Podía el sexo ser *alienígena*?

El teléfono pitó en su mano y estuvo a punto de caérsele.

Mike: *Si vamos a una de esas mansiones de ricos de los Hamptons, ¿debería ponerme algo elegante o crees que servirá con mi ropa habitual? Lo digo en serio. Sácame de dudas.*

Abby miró a su alrededor, un poco nerviosa, como si pensase que Mike pudiese haber puesto cámaras en su casa y supiese justo que estaba espiándolo en Instagram.

Abby: *Bien pensado. Además, mis ojos y yo te agradeceríamos que te vistieses más formal y seguro que Barbara Klein opina lo mismo. Servirá cualquier traje normal. Sin chaqueta. Pero sí corbata.*

Mike: *No tengo putas corbatas. Odio las corbatas.*

Abby: *Limítate al traje. Yo me ocupo del resto.*

Esperó algún tipo de contestación, pero Mike no volvió a escribirle y ella terminó largándose a la cama cuando empezó a bostezar. Al día siguiente, en cuanto llegó a la oficina, le llegó el delicioso olor de los donuts que él solía

llevar a menudo.

Mike se dirigió a ella con la caja y una sonrisa.

—¿Quieres? Déjame adivinarlo: no.

—Pues... —Dudó, luego pensó que era viernes, casi fin de semana, un poco como estar en el limbo (se estaba autoengañando, lo sabía), pero es que tenían una pinta tan fabulosa con tantos colores chillones y brillantes—. Sí, sí que quiero.

—Vaya, qué sorpresa. ¿Celebramos algo?

Abby lo ignoró, dejó su bolso en la mesa del escritorio y luego se dirigió hacia la caja que él llevaba en las manos y cogió uno de chocolate con virutas de color lila. Le dio un bocado inmenso allí, delante de sus narices. ¡Y qué delicia! Estaba relleno de arándanos.

—Mmmm —gimió con los ojos cerrados.

—Deja de hacer eso o cometeré una tontería.

Cuando los abrió, Mike la miraba muy serio con las pupilas dilatadas y llenas de deseo. Abby tragó el bocado como pudo, un poco excitada por su reacción. Después se centró, regresó a su mesa con el donut aún a medio comer y se puso al día mientras degustaba también el café que había cogido para llevar de la cafetería de la esquina.

Por suerte, como habían quedado en que esa mañana iría ella sola a la reunión y él se quedaría adelantando trabajo en la oficina, apenas tuvo que verlo. Y, además, pudo quedar a comer con Gerta. Fueron al sitio de siempre y pidieron lo mismo. La camarera casi las miró aburrida cuando le dijeron que querían tomar, pero les dio igual.

—Qué ganas tenía de que encontrásemos un hueco. Empieza a ser un poco agobiante pasarnos el día con ellos detrás, ¿no crees? Menos mal que solo quedan, ¿cuánto? ¿Dos o tres semanas? Lucas es un encanto, no me malinterpretes, pero sola me organizo mejor.

—Sí, la verdad es que sí. Ya queda poco.

Curiosamente, para Abby había sido al revés. Fueron mucho peor las

primeras semanas que las últimas. De algún modo imposible, se había acostumbrado a la constante presencia de Mike, hasta el punto de que a veces olvidaba cómo era trabajar sola sin alguien al lado con quien discutir cada dichosa cosa de cada caso que tenían.

—Vale, ahora no te andes con rodeos, necesito que me cuentes si ha pasado algo más con ese tal Peter Soller, porque voy a confesarte que he estado buscándolo y solo he encontrado dos hombres en Nueva York que se llamen así.

—¡Te dije que no lo investigases! —Se quejó.

—Uno tiene ochenta y tres años, así que dudo que pueda darte dos orgasmos en diez minutos, a no ser que los años de experiencia cuenten más de lo que creía.

—¡Por Dios, Gerta! Y baja la voz...

—El otro, tal como presentía, está casado.

—No vive en Nueva York. —Fue lo primero que a Abby se le ocurrió para salir del paso—. Tan solo esta aquí por trabajo. Pero es inglés. Muy inglés. De hecho, se irá pronto.

—Oh, vaya. Un inglés. Me encanta el acento que tienen.

Abby pensó en el acento de Mike. No era inglés, claro, pero tenía un claro acento sureño de lo más seductor y atrayente. Y una voz deliciosamente ronca...

—Volvimos a vernos el viernes pasado.

—¿Y no me has dicho nada desde entonces?

—¡Si apenas nos cruzamos por la oficina! ¿Qué querías? ¿Que lo gritase a los cuatro vientos o pusiese un cartel en el corcho del horario y las reuniones?

—Me habría conformado con un email o una llamada.

—Lo siento, es que he estado un poco liada. —Mintió.

En realidad, la ponía nerviosa aquel engaño extraño. Era como si le hubiese contado a su amiga una verdad a medias. Sí, se estaba viendo con un chico. Y no, no se llamaba Peter. Pero sí, lo de los dos orgasmos era real. Aunque no, no era inglés ni nada de eso. Se había metido en un buen lío, así que

pensó que lo mejor era intentar cortar aquello.

—¿Entonces hubo más tema? —continuó.

—Sí, pero no sé si volveremos a vernos.

—¿Acaso no te lo pasaste bien?

—Oh, sí, muy muy bien.

—¿Y cuál es el problema?

—Pues no lo sé, la vida, ya sabes, vamos por caminos distintos. No quiero que esto se convierta en una costumbre, ¿sabes? Sería casi como ser pareja y no busco eso.

Gerta se inclinó en la mesa y apoyó los codos, mirándola.

—No me digas que te estás pillando por él.

—¿Qué?! ¡No! ¡Claro que no! ¿Estás loca?

—Oye, tampoco he dicho nada raro, cálmate.

Abby apretó los labios al darse cuenta de que sí, había sonado un tanto alterada. Pero es que imaginarse pillada por Mike hacía que se le disparasen todas las alarmas. Aunque eso, desde luego, no iba a ocurrir. Puede que en una realidad paralela en la que Mike fuese un hombre honesto, fiel y considerado, pero no en la que vivían ahora.

—Es solo que no quiero nada serio con nadie.

—Algún día eso cambiará —dijo Gerta.

—No lo sé. Quizás. Nunca se sabe.

14

Cuando Mike estacionó el coche delante del edificio donde vivía Abby, estuvo esperándola casi quince minutos hasta que ella bajó. Iba vestida con un bonito vestido blanco y veraniego que le quedaba por encima de las rodillas, gafas de sol y un pañuelo alrededor del moño del que no parecía querer desprenderse. Llevaba un bolsito de mano de color rojo que balanceó hasta su coche y colocó sobre su regazo cuando se sentó de copiloto.

Entonces le dirigió a él una larga y pausada mirada.

—Estás... —Tragó saliva—, muy guapo.

—Lo sé. Tú tampoco estás nada mal.

—Bien, deja que te dé el toque final.

Sin mediar palabra, sacó de su bolso una corbata y se inclinó hacia él para colocársela alrededor del cuello. Mike contuvo el aliento mientras ella se concentraba en hacer el nudo perfecto de una manera que a él le resultó extrañamente íntima, casi cariñosa. Su perfume de rosas parecía envolverlo y, cuando ella se apartó, tardó unos segundos en volver a la realidad.

—Gracias —le dijo en un susurro ronco.

Carraspeó contrariado, arrancó el coche y se incorporó a la carretera. No podían perder mucho tiempo si querían llegar a la hora, porque ya había pillado un pequeño atasco de camino a recogerla y había bastante tráfico.

—¿Adelantaste bastante esta mañana? —Quiso saber ella.

—Sí. Hay dos casos ya casi cerrados. ¿Y tú? ¿Te fue bien la reunión?

—Ajá. Uno de los típicos. Marido que pasa mucho tiempo fuera por trabajo y que ha empezado a comportarse raro después de la crisis de los cuarenta.

Mike encendió la radio del coche y condujo tranquilo mientras tarareaba una canción que sonaba. Abby también pareció relajarse pasado un rato y por un

momento él pensó que, a los ojos de los demás, podrían parecer una pareja normal más de camino a un fin de semana de vacaciones lejos del ruido y el estrés de la gran ciudad. Nada más lejos de la realidad.

—¿Podemos cambiar la emisora? —pidió ella.

—Siéntete libre. No me dirás que no te mimo.

—Eres cada día más capullo —contestó Abby, pero él vio que sonreía antes de cambiar la emisora y poner una de música clásica—. Mucho mejor.

—¿Estás de broma? ¿Quieres que me duerma conduciendo?

—¿Tanto sueño tienes? —Se burló.

—Pues, a decir verdad, sí.

—¿Acaso duermes mal? ¿Hay algo que preocupe al gran Mike a-mí-nunca-me-pasa-nada? Porque esa actitud de perdonavidas grita lo contrario.

Mike aferró el volante con más fuerza sin querer y, a pesar de que el gesto fue casi imperceptible, vio que ella lo notó. Intentó relajarse un poco. Respiró hondo.

—Por supuesto que me pasan cosas. Y, para tu información, sí, duermo fatal. De hecho, apenas duermo desde hace años. Ya sé que crees que lo sabes todo sobre mí porque el primer día que me conociste me metiste dentro de una de esas muchas etiquetas mentales que le pones a los hombres, pero te aseguro que no tienes ni idea.

Abby se quedó algo conmocionada al escucharlo hablar tan serio y contundente. Como siempre estaba bromeando o siendo irónico, le chocó verlo así y tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse estable y reconsiderar lo que le había dicho.

—Lo siento, tienes razón. Apenas nos conocemos.

—Por una vez, estoy de acuerdo contigo.

Se quedaron en silencio con una música de piano de fondo y no volvieron a hablar hasta que llegaron a la mansión de Barbara Klein. La casa era absurdamente inmensa, con una estructura alargada llena de ventanales que brillaban bajo la luz de aquel sol entre nubes que parecía amenazar lluvia. Abby

se llevó una mano a la frente cuando bajó del coche para burlar el reflejo del sol y poder ver mejor. Mike silbó cuando se paró a su lado.

—¿De verdad usará todas las habitaciones?

—No lo sé. Si invita a varios equipos de baloncesto a pasar el fin de semana, imagino que sí, de lo contrario... —Abby se silenció—. Lo difícil es no perderse ahí dentro.

Las puertas se abrieron antes de que ellos llamasen, porque probablemente el portero los habría visto llegar en el coche. Entraron caminando por un sendero embaldosado y rodeado de flores de colores. Abby intentó concentrarse en lo que habían ido a hacer allí y no en mirar a Mike, que aquel día estaba tan guapo que le cortaba la respiración. Llevaba un pantalón oscuro de vestir, camisa azul y una corbata de un tono más oscuro. Se había peinado y sus ojos claros hacían juego con la ropa y le daban un aire solemne y elegante.

Abby no recordaba haber deseado tanto a un hombre jamás.

Mike era como esa chocolatina que guardaba en la despensa de la cocina y que se frenaba cada día para no ir a por ella, quitarle el envoltorio y comérsela de un bocado.

Él llamó al timbre y Abby dejó de soñar despierta cuando Barbara Klein les abrió la puerta y los recibió con una sonrisa tranquila y afable. Se hizo a un lado.

—Os estaba esperando. Pasad —les dijo con amabilidad.

Habían llegado con cinco minutos de antelación. Entraron y, cuando les preguntaron qué querían tomar, los dos coincidieron por primera vez y se decidieron por una infusión. Sorprendentemente, a pesar de todas las habitaciones disponibles, Barbara decidió que la reunión fuese en la cocina. Eso sí, la cocina era como todo el apartamento de Abby. Había una mesa redonda y blanca en el centro, con un bonito jarrón vintage lleno de rosas granates y una mantelería de ensueño. Les sirvieron una tetera y dieron comienzo a la cita.

—Fergie no nos ha contado nada. Dijo que mejor lo haría usted.

—Sí, porque es una larga historia y espero que entiendan la total

confidencialidad de este asunto, no quiero que la prensa vuelva a hurgar en mi vida, ya estoy harta. Han sido muchos años teniéndolos detrás pisándome los talones —comentó disgustada.

—Lo comprendo perfectamente —contestó Abby.

—Bien, en ese caso, creo que es el momento de que sepáis que el hombre del que vamos a hablar es Oliver Loyer.

—Oh, Dios. Lo adoro.

—Es muy fan de sus pelis —se apresuró a corregir Mike, porque por un momento Abby perdió la compostura y la profesionalidad. Pero es que Oliver Loyer era el galán del cine por excelencia. Ahora tenía ya su edad, pero seguía siendo terriblemente atractivo, con una sonrisa cautivadora y enigmática que seguía acompañándolo pese al paso de los años.

—Quizás deba empezar por el pasado, veréis, esta es mi historia...

Barbara Klein les relató el tórrido romance que había vivido junto a Oliver Loyer cuando compartieron rodaje en una película. De aquello hacía varias décadas; los dos eran jóvenes, solteros y estaban en la cúspide de sus carreras. Él arrancaba suspiros a todas las mujeres. Ella obtenía los mejores papeles del momento. Eran dos balas imparables. Sin embargo, se enamoraron locamente y pasaron ese verano juntos en una pequeña isla poco transitada de Grecia, alejados de la prensa y la fama. Allí, Barbara recordaba haber vivido los meses más maravillosos de toda su vida. Decía que cuando estaba con Oliver no necesitaba nada más para ser feliz y que juntos se complementaban el uno al otro. Las noches eran eternas bajo las estrellas y los días estaban llenos de luz frente al mar de la casa que alquilaron. Nunca se aburrían ni se les acababa la conversación, pero cuando la época estival terminó, tuvieron que volver a la vida real, en Hollywood. Los primeros meses lograron mantener vivo su romance, a pesar de que se veían muy poco. Y, en algunas ocasiones, la prensa los pilló saliendo y entrando en la vivienda del otro, pero ninguno de los dos confirmó nada públicamente. Sin embargo, cuando él empezó a rodar una película junto a una nueva actriz de rostro angelical, saltó a los tabloides que mantenían una

relación y los celos entre ellos, los rumores, los testimonios que hablaban con la prensa rosa y el desgaste de no verse, hicieron que la relación se fuese rompiendo poco a poco.

—¿Lo dejó usted? —preguntó Abby.

—Sí. Estaba convencida de que me engañaba con Angie Moore. Aún hoy en día sigo pensándolo y ese es el problema... —Suspiró y miró por la ventana—. Mi marido falleció el año pasado y Oliver lleva décadas divorciado después de su corto matrimonio...

—¿Así que quieren volver a intentarlo?

Barbara asintió con la cabeza, melancólica.

—Nunca lo olvidé. No me malinterpretéis, he sido muy feliz con mi esposo. Era un hombre bueno e inteligente, pero Oliver fue mi gran amor. Me refiero a ese tipo de amor que llega de repente y lo arrastra todo sin atender a la razón, ese que se vuelve grande en apenas unas semanas y te cambia la vida sin que te des cuenta o puedas frenarlo.

—¿Y qué es lo que la frena, entonces?

—Lo mismo que nos hizo fracasar en su momento. Necesito saberlo. Tengo que saber si me fue infiel con Angie Moore, porque si lo hizo, no sé si puedo confiar en él. Y soy incapaz de avanzar mientras continúe teniendo dudas sobre Oliver.

—Pero eso ocurrió hace décadas —murmuró Mike—. ¿Cómo vamos a averiguarlo? Si no consiguió saberlo en su momento, es complicado que ahora lo haga.

—Ese es vuestro cometido. —Barbara se encogió de hombros—. No quiero un detective privado, no quiero que la prensa se entere y no quiero que dejéis rastro alguno. Necesito a dos personas que crean en el amor de verdad, de corazón, y que estén dispuestas a escarbar en el pasado. Si vosotros sois esas personas, el trabajo es vuestro.

—Lo haremos —respondió Abby sin dudar.

—Gracias. —Barbara le sonrió con ternura.

Se quedaron un poco más con ella, hablando de algunas de las películas preferidas de Abby y de viejas anécdotas del cine, hasta que se terminaron la tetera y Barbara se levantó para despedirlos. Cuando abrió la puerta y ellos salieron, miró hacia el cielo.

—Se avecina una tormenta —comentó.

—Yo lo veo bastante despejado —dijo Mike.

—Hacedme caso y ponedlos en marcha cuanto antes.

Se alejaron de la gran mansión por el camino y subieron al coche. Mike se dio cuenta de que Abby parecía estar flotando en las nubes desde que la mujer había empezado a relatarles la historia de su vida con pelos y señales. Sonrió mientras giraba el volante.

—Eres una romántica empedernida, ¿lo sabías?

—¿Qué? No es verdad. Odio el amor.

—Mientes. Se te caía la baba.

Pequeñas gotas comenzaron a salpicar el cristal del coche al tiempo que se incorporaban a la carretera. “*Puede que Barbara estuviese en lo cierto*”, pensó Mike antes de tomar un desvío que había visto al ir hacia allí y por el que podrían atajar casi quince minutos.

—Este camino no me suena. —Abby frunció el ceño.

—Es un desvío —explicó Mike mirando el parabrisas.

—Si tan seguro estás... —Ella suspiró.

A decir verdad, el camino era desagradable. El asfalto estaba lleno de abolladuras, baches y grietas que hacían que tuviese que ir frenando más de la cuenta. Y que cada vez lloviese con más fuerza no ayudaba en absoluto. Las pequeñas gotas iniciales pronto dieron paso a un chaparrón fuerte y contundente. Se escucharon truenos a lo lejos.

—Mierda. —Abby se encogió en su asiento.

—¿Te dan miedo las tormentas?

—Un poco. Llueve mucho.

Sí, estaba empezando a ser preocupante, sobre todo porque el

limpiaparabrisas iba a toda velocidad y, aun así, parecía incapaz de mantener limpio el cristal el tiempo suficiente para que él viese algo. Para más mala suerte, estaba empezando a anochecer. Y el camino no mejoraba, iban dando tumbos con el coche con las narices pegadas al frente.

Los relámpagos iluminaban el cielo cada vez más oscuro.

Abby se arrepintió de no haber cogido chaqueta.

—¿Está encendida la calefacción?

—No. —Mike la puso.

—¿Vamos a morir aquí?

—Todo apunta a que sí.

Mike sonrió, pero a ella no le hizo demasiada gracia. Se mantuvo en silencio mientras escuchaba los truenos infernales a lo lejos y los faros iluminaban la carretera encharcada.

—Creo que deberíamos parar.

—Sí. Y estamos de suerte.

Abby lo vio entonces: un cartel que anunciaba que habían llegado a un pueblo costero pequeño. Le faltó poco para dar palmas y gritar de alegría. Avanzaron por la calle principal (no parecía tener más de tres o cuatro) y estacionaron delante del típico bar de carretera de paso. Contaron hasta tres antes de salir del coche lo más rápido posible, pero fue en vano. Cuando entraron, los dos estaban empapados. A Mike le entró la risa. Y a ella también. Por un momento se miraron divertidos por la situación, compenetrados.

—La parejita imprudente del día —murmuró con desgana la mujer que, por lo visto, era la dueña de aquel sitio. Mediría casi un metro ochenta y era ancha y tan fuerte que daba miedo enfrentarse a ella, pero, aun así, Abby creyó que debía sacarla de su error.

—Nosotros no somos pare...

—¿Qué van a tomar?

—Algo fuerte para mí —dijo Mike.

—¿Y usted? —Se dirigió hacia ella.

—Pues... no lo sé... ¡lo mismo!

Mike alzó una ceja sorprendido, pero no añadió nada mientras la mujer les servía una copa de lo que parecía ser un licor raro de hierbas. Los dejó a los dos sentados en la barra. Él alzó la suya, como si brindase por ella, y luego le dio un trago largo.

Era el licor más fuerte y abrasador del mundo.

—Joder. —Tosió.

A Abby le hizo reír.

—¿Es para tanto?

—Pruébalo, valiente.

Le dio un sorbito muy pequeño, pero lo suficiente como para notar cómo le ardía la garganta. Aguantó las ganas de toser con los ojos llorosos.

—¿Y si perdimos una cerveza?

—No pienso rendirme —dijo él antes de terminarse lo que quedaba y soltar un murmullo por lo bajo. Luego llamó a la mujer—. ¿Nos sirve dos cervezas, por favor?

—Claro. —Rodeó la barra y las sacó—. ¿A dónde vais?

—A la ciudad. Si la tormenta nos deja llegar, claro.

—Lo dudo mucho. No tiene pinta de que vaya a parar.

—Algo menguará, ¿no cree? —preguntó Abby temerosa.

—No. Conozco bien este tipo de tormentas, llevo viviendo aquí cincuenta y tres años. Lloverá hasta bien entrada la madrugada y luego amainará al amanecer.

—Pero nosotros tenemos que irnos —insistió Abby.

—Eso dígaselo a las nubes, ¿a mí que me cuenta?

Mike decidió parar aquella discusión absurda y, tras clavar la vista en la ventana y ver que cada vez llovía más fuerte, se dirigió a la mujer de nuevo.

—¿Hay algún lugar para dormir que quede cerca?

—Sí. Aquí mismo. La planta de arriba es un hostel.

Abby asimiló lo que eso significaba mientras se hacía a un lado para que

pasasen un grupo de clientes. La mujer se ausentó para atenderlos y ellos se quedaron a solas en la barra.

—No podemos dormir aquí —siseó bajito.

—Pues tendremos que hacerlo si no deja de llover.

—Pero es que no tengo ropa. Ni cepillo de dientes. Ni...

—Abby, cálmate. No es para tanto. Y, además —le dirigió una mirada traviesa que la dejó sin aire—, me tienes a mí, ¿para qué necesitas más? Haré que te olvides de todo eso.

No lo dudaba, pero de repente le entró miedo. Y no se le fue conforme la noche avanzó y acabaron pidiendo para cenar pollo asado y patatas. Mike preguntó por el asunto de la habitación mientras esperaban para que les sirviesen la comida.

—Me queda una —dijo la mujer—. O la coges o la dejas.

—De acuerdo. Nos la quedamos. ¿Cuánto será?

—Noventa dólares.

—¿Qué? ¿Noventa?

—Es lo que hay.

—Está bien. —Mike sacó la cartera y le pagó—. ¿Podemos subirnos la cena?

La mujer dijo que no le importaba y se encogió de hombros. Cuando el pollo estuvo listo, cogieron los platos y subieron a la habitación. Era el lugar más cutre del mundo, pero afortunadamente, estaba limpio. Una cama solitaria y de aspecto antiguo estaba en el centro, junto a un armario de pino de los años sesenta. El baño era minúsculo, con una bañera que había conocido tiempos mejores y un espejo en el que nadie podía salir favorecido.

—Noventa dólares por esto —gimió Mike.

—Dame tu plato —le dijo ella cogiéndolo y dejándolo en la mesilla de noche donde acababa de colocar el suyo. Luego le dio la cerveza y él bebió y se olvidó del resto.

Se miraron. Abby no quería pensar en lo íntimo que resultaba que

estuviesen allí atrapados en medio de una tormenta, compartiendo cena y una habitación cutre de hostel. Y lo peor de todo, era que una parte pequeñísima de su subconsciente que quería ignorar se alegraba de que aquello hubiese ocurrido. ¿Por qué? Ni idea, pero así era.

—Pues aquí estamos —dijo ella.

—Mmm, ven aquí —contestó él.

Pasó una mano por su cintura y tiró de ella con suavidad hasta pegarla a su cuerpo. Luego, con una lentitud agonizante, rozó sus labios y la besó profunda e intensamente. Abby se estremeció de los pies a la cabeza y todo empezó a dar vueltas alrededor. No le pareció que aquella vez fuese un beso tan solo cargado de deseo, sino que fue un beso distinto. Como más tierno. O quizás solo fuesen cosas de su cabeza. Se obligó a no pensarlo.

—Llevo toda la semana deseando hacer esto —dijo él colando una mano por debajo de su falda—. Te juro que tengo que controlarme cada cinco minutos.

—¿Por eso estás siempre tan perdido?

—Eres insufrible, Abby. —Le sonrió.

—Lo mismo te digo. —Lo besó con fuerza y se colgó de su cuello rodeándolo con los brazos mientras él empezaba a subirle la falda del vestido a tirones.

Abby lo cogió de la corbata y empezó a quitarle el nudo.

—Confieso que hoy estás ridículamente guapo.

—¿Ridículamente?

—Demasiado. Para tu propio bien. Y el mío.

—¿Qué piensas hacerme, gatita?

Ella quiso ignorar que sonaban extrañamente compenetrados mientras se desnudaban el uno al otro y terminaban en la cama. En un momento de lucidez, cogió la corbata que habían dejado a un lado y se sentó sobre él antes de extender sus brazos para acercarlos al cabecero de madera y pasar la cinta entre los barrotes.

—¿Me estás atando? —Él tenía la mirada encendida.

—Sí. He decidido que hoy mando yo.

—No pensarás dejarme aquí tirado a modo de venganza ni nada semejante, ¿verdad?

—¿Quién sabe? —Movi6 las caderas sobre 6l y Mike respir6 hondo.

—Haces que valga la pena correr el riesgo —susurr6.

Y Abby se dej6 llevar por primera vez en mucho tiempo. Tom6 la iniciativa, lo tent6 con suaves besos por el pecho y mucho m6s abajo, hizo que acabase suplic6ndole que terminase ya con aquella tortura y, finalmente, lo cabalg6 y disfrut6 vi6ndolo perder el control all6 atado, justo antes de correrse con un gemido ronco que la hizo terminar tambi6n a ella y dejarse caer sobre 6l, donde se qued6 unos segundos recuperando el aliento.

—Deber6an darnos una medalla de oro sexual.

Ella se r6o al escucharlo y se incorpor6 para desatarlo.

—O al menos la de plata —le sigui6 el juego.

—No, no, nos merecemos el oro. ¿Te das cuenta de lo bien que nos compenetramos en esto? Se nos da jodidamente incre6ble. —Mike la bes6, se levant6 y se puso la ropa interior, pero, cuando se gir6 para mirar a Abby, ella segu6a callada—. ¿Qu6 pasa?

—Nada. Es solo que... nada.

—Dilo, venga.

—Me preguntaba...

—Por Dios. Su6ltalo.

—Solo es que s6 que has estado con muchas mujeres.

—¿Y? —Estaba perdiendo la poca paciencia que ten6a.

—Y no entiendo a qu6 viene decir eso de la medalla de oro y blablabl6. Est6 claro que debe de ser uno de tus di6logos estrella en torno a la tercera ronda de sexo, pero...

—No es mi di6logo estrella —la cort6 6l, malhumorado—. ¿Por qu6 siempre tienes una opini6n tan terrible sobre m6? Es agotador.

—Yo no tengo la culpa de que tengas un har6n.

—Pero ¿a ti qué demonios te pasa?

Se quedaron los dos callados y respirando alterados. Cuando Abby se dio cuenta de cómo sonaba todo aquello, quiso que se la tragase la tierra. Parecía una mujer enamorada o algo así pidiendo explicaciones, insegura y patética. Notó que se ruborizaba y apartó la vista. Se enrolló la sábana alrededor del cuerpo como pudo y se levantó para ir al baño, pero Mike la alcanzó antes y la abrazó con una ternura que la sorprendió.

—No uso los mismos diálogos con todas las mujeres. Y sí, contigo el sexo es especialmente bueno, aunque te cueste creerme. Me vuelves loco, Abby. Haces que me pase toda la semana pensando en ti y deseando que llegue el fin de semana, pero te juro que esta última he estado a punto de ir a tu casa varias noches.

Abby sintió que el corazón le latía muy rápido. Dejó que él la besase despacio antes de dejarla ir al baño y, cuando salió, lo hizo más relajada, recompuesta y serena.

Cenaron pollo con patatas encima de la cama, a medio vestir, hablando de tonterías y riéndose. Las cervezas ya estaban calientes, las patatas eran congeladas de bolsa y el pollo estaba seco, pero les supo extrañamente bien. Tanto, que se quedaron despiertos hasta las tantas de la madrugada mientras fuera seguía lloviendo a cántaros.

—¿Crees que en algún momento parará?

—Eso o viviremos en barcos —dijo él.

—Nunca he montado en uno —confesó Abby distraída con la vista clavada en el cristal empañado de la ventana que no dejaba de repiquetear.

—¿Bromeas? Mis padres tienen uno en Alabama. Es pequeño, nada del otro mundo, pero desde siempre nos encantó navegar. Cuando era pequeño quería ser capitán de barco.

—No te imagino —se rio.

—Siempre intentaba escaparme de casa para ir al barco que teníamos en el muelle. Una vez, lo hice. Quedé con Dana en la calle de atrás y bajé por la

ventana con una sábana, como en las películas. Conseguimos ir hasta allí y subir al barco. Pensábamos largarnos a una isla desierta y buscar un tesoro. Teníamos ocho años —aclaró—. Por suerte, nos pillaron antes de que soltásemos el amarre y terminásemos a la deriva o algo peor.

—¿Quién es Dana?

—Mi mejor amiga. Crecimos juntos.

—¿Y cuándo te diste cuenta de que no ibas a ser capitán de barco ni a encontrar ningún tesoro perdido? —bromeó estirando los pies en la cama.

—Sobre los veinte, cuando empecé a tomarme la universidad en serio.

Los dos se rieron y después siguió un silencio cómodo. Si a Abby le hubiesen dicho cuando conoció a Mike Thomson que iban a terminar compartiendo una cutre habitación de hotel y teniendo sexo increíble antes de acabar hablando de sus vidas, no se lo hubiese creído.

—Deberíamos dormir ya si queremos madrugar.

—Sí. Tienes razón. —Mike suspiró hondo.

Después apagó la luz de la mesilla y todo se quedó a oscuras. Fuera solo se escuchaba el caer incesante de la lluvia. Abby se estremeció cuando sonó un trueno a lo lejos. Mike se dio la vuelta en la cama, intentando acomodarse en aquel horrible colchón de muelles. Otro trueno sonó, esta vez más cerca, y notó que Abby temblaba. Dudó, pero al final se giró y le rodeó la cintura con un brazo, pegándose a ella y arropándola. Abby se quedó paralizada por un segundo, preguntándose qué debía hacer. Lo correcto, desde luego, era apartarse. Aquello no estaba bien. Nada bien. Pero su cuerpo decía lo contrario, porque el calor que Mike desprendía era delicioso y la sensación de tenerlo junto a ella resultaba tan reconfortante que le entraron ganas de llorar. Y su mano acariciando la suya era relajante...

Tanto, que terminó quedándose dormida sin darse cuenta.

A la mañana siguiente, Abby se despertó de mal humor. Y Mike también.

Ella estaba cabreada consigo misma por haber dormido tan maravillosamente bien al lado de un hombre. Él estaba enfadado por haber

sentido el impulso de abrazarla ante los truenos. Ninguno de los dos parecía tener ganas de alargar más aquel viaje, de manera que tras un rápido desayuno que consistió en café aguado y una triste magdalena dura y pasada, se pusieron en marcha. Apenas chispeaba un poco de camino hacia la ciudad, así que no tardaron en llegar. Cuando él frenó delante de su edificio, Abby se apresuró a bajar.

—Supongo que nos vemos el lunes —dijo incómoda.

—Sí. Nos vemos. —Mike evitó mirarla demasiado.

Se despidieron con un escueto *adiós* y luego él puso rumbo a su casa.

Pero lo último que imaginaba al entrar en su apartamento, era recibir esa noticia que llevaba tanto tiempo esperando que jamás llegase. Vio el mensaje en el buzón de buzón y, cuando presionó el botón y no escuchó la voz de su madre, sintió un escalofrío.

—*Buenos días, Mike. Hemos intentado llamarte el móvil, pero lo tienes apagado. Solo queríamos decírtelo nosotros personalmente antes de que te enterases de otra forma. Vamos a hacerlo. Será dentro de dos semanas. Nos han concedido los permisos necesarios. Sabemos lo duro que esto es para ti, pero, aun así, esperamos que puedas estar presente. Gracias por la comprensión durante todo este largo proceso. Nos vemos pronto.*

El mensaje se cortaba con un pitido final.

Mike se quedó sin aire. Por un momento, pensó que vomitaría, pero se repuso a tiempo. Fue a la cocina y se bebió un vaso de agua antes de contar hasta diez intentando calmarse. Le seguía costando respirar y se llevó una mano al pecho por acto reflejo.

Iba a ocurrir. Era real. Era jodidamente real.

Y aunque durante todos aquellos años se había mostrado comprensivo y abierto a que ellos decidiesen qué era lo mejor, ahora no estaba seguro de poder soportarlo.

15

Fergie se paró delante de su mesa y la miró apreciativamente.

—Bonito color de uñas, ¿dónde te las han hecho?

—En el salón de belleza que hay al lado de ese restaurante italiano al que íbamos el año pasado. Por cierto, deberíamos volver, la pasta estaba deliciosa. — Abby se relamió, a pesar de que era un lunes de buena mañana y de que había desayunado más de la cuenta.

—Es verdad. A ver si acordamos algo para la próxima semana.

—Vale. Por mí, perfecto.

—Ah, casi se me olvida decírtelo —añadió Fergie dando media vuelta antes de marcharse hacia su despacho—. Mike no va a venir hoy.

—¿Está enfermo? —preguntó Abby.

—No. Es un asunto personal.

—Entiendo. Gracias.

Fergie se alejó cotoneando sus caderas y ella se quedó allí pensando en lo que acababa de decirle. Un asunto personal sonaba como algo serio. Y no podía evitar sentir cierta curiosidad e intriga. ¿Qué podía ser tan importante como para que hubiese decidido faltar al trabajo? Peor aún, ¿por qué ella era incapaz de dejar de pensarlo en lugar de alegrarse y ponerse a trabajar? Se sentía intranquila, mezcla de lo que había ocurrido el viernes y de su inquieta cabeza. Pero es que... se había puesto celosa al pensar en él diciéndole esas mismas palabras a todos sus ligues y, después, había dormido abrazada a su cuerpo. Recordaba haberse despertado en mitad de la madrugada confundida, notando el calor del torso de Mike contra el suyo y alzar la barbilla para ver su perfil entre las sombras. Lo miró durante unos segundos, pensando en lo perfecto que era, y después se volvió a dormir acurrucada.

Y eso no estaba bien, nada bien.

Si se suponía que tenían una relación solo sexual, no deberían compartir cajas de comida china, ni acabar juntos en un hostel, ni cenar pollo reseco con patatas contándose anécdotas de su infancia, ni mucho menos dormir abrazados hasta el amanecer.

Suspiró hondo e intentó concentrarse en los casos que tenía que empezar. El primero, por supuesto, era el de Barbara Klein. Ya había estado dándole vueltas todo el fin de semana y había hecho un esquema piramidal para saber por dónde empezar la investigación. La finalidad era llegar hasta Angie Moore, la chica con la que, supuestamente, él la engañó cuando eran jóvenes. Pero, claro, para eso necesitaba antes ir tirando de contactos. Cruzaba los dedos para que, después de tantos años, la mujer fuese sincera con ella.

Así que se pasó la mañana haciendo llamadas y consiguió dar con el antiguo maquillador de Angie Moore. Al parecer, no se llevaba muy bien con ella.

—Tengo entendido que trabajaste durante años con Angie.

—Sí y todo para nada. Me dio la patada por otro.

—Ya. Y oye, ¿no recordarás esa época en la que rodó una película junto a Oliver Loyer? Me preguntaba si es cierto que tuvieron un romance.

—¿Por qué te interesa?

—Bueno, estoy escribiendo un libro de memorias...

—En ese caso, querría una parte si voy a ser un testimonio.

Mierda. Había pensado que era buena idea mentir con el tema de las memorias, pero le salió el tiro por la culata. Le comentó que no disponía de dinero para esos casos y el hombre le dijo que, a menos de que lo consiguiese, no soltaría prenda. Luego le colgó.

Cuando llegó a un callejón sin salida tras varias llamadas más, decidió tomarse el día con calma y ocuparse de otros asuntos. Y así trascurrió la mañana. Para su sorpresa, no tener a Mike al lado no fue tan satisfactorio como había imaginado. Sí, se libraba de discutir por cada cosa tonta y de tener que explicarle y comentarle todo lo hacía, pero, en contrapunto, echaba de menos reírse muy a

su pesar durante las horas de trabajo, mirarlo de reojo cuando él se giraba y no podía verla o insultarlo mentalmente cada vez que decía alguna tontería.

De modo que cuando se fue a casa estaba confundida. Pensó en llamarlo y preguntarle qué tal estaba, pero le pareció demasiado personal y acabó por no hacerlo.

Sin embargo, a la mañana siguiente estaba ansiosa y llegó a su puesto de trabajo la primera. Se acomodó en su mesa, puso orden y esperó con impaciencia mientras iban llegando todas sus compañeras. Cuando Fergie apareció saliendo del ascensor, se levantó.

—¿Sabes algo de Mike? —soltó y se dio cuenta de que sonaba preocupada, como si ese tonto le importase. Procuró mantener su rostro inexpresivo ante su amiga.

—Me temo que hoy tampoco vendrá.

—¿En serio? ¿Seguro que está bien?

—Sí, está perfectamente. Es personal —repitió, sin ser consciente de que eso solo avivaba más la curiosidad de Abby—. ¿Podrás ocuparte de todo tú sola? Sé que lleváis más carga esta semana, si necesitas ayuda con algún caso, tan solo pídemelo.

—Oh, no te preocupes. Lo tengo todo controlado.

Era mentira. Por primera vez, y aunque le costase admitirlo en voz alta, tenía ganas de discutir con Mike el caso de Barbara Klein. Sería agradable poder contar con su ayuda y ver si a él se le ocurría una estrategia diferente o alguna persona próxima a Angie en la que ella no hubiese pensado. Dos cabezas funcionan mejor que una, ¿no? Ese era el dicho.

Así que pasó otra larga e interminable jornada de trabajo, casi toda en la oficina a excepción de una reunión que tuvo con una nueva clienta que había conocido a un chico que parecía perfecto en una aplicación online. Por desgracia, en los últimos tiempos cada vez era más común relacionarse a través de una pantalla, pero la distancia y la facilidad para hacerlo, eran claros detonantes para que el engaño resultase más sencillo.

—¿Ya te marchas a casa? —le preguntó Gerta.

—Sí. ¿Te apetece comer fuera o tienes prisa?

—Creo que podría escaquearme un rato.

Fueron donde siempre y Gerta le estuvo contando que por fin había empezado a redecorar el piso que encontró de alquiler cerca de las oficinas. Estaba pintando las habitaciones y la semana anterior se había gastado medio sueldo en artículos de cocina.

—Lo peor es que la mitad son inservibles.

—¡Ya será menos! —Abby se echó a reír.

—Lo digo en serio. Si yo no sé cocinar, pero no sé cómo, siempre estoy comprando sartenes y cosas para cortar calabacín con forma de espaguetis o tonterías así.

—Admito que a mí también me pierde la teletienda.

—Por cierto, ¿cómo te va con Peter?

—Genial, genial. —Se puso nerviosa.

—¿Sabes? Aunque investigué a todos los Peter que encontré de Inglaterra, no vi a ninguno que encajase con el perfil. ¿Dijiste que tenía alrededor de treinta y cinco años?

—Mmm, sí. Pero odia las redes sociales. Creo que ni tiene.

—Qué tipo más misterioso. —Gerta entornó los ojos.

—No, más bien es práctico. Un hombre ocupado.

—¿Y habéis vuelto a veros? —tanteó su amiga.

—Digamos que pasamos una noche juntos. Entera. Quiero decir, que dormimos en la misma cama —especificó hablando en susurros como una cría—. Me preocupa.

—¿Por qué? No es tan raro. La gente folla en la cama y luego duerme.

—Por Dios, Gerta, no hables así. —Se ruborizó.

—¿Te sigue alarmando la palabra follar?

—Es vulgar.

—Tú eres muy puritana.

Recordó las primeras semanas tras el cambio, cuando Mike se reía de ella y la llamaba Jane Austen con los ojos brillantes. Hasta eso empezaba a echar de menos.

—En fin, el caso es que pienso que no deberíamos hacerlo. ¿Y si se confunden las cosas? Una cosa es acostarnos y otra dormir abrazados.

—Ay, joder, ¿os abrazasteis?

—Sí. Un poco. Un poquito.

—¡Abby! Yo me refería a que es normal acabar y quedarse dormido, pero no hacer la cucharita como dos osos amorosos. Trabajas en esto, sabes perfectamente cómo funciona el asunto. Dormir abrazado a otra persona es... algo íntimo.

—Ya lo sé —contestó bajito.

—Deberías tener cuidado.

Abby asintió y cambió de tema.

Cuando regresó a casa, estaba cansada e inquieta. ¿Era buena idea llamar a Mike para ver cómo estaba? Al final desechó hacerlo igual que la tarde anterior. Se dio una ducha larga, se puso ropa cómoda y cogió una novela del estante que ya había releído varias veces, pero que siempre conseguía animarla en días como aquellos: apáticos y largos.

Casi se estaba quedando dormida encima de las páginas cuando, de repente, sonó el timbre de casa. Y no era del telefonillo, sino directamente el de la puerta.

Suspiró y se levantó para abrir, sin imaginar lo que encontraría.

Nada menos que a Mike Thomson apoyado en el dintel de la puerta, con el cabello alborotado, los ojos rojos y oliendo a alcohol. Él alzó la cabeza y le sonrió sin ganas.

—¿Mike? ¿Qué haces aquí a estas...?

Pero antes de que pudiese acabar la frase, él la sujetó por las mejillas, entró en su apartamento, y la besó apasionadamente. Abby se sujetó a sus hombros, sorprendida.

—No digas nada —le pidió él.

Tiró de su camiseta y se la quitó. Sus besos eran bruscos, ávidos y ansiosos. Por un momento, mientras la acariciaba, ella deseó continuar hasta el final, pero supo que no estaba bien y que tenía que parar aquello, así que apoyó una mano en su pecho y lo apartó con delicadeza sin dejar de mirarlo a los ojos, que estaban llenos de algo oscuro.

—¿Qué pasa? —preguntó Mike.

—Estás borracho.

—¿Y?

—No puedo. No así.

Mike suspiró y se alejó de ella malhumorado. Fue a la cocina y abrió la nevera. Cogió una cerveza, la abrió y bebió a morro de la botella. Abby no entendía qué estaba ocurriendo, pero estaba asustada y alarmada. Aun así, se acercó a él y le rodeó la espalda por los brazos.

—No bebas más —le pidió.

—¿Qué más te da a ti?

—Simplemente me da.

—Lo dudo mucho.

—Pues no lo hagas, porque llevo días preocupada por ti, pensando en si debía llamarte y al final parece que sí, que debería haberlo hecho. Mírate, ¿qué te ha pasado?

Él no contestó, pero dejó la cerveza a un lado y no volvió a tocarla, algo que Abby agradeció. Sencillamente se quedó mirando la pared de enfrente con el rostro congelado en una mueca de dolor, los puños apretados y el pecho subiéndole y bajándole rítmicamente.

Abby alzó una mano y cogió la de él.

—Ven, acompáñame.

Lo guio hasta el cuarto de baño y lo sentó en un pequeño taburete de bambú mientras ella ponía el tapón a la bañera y la llenaba con agua caliente. Él pareció despertar.

—¿Qué haces?

—Necesitas una buena ducha. Apesta.

Mike se frotó los ojos, pero no protestó mientras ella echaba sal y jabón en el agua. Una vez estuvo llena, lo ayudó a desvestirse. Él daba algún que otro traspiés por culpa de lo que había bebido, pero dejó que Abby se ocupase de la situación y llevase las riendas.

—Métete conmigo —le pidió y, al ver su expresión, añadió—: No te tocaré, te lo prometo. Pero tú solo métete en la bañera y ya está.

Ella lo hizo. Se desnudó y se sentó en el otro lado. Ninguno de los dos dijo nada durante más de media hora en la que tan solo estuvieron en silencio, mirándose o perdidos en sus propios pensamientos. Abby le pasó una esponja y se enjabonó a sí misma antes de salir poco después. Le dejó preparado sobre el lavabo una toalla y fue a la habitación para cambiarse de ropa. Buscó en el cajón donde guardaba los pijamas, pero antes de que encontrase algo decente que ponerse, notó su presencia a su espalda y sus labios en la nuca.

—Gracias —lo escuchó que decía bajito.

Ella no dijo nada cuando él la abrazó y acabaron en su cama. Ni tampoco cuando se besaron con ternura y cierta calma. Ni cuando Mike, en lugar de desnudarla, se limitó a abrazarla y esconder la cabeza en el hueco de su cuello. Ella le acarició el cabello oscuro.

—¿Qué te ocurre, Mike?

—Llevo días sin dormir.

—¿Y eso por qué?

—Cosas... Cosas terribles...

—¿Quieres contármelo?

—Es por ella —susurró.

—¿Ella? ¿Quién es ella?

Pero Mike ya se había dormido. Era como un niño que acababa de caer de golpe tras días sin poder conciliar el sueño. Abby siguió un rato más con sus dedos enredados en su pelo, pensando en lo que había dicho. *“Es por ella”*.

Había tanto dolor en su voz que resultaba imposible recordar las palabras sin sentir un escalofrío.

Cuando él se movió un par de horas más tarde y abrió los ojos, Abby seguía despierta. Mike alzó la cabeza, aún adormilado y cansado. Buscó sus ojos en la penumbra.

—¿Te molesta si me quedo a dormir?

—No, claro que no —contestó ella, a pesar de que sabía que no era la respuesta adecuada. Sin embargo, parecía necesitar compañía y recuperar horas de sueño.

—Vale, porque no consigo dormir solo —confesó.

Abby sintió una ternura inexplicable conforme lo veía cerrar los ojos de nuevo. Se preguntó quién era realmente aquel hombre y qué secretos arrastraba del pasado. ¿Y si le había colocado desde el principio una etiqueta y, al final, sí se había equivocado? ¿Y si realmente Mike no era tan solo el típico pendenciero? ¿Y si escondía una cara oculta? ¿Y si, peor aún, empezaba a gustarle demasiado todo aquello que intuía? No era bueno, nada bueno, sobre todo ahora que sabía que existía un *ella*, otra chica. Puede que estuviese destinada a sufrir cada vez que se cruzaba con alguien que terminaba colándose en su vida.

Cuando despertó a la mañana siguiente, él dormía de lado con una mano alrededor de su cintura. Ella tenía una pierna entre las suyas y la apartó despacio, intentando no despertarle. Se quedó unos segundos admirando su perfil con la luz que entraba por la ventana y llegó a la conclusión de que era terriblemente injusto que fuese tan atractivo. Consiguió levantarse pasados unos minutos, cuando se cansó de mirarlo como una quinceañera. Entornó la puerta del dormitorio y fue a la cocina, donde puso café a calentar y sacó pan del congelador para preparar unas tostadas.

Era miércoles. Tenía que ir a trabajar, aunque probablemente por primera vez en años era lo último que le apetecía. Se sirvió una taza generosa y bebió a sorbitos mientras miraba por la ventana cómo la ciudad se despertaba poco a

poco.

—Buenos días —dijo una voz ronca a su espalda.

—Hola. —Se giró y lo miró.

Mike tenía la marca de las sábanas de la cama en una mejilla, la barba de dos días asomando en su mentón y el cabello revuelto y despeinado, aunque, a pesar de todo, resultaba tan atractivo como de costumbre, quizás incluso más con ese aire de recién levantado.

Abby le señaló la cafetera y él se sirvió un poco en una taza antes de apoyar la cadera contra el mueble de la cocina que estaba a su lado y suspirar hondo, pensativo.

—Siento mucho, muchísimo, lo de ayer.

—No pasa nada, de verdad —dijo ella.

—No debería haber aparecido en tu casa así. Y no debería haberte pedido que me dejases quedarme a dormir. Es solo que... he tenido unos días malos...

—Está bien, Mike. Puedes venir aquí cuando tengas uno de esos días y no te lanzaré a los leones. Al menos, de momento —bromeó, aunque en el fondo ella sabía tan bien como él que aquella era una conversación seria. Abby no estaba segura de qué estaba haciendo. ¿Por qué le dejaba las puertas abiertas? Tendría que hacer justo lo contrario. Decirle que sí, que había estado muy muy mal y que lo mejor era que no volviesen a repetirlo. O aconsejarle que, si tenía problemas, debería acudir a algún familiar o amigo más cercano. Como Mr. Big, por ejemplo. O cualquier otro que tuviese. Al fin y al cabo, en sus fotografías de Instagram siempre aparecía rodeado de gente, ¿no? ¿Dónde estaban todos ellos cuando lo pasaba mal?

Pero no pudo seguir pensando en qué estaba bien o qué estaba mal, porque tras decirle aquello, Mike la miró con adoración, se inclinó hacia ella y la besó. Un beso de buenos días, medio adormilados, sin antes lavarse los dientes siquiera. A Abby la pilló por sorpresa.

—Mmmm, bien, esto... —balbuceó—. Tenemos que ir al trabajo.

—Ve tú. Yo intentaré incorporarme mañana —se excusó.

—Pero, Mike...

—Fergie ya está al tanto.

Ella posó la mano en su brazo.

—¿Qué es lo que te pasa?

Él sacudió la cabeza y suspiró.

—Nada. Estaré mejor pronto. Voy a buscar mis cosas. —Se bebió el café de un trago, dejó la taza en la pila y se alejó hacia el dormitorio donde ayer había dejado sobre la mesilla de noche el móvil, la cartera y las cosas que llevaba en el bolsillo.

Abby permaneció callada mientras él volvía, le daba las gracias de nuevo y se despedía de ella con otro beso antes de salir del apartamento como si nunca hubiese estado allí.

16

Mike no solo no fue a trabajar el miércoles, sino tampoco el jueves ni el viernes. Y Abby pasó una semana terrible. Le mandó un par de mensajes preguntándole qué tal estaba, a los que contestó que bien y añadió una carita sonriente. No quiso pensar en que los hombres que mandaban emoticonos siempre le daban buena espina. Y la semana fue terrible. No dejó de darle vueltas a lo que estaba ocurriendo, ansiosa y preocupada. Pero, sobre todo, asustada consigo misma. ¿Por qué le importaba tanto lo que le pasase a Mike? ¿Por qué sentía un agonizante nudo en el pecho cada vez que recordaba la tristeza de su mirada?

Además, todo aquello la estaba bloqueando y seguía atascada en el caso de Barbara Klein, pero cada vez que la jefa le preguntaba por ello, aseguraba que iba genial.

—¿Crees que tardarás mucho en volver a reunirte con ella? —Quiso saber Fergie cuando ese día estaban hablando en el despacho al que la había llamado para un asunto sobre sus horas extra—. Barbara es una mujer un poco impaciente.

—No sabría decirte... —Se mordió el labio—. Pero necesito un poco más de tiempo.

—Claro, es mejor no precipitarse.

—¿Todo está ya listo para la gran boda del año?

—Casi, casi. Faltan algunos retoques, pero lo importante está. No puedo creer que solo falte un mes para que me convierta en una mujer casada. —Por un momento se olvidó de su faceta de jefa y miró a Abby con los ojos brillantes—. ¿Sabes? Ya había dado por hecho que me quedaría soltera para toda mi vida. Pero no como algo malo, no. Sencillamente lo asimilé y estaba satisfecha con la idea. No imaginé que aparecería ÉL.

—ÉL, con mayúsculas. —Abby se rio.

—Exacto. Y fue fácil saberlo.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso por qué?

—Bueno, verás, en primer lugar, porque con él me sentí desde el principio cómoda en mi propia piel; si tenía que enfadarme me enfadaba y si tenía que reírme me reía, pero no tenía que fingir que era otra persona. Y luego estaba la complicidad, lo mucho que me divierte a su lado, lo bueno que es, y la química que tenemos en... ya sabes. —Sonrió traviesa.

—No me des detalles sobre eso, gracias.

Se miraron durante unos segundos en silencio, hasta que Abby percibió cierta tensión en el ambiente, aunque no supo exactamente por qué hasta que Fergie habló de nuevo.

—¿No hay nada que quieras contarme?

—¿Yo? Mmmmm... no.

—Abby.

—¿Qué?

—Lo sé todo.

—¡¿Qué?!

Ella tragó saliva con fuerza. ¿Lo sabía? ¿Sabía que se había acostado con su nuevo empleado? Lo peor no era el acto en sí, sino que no se lo hubiese contado. Pero es que cuando ocurrió no quería airearlo a los cuatro vientos, ni complicar las cosas de algo que pensó que rápidamente acabaría, ni admitir que Mike le gustaba.

—Se le escapó a Gerta sin querer. La pillé investigando a un tal Peter Soller y le pregunté de qué caso era, pero por supuesto se le trabaron las palabras, porque ya sabes cómo es ella, no sabe mentir. Y puede que esté siendo una entrometida, pero no dejó de preguntarme desde que lo averigüé el martes cómo es posible que se lo hayas contado a ella y a mí no. Pensaba que éramos amigas. Amigas que se cuentan cosas.

—Yo... lo siento... —Estaba descolocada.

—Te lo perdono si me pones al corriente.

Abby se sentía acorralada por sus propias mentiras. Pero ¿qué podía hacer llegados a ese punto? Tan solo seguir adelante. Así que eso hizo. Le contó lo mismo que a Gerta. Que había conocido a Peter en una fiesta, que habían decidido mantener una relación meramente sexual y todos los detalles posteriores que también le había narrado a su otra amiga, pero actualizados; es decir, le dijo que había aparecido en su casa días atrás y que esa noche tan solo habían dormido abrazados sin siquiera practicar sexo.

—Y eso es todo —concluyó Abby cogiendo aire.

—Dios mío, no me lo puedo creer. Tres años esperando este momento y casi tengo que obligarte a hablar en plan interrogatorio. Y todo es muy extraño.

—¿Qué quieres decir con *extraño*?

—No me parece el típico perfil de mujeriego.

—Supongo que tiene ciertos matices, pero ya sabes, al final todos los hombres terminan siendo iguales: ranas. Es lo que hay, soy muy consciente.

—¿Y no te parece raro que se presente en tu casa solo para dormir contigo?

—Mmmm, sí, es que creo que tenía un mal día —lo excusó.

—No sé, Abby. ¿Y si es ÉL?

—Lo dudo mucho.

—Me gustaría conocerlo.

—Eso... no es posible...

—¿Por qué no? Que venga a cenar a casa este próximo fin de semana. Mr. Big preparará una de sus recetas estrella y abriremos un buen vino y charlaremos...

—Está ocupado. Y, además, es muy poco sociable.

—Pero...

—Fergie, déjalo ya.

Su amiga no pudo contenerse.

—Es que tengo un buen presentimiento con ese tal Peter.

—Mira, Fergie, de verdad que me alegra mucho que tú encontrases el amor después de tantas decepciones, pero es una probabilidad remota, la excepción que rompe la regla. Tengo claro cómo son las cosas y cómo son los hombres. No pienso hacerme ilusiones ni imaginar castillos donde no hay nada o fantasear con cómo podría ser.

Al acabar de hablar, se dio cuenta de lo alterada que sonaba. Fergie se levantó y rodeó la mesa del despacho para darle un reconfortante abrazo. Cuando se separaron, Abby había logrado recomponerse y respiró hondo. Decidió preguntar antes de marcharse.

—Por cierto, ¿sabes algo de Mike?

—Sí, se incorporará el próximo lunes.

—Oh, genial. Y sobre sus asuntos personales... no es que quiera ser entrometida, pero me preguntaba si tú estás al tanto de qué puede ocurrirle. Me preocupa.

—Vaya, veo que al final sí habéis hecho buenas migas. No sabes cuánto me alegro. Mr. Big me ha hablado mucho de él y es un gran hombre. Y sí, algo sé, pero es confidencial. Ya sabes, una situación bastante complicada. Oye, recuerda prepararme el caso de Anabelle antes de marcharte, ¿vale? Lo revisaré este fin de semana.

—Claro. Lo haré.

Abby salió del despacho un poco alterada. No sabía si por los últimos detalles sobre Mike o por la conversación que había tenido con su amiga. Quizás porque una parte pequeñísima de ella era consciente de que, por un momento mientras escuchaba a Fergie, se había planteado cómo sería salir de verdad con Mike Thomson.

Probablemente discutirían a menudo por sus caracteres tan diferentes, pero ¿qué pareja no lo hace? Y, además, las reconciliaciones serían increíbles, sobre todo cuando hiciesen las paces en la cama. O en el sofá. O en el pasillo. O en cualquier sitio. Y tendrían la típica tradición de pareja en la que todos los viernes pedirían comida china a domicilio y verían algo en la televisión.

Además, probablemente cuando viajasen se lo pasarían en grande e improvisarían sobre la marcha. Se reirían mucho juntos, eso seguro. Y él aprendería de ella a ser más organizado. Y ella aprendería de él a dejarse llevar porque la vida son dos días. Y... estaba comportándose de nuevo como una idiota fantaseando con algo que no existía.

Le entraron ganas de atacarse a sí misma con la grapadora.

Acabó la jornada como pudo, distraída y malhumorada.

Así que lo último que esperaba al llegar a casa y sacar una lasaña congelada que metió en el microondas, era recibir un mensaje de Mike en el móvil. Lo leyó despacio.

***Mike:** ¿tienes planes esta noche? Porque, si estás libre, creo que te debo una cena, una copa y quizás algo más. ¿Te vendría bien que pasase a recogerte a las siete? Tengo muchas ganas de verte.*

Abby analizó el mensaje como si fuese una clienta más y acabase de contratarse a sí misma para investigar aquel caso. Rápidamente surgieron varias preguntas. ¿Por qué quería cenar fuera con ella cuando se suponía que lo único que debía interesarle era un poco de sexo y adiós? ¿Y qué demonios significaba ese *tengo muchas ganas de verte* que la había ruborizado?

Maldito, Mike. La estaba haciendo dudar. Peor aún, estaba haciendo que pensase en él a todas horas como una tonta enamoradiza con la cabeza hueca.

Y lo peor de todo era que quería verlo. Se moría de ganas.

***Abby:** Si invitas tú, me parece un buen plan.*

Después, comió algo de la lasaña y fue hasta su armario para decidir qué ponerse esa noche. ¿Un vestido sexy sería demasiado atrevido? Porque parecería una cita en toda regla. ¿Quizás pantalón y blusa? ¿O blusa y falda, más formal? Pasó varias perchas con la mano, pero cuando tocó la tela verde de esa prenda

que todavía no había estrenado, supo que le daba igual lo que pudiese parecer y lo sacó y lo dejó encima de la cama.

Mike se sentía como un joven adolescente el día antes del baile de fin de curso. No tenía ni idea de por qué estaba tan nervioso y no le gustaba estarlo. Se puso ropa cómoda, pantalones vaqueros oscuros y una camisa negra que se ajustaba a su torso, pero se tomó más tiempo del debido en hacerse el pelo delante del espejo y en afeitarse concienzudamente.

Después, cuando paró el coche delante del apartamento de Abby, esperó con impaciencia a que ella bajara. Había sido un impulso mandarle ese mensaje, pero es que llevaba toda la semana controlándose para no ir cada noche a su casa y dormir junto a su cuerpo cálido y suave, ya que, por lo visto, era la única manera en la que conseguía conciliar el sueño durante más de dos horas seguidas. Pero no estaba bien. Nada bien. Él nunca dormía junto a las mujeres con las que se acostaba y con Abby lo había hecho en dos ocasiones, pero lo peor de todo era que deseaba hacerlo muchas más veces, algo inexplicable.

Y la había echado de menos, como un idiota.

Echaba de menos las primeras semanas de trabajo junto a ella, cuando él aún vivía en la incertidumbre y reía y bromeaba con Abby a todas horas en un eterno tira y afloja que lo mantenía despierto. Le gustaba verla pedir un café sin azúcar o cualquier otra cosa incomedible mientras él se atiborraba de grasas saturadas y ella ponía caras raras. O lo excitante que resultaba verla fruncir el ceño y apretar esa boca deliciosa que quería besar a todas horas. Además, era divertida, a su manera. Y el sexo con ella... demonios, probablemente no iba a tener un sexo igual en lo que le restaba de vida. Aun se excitaba cuando recordaba cómo lo había atado al cabecero de aquella cama del motel.

Así que cuando la vio salir del portal, se le cortó la respiración.

Llevaba un vestido verde de seda que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel, largo hasta los pies, pero con un escote pronunciado y la espalda al

descubierto. Se había soltado el pelo y los mechones de cabello castaño le caían sobre los hombros desnudos. Mike se planteó si sería una opción cancelar lo de la cena y subir directamente a su casa. Siguió mirándola cuando abrió la puerta del copiloto y entró en el coche.

—Tienes mejor aspecto que la última vez que te vi.

—Gracias. Tú estás jodidamente impresionante.

Abby se ruborizó mientras él arrancaba el motor y empezaba conducir. Se quedaron en silencio conforme avanzaban por las calles próximas y se alejaban del barrio.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella.

—Es una sorpresa. Un italiano.

Abby se acomodó en el asiento hasta que llegaron tras un camino tranquilo. Mike le entregó las llaves al aparcacoches y luego posó la mano en su cintura mientras se encaminaron dentro. Él dijo que tenía una reserva a nombre de Mike Thomson y les guiaron hasta su mesa. Abby sintió las miradas de los demás comensales. Se preguntó cómo los verían desde fuera. Una pareja joven y atractiva saliendo a cenar un viernes por la noche con un futuro próspero y prometedor por delante. Nada más lejos de la realidad, aunque ojalá fuese real.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Mike cuando se sentaron.

—Oh, en nada. En lo bonito que es este sitio.

Él la miró como si supiese que estaba mintiendo, pero no la contradijo. Además, era cierto: el lugar era encantador. Pequeñas lucecitas brillantes colgaban de los árboles que había dentro del propio local dándole una decoración única y muy romántica. Demasiado romántica. Había una vela en medio de su mesa y la cera caía en pesadas gotas. De repente, a Abby le entraron ganas de llorar. Fue como si toda su coraza, su frialdad y sus convicciones se tambaleasen de golpe. Pensó en lo mucho que le gustaría que aquello fuese una cita de verdad, el inicio del largo camino de dos personas conociéndose. Cogió la carta para taparse la cara e intentar reponerse antes de que él notase lo rara que estaba.

—El tartar de salmón está de muerte —le dijo Mike.

¿A cuántas chicas habría llevado a aquel restaurante?

—¿Vienes aquí a menudo? Quiero decir, ¿esta es una de tus estratagemas habituales? Porque a mí puedes contármelo. —Bajó la carta para poder mirarlo con una sonrisa, como si no le importase en absoluto que usase aquel cliché con frecuencia.

Mike pareció un poco sorprendido al principio, pero se sobrepuso. Frunció el cejo y le pidió a la camarera una botella de vino de la casa, tal como habían acordado, cuando vino a tomarles nota. Luego se pensó lo que iba a decir unos segundos.

—No suelo hacerlo. Pero tampoco nuestra relación es la habitual, ¿no?

Abby sintió que se le aceleraba el corazón.

—Ah, ¿no? ¿Y eso?

—Porque somos compañeros de trabajo. Amigos, si prefieres llamarlo así. Podemos quedar a tomar algo y ese tipo de cosas sin que sea, ya sabes, raro.

—Ya.

Abby volvió a meter la nariz en la carta y cuando la camarera regresó a tomarles nota, se decidió por el tartar de salmón. Mike pidió unos tallarines al pesto y comentó con jovialidad y despreocupación que podrían compartir los platos.

—¿Cómo la Dama y el Vagabundo?

—¿Por qué no? —Mike sonrió.

Era imposible descubrir que tras esa sonrisa torcida había en realidad un hombre que se sentía más confuso que nunca en todos los sentidos. Primero, porque una parte de su vida se estaba desmoronando. Y segundo, porque de la otra estaba perdiendo el control. Por un momento, cuando Abby le preguntó si hacía aquello habitualmente, se quedó sin habla. ¿Qué podía decirle? ¿Que había sido un impulso? ¿Que le apetecía cenar con ella fuera como si fuesen dos jóvenes enamorados? ¿Que ni siquiera podía pensar nada coherente porque ese vestido estaba hecho para torturarlo y dejarlo sin palabras? Cualquiera de las tres

respuestas hubiese sido válido, pero, por lo contrario, se salió por la tangente y buscó una excusa de pacotilla. También intento convencerse a sí mismo, aunque fue en vano.

Estaba allí porque, sencillamente, le apetecía.

Y eso era un problema. Un gran problema.

No debería apetecerle estar con Abby.

—¿Te encuentras bien, Mike?

—Perfectamente. —Se recostó en su asiento—. Cuéntame, ¿qué tal ha ido la semana? ¿Mucho ajetreo? Unos días más conmigo y serás libre del todo, eh.

—Estoy deseándolo —contestó ella, pero, a esas alturas, los dos sabían que mentía y que, probablemente, iban a echarse de menos—. No ha estado mal, aunque estoy algo atascada en el caso de Barbara Klein. No consigo llegar a Angie de ninguna manera.

—Mmm, le daré vueltas a ver qué se me ocurre.

—Te lo agradecería. Los demás casos, bien.

—No hablemos más de trabajo.

—Tú has preguntado.

—Hay algo que me está matando... —Mike se inclinó hacia ella en la mesa y Abby notó su pie rozando el suyo bajo el mantel—. Teniendo en cuenta el ángulo, la forma y la perspectiva de ese escote que llevas... es imposible que te hayas puesto sujetador.

Abby se ruborizó, pero no apartó la mirada y lo enfrentó.

—Tendrás que esperar para averiguarlo.

—Me muero de ganas.

La miraba de una manera tan ardiente que parecían saltar chispas a su alrededor. A Abby hasta le costó cenar teniéndolo tan cerca, susurrándole guarradas de vez en cuando o acariciándola por debajo de la mesa. Ella se quitó un zapato y lo subió por su pierna.

—Así que esto es una simple quedada entre compañeros de trabajo...

—Podría serlo. —Mike aguantó la respiración—. Joder.

Casi había llegado hasta su bragueta. Se frenó ahí y, mirándolo, se bebió lo que le quedaba de la copa de vino. Se habían terminado la botella entera y Abby se preguntó si estaba tan suelta y desinhibida precisamente por eso. O simplemente porque con él se sentía ella misma, sin necesidad de fingir. Mike conocía todas sus facetas: la divertida, la estirada, la Jane Austen y la más desvergonzada entre las sábanas cuando se trataba de él.

Mike se apresuró a pedir la cuenta saltándose el paso del postre. Pagó rápido y luego se levantó y cogió a Abby de la mano mientras tiraba de ella para salir del restaurante.

—¿No íbamos a tomarnos una copa?

—No creo que pueda aguantar tanto...

Mike la besó ardientemente entre dos coches, al lado de una calle poco iluminada y transitada. Abby se estremeció y se dio cuenta de que ella también lo necesitaba ya. Él hundió la lengua en su boca y deslizó los dedos por su escote hasta descubrir que, en efecto, no llevaba sujetador. Se le dilataron las pupilas y respiró hondo, tranquilizándose.

—Vamos a mi casa —jadeó.

—¿Tu apartamento?

—Sí, joder. Está a dos calles.

No pararon de besarse en cada paso de cebra mientras se dirigían hacia la casa de Mike. Él se quitó la camiseta en el ascensor, como si necesitase agilizar las cosas, y ella se aferró a sus hombros cuando entraron y volvió a besarlo. Solo se apartó un segundo.

—La cremallera del vestido está atrás —le dijo.

—No, no te lo quites. Quiero follarte con el vestido puesto.

Se mareó por culpa del tono ronco y ansioso de su voz. Mike tampoco llegó a quitarse los pantalones, tan solo se los bajó lo suficiente como para poder penetrarla cuando la subió a su cama. Aquella vez lo hicieron de forma salvaje y rápida, como si llevaran años deseándolo. Abby gimió su nombre cuando

terminó y él se desplomó sobre su cuerpo con la respiración entrecortada y los brazos tensos y temblorosos todavía.

—Joder. —Respiró profundamente—. Mierda.

Solo entonces se dio cuenta de que no habían usado protección. Mike se apartó de ella y sacudió la cabeza, consternado. ¿Cómo había perdido así el control?

—Tomo la píldora. Es una dosis muy muy baja, tan solo para controlar el dolor de la regla, pero supongo que será suficiente. Puedo llamar mañana a mi ginecóloga.

Mike asintió, todavía pálido. Después se frotó la cara y se dijo que tenía que despejarse. Fue al salón, cogió dos copas que llenó de licor, y las llevó hasta la cama. Le dio una a Abby y él bebió de la otra. Tenerla en su cama era... maravilloso y aterrador, todo a la vez. Por una parte, hacía tantos años que nadie estaba en su dormitorio que quería retenerla allí para siempre, pero, por otra, se sentía como un jodido monstruo por desear aquello.

—Estás tenso, ven aquí —le dijo Abby.

Él obedeció y dejó que ella lo abrazase. Cuando la tenía cerca parecía que todo mejoraba e iba bien. Se olvidaba de sus problemas y solo se concentraba en ella, ya fuese en discutir o en tocarla, las dos variantes le atraían por igual.

—¿Qué es lo que te pasa? —insistió ella.

—Es solo que no deberías estar aquí.

—Mike... —Se sintió dolida y enfadada.

—No es culpa tuya, solo son mis normas...

—¿Pues sabes una cosa? No entiendo tus estúpidas normas. —Lo soltó, pero se quedó a su lado, en la cama. Apoyó una mano en su pecho desnudo y, después, el vino habló por ella y convirtió aquella noche en una de las peores de su triste historia con los hombres y el amor—: Lo único que sí entiendo es que... estamos bien juntos. Ya sé que dijimos que solo sería sexo esporádico, pero aquello apenas lo cumplimos a medias la primera vez.

—¿Qué intentas decir? —Mike estaba rígido.

—Intento decir que... no sé, quizás... podríamos conocernos de verdad.

—Mierda, Abby. —Mike nunca había sentido tanta lástima por alguien como ese día la sintió por Abby. Deseó de inmediato protegerla y poder darle lo que sabía que iba a pedirle, porque a lo largo de los últimos años había sido una constante en su vida. Mujeres que aceptaban los términos de la relación, pero acababan colándose por él y queriendo más, algo que él no podía darles. Sin embargo, ninguna de esas mujeres era Abby. La preciosa, divertida y peculiar Abby. Y por una vez en toda su vida, él deseaba que el final de la historia fuese diferente. Deseaba poder decirle que sí. Pero no podía. Era imposible.

—Tampoco he dicho ninguna locura.

—No me jodas que te has enamorado de mí...

—Yo... no, no es eso —titubeó insegura—. Es solo que me gustas y...

—No sigas, por favor. —Mike la miró suplicante—. Yo... no puedo.

—¿No puedes? Prefiero que seas sincero conmigo. Dime que no te gusto de esa manera o que jamás tendrías algo más serio con alguien como yo y será más fácil.

A Mike le retumbaba el corazón dentro del pecho. Lo último que deseaba era decirle aquellas palabras, pero supo que iba a ser la única manera de que ella lo dejase estar.

—Jamás tendría algo más serio con alguien como tú —mintió con la voz neutra y ronca, intentando que su rostro se mantuviese lo más inexpresivo posible.

En realidad, era la única mujer con la que empezaba a desear tener algo serio más allá del sexo. Porque también estaba lo mucho que se reía a su lado, cuánto le gustaba hacerla rabiar, o lo fácil que le resultaba pasar el tiempo junto a ella, comiendo o charlando o sencillamente en silencio, sin nada que decir. Y quería saber más cosas sobre Abby. Quería saberlo absolutamente todo de ella, pero se iba a quedar con las ganas.

Vio cómo le brillaban los ojos cuando se levantó de la cama.

—Creo que mejor me voy. He bebido... he bebido demasiado...

Abby se arregló un poco el vestido mientras huía por el pasillo de su casa. Mike se puso en pie y fue tras ella mientras se abrochaba el cinturón, con el corazón encogido en el pecho por la pena y la culpa. Quería hacer algo para arreglar aquello, pero no sabía el qué.

—Espera, por favor. Te acercaré a casa.

—No. Cogeré un taxi.

—Abby...

La escuchó sollozar antes de que saliese de su apartamento y cerrase dando un portazo que retumbó en las paredes. Mike se quedó parado en el silencio de su casa, con los puños apretados. Se preguntó si no estaría equivocándose. Se preguntó si no habría llegado el momento de dejar el pasado atrás y permitirse ser feliz de nuevo. Se preguntó tantas cosas que volvió a tener la cabeza llena de asuntos que no sabía cómo resolver.

Se acercó a la ventana para asegurarse de que cogía un taxi. Distinguió su silueta en la calle de enfrente, apenas una estela verde antes de subir al coche que paró.

Cuando cerró la ventana y se giró, golpeó la pared de enfrente con el puño derecho hasta hacerse sangre en los nudillos y dejárselos en carne viva.

18

Todo el mundo conocía *las decepciones de Abby con el amor* y era cierto que había experimentado todo tipo de ellas, desde conseguir que sus parejas saliesen del armario, estar con infieles u hombres que tenían una doble vida, y todo tipo de accidentes similares, pero, curiosamente, ninguna vez se había sentido tan humillada, triste y hundida como el día que salió del apartamento de Mike tras recibir su negativa cuando le propuso que se conociesen en serio. Y era raro porque con los otros hombres sí tuvo una relación duradera, pero a Mike Thomson lo conocía desde hacía, aproximadamente, un mes y medio. Así que no tenía sentido que se sintiese tan mal por lo ocurrido, pero sencillamente se sentía así.

El domingo se transformó en una niña pequeña que no quería ir al cole al día siguiente. Pensó en llamar a Fergie y fingir que estaba enferma, pero eso no era propio en ella ni nada profesional. Y, además, el martes tendría el mismo problema. Por suerte, era la última semana que compartirían espacio vital antes de que inaugurasen “*¿Buscas a la mujer perfecta?*” y Abby mantenía la esperanza de que cuando lo alejasen de ella todo fuese más fácil. Coincidirían de vez en cuando por la oficina, eso era inevitable, pero podría llevarlo mejor. Es decir, que se limitaría a decirle *hola* y *adiós* en sus días buenos.

Lo peor era que no podía llamar a nadie. Ni a Fergie. Ni a Gerta. Ni siquiera a su hermana, porque ni siquiera le había contado la historia y seguro que estaría ocupada con su vida perfecta, su marido perfecto, sus hijas perfectas y sus mascotas perfectas.

Se estaba comportando como una egoísta, pero es que se había sentido tan humillada al ver su rostro lleno de terror. Y aquella frase... *No me jodas que te has enamorado de mí...* Pues sí. Sí se había enamorado de él un poco. Un poquito de nada. Puede que mucho casi sin darse cuenta, como esas cosas que

surgen de forma natural, porque ella no hubiese imaginado que podría ocurrir ni un millón de años. Mike era su antónimo, lo opuesto a todo lo que ella creía valorar y buscar, pero... le gustaba. Le gustaba hasta el punto de volverla loca y conseguir que pensase en él al despertar y al acostarse, ya fuese cuando tan solo lo hacía odiándolo o, semanas después, cuando descubrió que, además, de ser el mejor amante del mundo, también podía ser un tipo encantador. Y, por lo visto, era igual de intenso al revés.

Jamás tendría algo más serio con alguien como tú.

A Abby le gustaría ser capaz de olvidar esas palabras y el tono profundo de su voz, pero sabía que iba a ser imposible. Al empezar la noche del viernes, se había sentido la mujer más bonita sobre la faz de la tierra con ese vestido verde y los ojos de él mirándola con deseo. Al acabarla, cuando llegó a casa con el rímel corrido y se miró al espejo, pensó que era horrible y se preguntó cómo era posible que hubiese tenido la tonta esperanza de que Mike terminase enamorándose de ella. Qué idiota. Qué ingenua. ¿En qué pensaba?

Pero, pese a todo, el lunes Abby se despertó a su hora, se duchó, desayunó un café solo y se vistió con el traje más sobrio y oscuro que encontró. Se maquilló más de lo habitual para esconder los signos de aquel terrible fin de semana y se fue a la oficina.

Sé fuerte. Sé fuerte, se repitió.

Llegó puntual y se acomodó en su mesa. Cuando él apareció diez minutos más tarde, ella fingió que no estaba allí, aunque sintió su presencia de inmediato, porque un escalofrío la atravesó y, además, su olor masculino era ciertamente inconfundible.

—Abby, ¿podemos hablar?

—Tenemos mucho trabajo.

Mike suspiró y se sentó a su lado mientras los saludaban algunos compañeros que entraban a la oficina. Se fijó en que aquel día llevaba el maquillaje un poco diferente y sintió el impulso de abrazarla, pero ¿para qué?, ¿con qué finalidad? Estaba cabreado con el mundo.

—¿Podemos hablar cuando terminemos? Te invito a comer.

Abby alzó la vista hacia él y lo miró muy seria, enfrentándolo.

—No, no más comidas, Mike. Mira, no es culpa tuya, ¿de acuerdo? Fui yo. Bebí demasiado y no sé en qué estaba pensando. Olvidémoslo. Borrón y cuenta nueva, ¿de acuerdo? Como si acabases de entrar y nos hubiésemos conocido ayer.

—Abby, joder... —Se mordió el labio inferior.

—Bien, tenemos dos casos pendientes. El más importante es el de Barbara Klein y se nos está complicando. Hice un esquema con las posibles personas cercanas a Angie en aquella época con la esperanza de llegar hasta ella. Pues bien, ni su maquillador, ni la peluquera ni su asistente quieren hablar.

Mike dudó sobre qué hacer. ¿Insistirle más o hacer como si nada y seguirle el juego? Al final suspiró y cedió, sobre todo porque ya estaban rodeados de gente y el sonido de la impresora, la grapadora y los teléfonos llenaba la oficina.

—Se me ocurrió una idea sobre eso.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

—Te lo explicaré de camino hacia allí.

Para sorpresa de Abby, él había contactado con Rusell Owen, un antiguo director de cine que ahora se dedicaba a revisión de guiones y que vivía en Nueva York. El señor Rusell había estado saliendo con Angie pocos meses después de que corriese el rumor de su lío con Oliver y, por lo visto, había estado dispuesto a recibirlos en su casa. O bien se encontraba muy solo o bien era un hombre excepcionalmente amable y considerado.

Pronto descubrieron que se trataba de la segunda opción, algo que Abby agradeció, porque ya estaba siendo suficiente complicado atravesar media ciudad con Mike al lado como para añadir más problemas. Rusell les recibió y los invitó a sentarse. Cuando le explicaron en qué consistía la empresa para la que trabajaban, se quedó asombrado.

—Vaya. Sería una idea maravillosa para un guion.

—Oh, pues úselo si le sirve —contestó Abby.

—Puede que lo haga algún día, querida. —Suspiró—. ¿Y bien? ¿Quién es la persona que necesita vuestros servicios? —preguntó con una curiosidad natural.

—Eso no puedo decírselo, señor Owen. Pero la cuestión es que necesitamos contactar con Angie para conseguir cierta información que resolvería el problema...

—Mmmm, comprendo.

—¿Sigue en contacto con ella?

—Sí, somos grandes amigos. Terminamos bien porque, entre otras cosas, tenemos un hijo en común. Ahora ya es mayor, claro, pero nosotros seguimos en contacto.

—¿Y bien? —insistió Mike impaciente.

—Os daré su dirección y la llamaré para decirle que vais de su parte.

—No sabe cuánto se lo agradecemos, señor Owen —se despidió Abby.

Cuando salieron de la reunión los dos estaban incómodos y el silencio estaba cargado de tensión no resuelta. Abby dejó escapar el aire que estaba conteniendo y suspiró.

—¿Te importa si cada uno vuelve por su cuenta a la oficina?

—Por Dios, Abby. —Se giró hacia ella y la sujetó por los hombros—. No hagas esto así. Déjame que te lo explique. Yo... no es tan fácil...

—Creo que ya me quedó todo muy claro.

—Joder. —Se lo estaba poniendo difícil.

—Nos vemos allí, ¿vale? Hasta ahora.

Él la vio marchar y coger un taxi. Luego se dirigió hacia la boca del metro con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y el ánimo por los suelos. Por si no tenía problemas suficientes... ahora se le sumaba aquello. Pero ¿qué podía hacer? Lo único que le quedaba era la verdad, su verdad, y ella no parecía querer escucharla.

Así que volvió a la oficina. Y aguantó como pudo que Abby lo ignorase,

que ya no buscase discutir con él y que apenas lo mirase. Si el lunes fue un mal día, el martes fue agonizante. Y, para cuando llegó el miércoles, le parecía una tortura lenta y dolorosa el hecho de tenerla tan cerca y saber que jamás sería suya. Puede que se lo mereciese.

—Ha llamado la asistente de Angie. Hoy atiende visitas.

—Perfecto —contestó Mike intentando sonar animado.

—Bien, pues en marcha. —Abby cogió su bolso y se metió en el ascensor seguida por él, que, allí metido, pensó en lo excitante que era compartir ese reducido espacio con ella al principio, cuando aún le gustaba coquetear sin miedo a terminar quemándose.

Pero había ocurrido. El fuego se había acercado demasiado.

Decidieron ir en el coche de Mike hasta la casa que Angie tenía cerca de la costa. No quedaba demasiado lejos, apenas a una media hora, pero era un engorro hacer traspaso varias veces. El viaje fue tenso, como cada momento de aquellos últimos días. Ninguno habló y se limitaron a escuchar la radio con las miradas fijas en el cristal. Estaba lloviznando.

La casa de Angie era majestuosa, similar a la de Barbara Klein, como si las dos intentasen competir por descubrir cuál era más poderosa. Les abrieron y los guiaron hasta un pequeño salón para invitados en el ala oeste de la mansión. Tuvieron que esperar otros veinte tensos minutos más hasta que la mujer apareció vestida con una túnica lila.

—Así que vosotros sois los chicos interesados en verme.

—Los mismos, sí. —Abby sonrió—. Gracias por atendernos.

—No suelo dejar entrar a desconocidos, pero mi exmarido piensa que sois buena gente y me habló de la empresa para la que trabajáis. Supongo que habéis tenido suerte de que sea una romántica empedernida —canturreó alegremente.

—Se lo agradecemos muchísimo.

—Bien, me tenéis intrigada. ¿Por qué me necesitáis?

Abby pensó en mentir. Pensó en decirle algo sobre unas memorias o a

saber qué. Pero luego se dijo que estaba harta de las mentiras, de las medias tintas y todo lo opaco, así que decidió ser sincera tras avisarle de que se trataba de un asunto confidencial. Sin pensárselo, le relató todo lo ocurrido entre Barbara y Oliver años atrás, para finalizar en cómo se truncó cuando él empezó a rodar con ella y Barbara pensó que tenían un romance.

Angie escuchaba con suma atención, casi sin parpadear.

—Oh, por todos los demonios —exclamó al terminar de escuchar el relato—. Esos dos son como el gato y el ratón, no me puedo creer que aún sigan sin tener las cosas claras.

—La pregunta, señora Moore, es si usted tuvo algo con Oliver.

—¡Pues claro que no! —Sacudió la cabeza—. Malditos testarudos. Ya eran igual de jóvenes, siempre viendo fantasmas donde no había nada. Oliver y yo nos hicimos amigos, sí, y nos sacaron en fotografías que parecían lo que no era, pero jamás hubo nada más que una bonita relación entre compañeros. Si hubiese tenido un romance con él, créeme que no tendría ningún problema en admitirlo. Pero la verdad es la que es.

—Espero que Barbara también pueda creerla.

—No estés tan segura. ¿Sabéis cuáles son los grandes problemas de las relaciones de pareja? Uno, los hombres infieles. Y dos, las mujeres desconfiadas.

—Buena teoría —opinó Abby levantándose.

—¿Puedes darle un mensaje a Barbara de mi parte? —preguntó Angie—. Cuando éramos jóvenes, la propia industria cinematográfica se empeñó en convertirnos en rivales y enemigas cuando, nada más lejos de la realidad, ni siquiera tuve la oportunidad de conocerla antes de que empezasen a compararnos en todas partes y a tratarnos como a marionetas.

—Eso es terrible.

—Lo sé. Por eso quiero que le digas que jamás fue mi intención ganar una batalla que no existía. Y que se deje de tonterías. Somos mayores, el tiempo vuela, si tiene la oportunidad de estar con un hombre como Oliver, que me consta que siempre la amó, que no desperdicie ni un solo segundo más, porque

puede que mañana esa posibilidad se esfume.

—Le prometo que se lo diré.

—Gracias. —Les sonrió.

Cuando Abby salió por la puerta, se sintió extrañamente bien. Puede que el amor no funcionase para ella, pero existía, seguía existiendo ahí fuera, entre otras personas afortunadas. Casos que terminaban así se lo recordaban cada día y ya era hora de que se centrase en los positivos y no solo en los que acababan en desgracia, engaños y secretos.

Ya en el coche de camino de regreso, Mike suspiró.

—Todo ha salido bien, ¿no? ¿Contenta?

—Sí —respondió secamente. No quería ser borde ni nada parecido, sencillamente necesitaba que Mike la ignorase durante unas semanas, hasta que ella lo olvidase del todo.

—Abby, ¿podemos tomarnos una copa en mi casa?

—¿Qué?

—Para hablar. Solo para hablar.

—Creo que mejor no.

La idea de volver a pisar su apartamento era lo último que le apetecía en esos momentos. Qué tonta había sido. Cuando después de la cena en el italiano él le había dicho que fuesen a su casa, no había podido evitar hacerse ilusiones. Pensar que para Mike quizás significaba más y estaba dispuesto a incumplir *una de sus reglas*. Pero en realidad tan solo había sido un desliz fruto del calentón del momento y ella había quedado como una estúpida al proponerle que pudieran empezar a conocerse más en serio.

Mike inspiró hondo, pero no insistió. En parte porque entendía que Abby necesitase marcar distancia entre él y ella, y en parte porque quería contárselo todo, pero, al mismo tiempo, le aterraba ponerle voz a su situación. Todavía no había hablado con nadie sobre ello, ni siquiera con su mejor amigo, con sus padres o con las personas implicadas.

Así que la dejó en su casa y, cuando llegó el viernes y entró en la oficina,

se limitó a saludarla con un gesto de la cabeza, aunque por dentro se estaba muriendo ante la posibilidad de que Abby sufriese y de todo lo que se le venía encima. Se pasó la mañana haciendo lo que ella le mandaba, contactando con algunas clientas y pasando a limpio los informes de los últimos casos. Dejó en manos de Abby que le comunicase a Barbara lo que habían averiguado tras conseguir encontrar la manera de llegar hasta Angie. Y cuando llegó la hora de acabar la jornada laboral y todos sus compañeros se reunieron en el centro de la oficina, él fue hasta allí arrastrando los pies, apático e incluso planteándose si, en aquella situación, no sería mejor dejar el trabajo y que su puesto lo ocupase alguien que en esos momentos estuviese más capacitado. Sin embargo, Fergie no parecía opinar lo mismo, puesto que se acercó hasta él y se colocó a su lado antes de dirigirse hacia el grupo de hombres y mujeres.

—Como sabéis, las obras están listas desde principios de esta semana y hoy termina la formación de nuestros chicos. Muchas gracias a todas por vuestra paciencia y dedicación durante estas semanas. Habéis hecho un trabajo maravilloso. —Se escucharon aplausos y silbidos entusiastas—. A partir de la próxima semana, vosotras podréis volver a la normalidad y vosotros empezareis a caminar solos. Estoy segura de que haréis un trabajo excelente coordinados por Mike. —Le dirigió una sonrisa que él se esforzó por devolver—. Estoy deseando comenzar esta nueva etapa y que “*¿Buscas a la mujer perfecta?*” abra sus puertas.

Hubo más aplausos y caras sonrientes.

—¡Será todo un éxito! —gritó alguien.

—Como sabéis, mañana lo celebraremos todos juntos en la sala del hotel Heller. Os esperamos allí a las siete de la tarde y esperamos que disfrutéis de la velada.

La gente empezó a moverse por la oficina y a dispersarse poco después. Mike buscó a Abby con la mirada, pero ella estaba distraída y se alejó rápidamente hacia su mesa para coger su bolso y una carpeta que se colocó bajo el brazo. Él fue tras ella, aunque sabía que no debía, y montó en el ascensor,

acompañado también por Lucas y Gerta.

—Nos vemos mañana en la fiesta, ¿verdad? —Lucas sonrió.

—Claro. Será genial. He encontrado una niñera, ya iba siendo hora de que pudiese salir una noche sin pensar en la hora de vuelta —comentó Gerta—. ¿Te vas ya a casa, Abby?

—Sí.

Gerta sonrió pícaro y alzó las cejas exageradamente.

—¿Tienes planes esta noche con Peter?

—Mmmm, puede ser —contestó finalmente tras un breve instante de bloqueo total en el que pensó “¿quién demonios era Peter? Ah, sí, mi ligue imaginario”. Luego decidió dejarlo en el aire para no dar más explicaciones y salió del ascensor a toda prisa.

Abby no vio el gesto de sorpresa en el rostro de Mike.

Ni tampoco cómo este le tocó el brazo a Gerta para indicarle que hablase un momento con él a solas cuando Lucas se alejó hacia la puerta de salida del edificio.

—¿Quién es Peter? —le preguntó.

—Oh, el nuevo ligue de Abby.

—Fascinante —dijo secamente.

—Pues sí. Parece un tipo de lo más interesante y sexy, tú ya me entiendes. Uno de esos amantes difíciles de encontrar hoy en día. Ojalá le vaya bien con él. —Gerta suspiró con su exageración habitual—. Abby ha tenido muy poca suerte en el amor.

—Sí, claro. Cruzaré los dedos por ella.

Después se marchó de allí con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho y una horrible sensación de angustia y celos que no había experimentado jamás.

19

Habían cuidado hasta el último detalle en todos los sentidos. El salón del hotel estaba decorado de un modo espectacular, simulando un cielo lleno de estrellas, con el techo iluminado con cientos de lucecitas y largas y pesadas cortinas de color granate a juego con los sofás de estilo victoriano que había en los rincones. Por toda la sala se movían camareros vestidos con esmoquin y llevando bandejas redondas doradas llenas de apetitosa comida o bebida. Abby cogió al vuelo una copa de champán y se bebió la mitad de un trago.

Estaba nerviosa, aunque no sabía muy bien por qué. Al fin y al cabo, había conseguido superar toda aquella semana coincidiendo con Mike en la oficina y, a partir del lunes, sus caminos se separarían y tan solo lo vería de pasada, algo medianamente aceptable. Pero aún así estaba intranquila. No por él en sí, sino sin razón. Le había costado una eternidad decidir qué vestido ponerse y, al final, había optado por uno azul oscuro, corto y con una falda con vuelo, algo que se salía un poco de su zona de confort. Llevaba el pelo recogido en un moño del que había dejado escapar algunos mechones ondulados de cabello, y unos cuantos brazaletes plateados tintineaban en su brazo cada vez que lo movía.

—Oh, aquí estás, cielo. —Gerta la interceptó.

—¿Hace mucho que has llegado?

—Un rato, tenía que aprovechar lo de la canguro. Además, había que estar aquí hace casi tres cuartos de hora, ¿recuerdas? Ya pensaba que no vendrías.

—Pues aquí estoy. —Forzó una sonrisa.

En realidad, se sentía triste y desencantada con todo, pero así eran las cosas y tan solo podía optar por afrontarlo bien o quedarse lloriqueando en casa cada noche, algo que no pensaba hacer. Ya había pasado por aquello demasiadas veces a lo largo de su vida.

Fergie apareció por su lado del brazo de Mr. Big.

—Te estaba buscando.

—Se me hizo tarde.

—Vaya, estás preciosa.

—Gracias. Tú también.

—Oh, por ahí viene Mike —dijo Mr. Big sonriente—. ¿Cómo va eso, colega? ¿A por la tercera copa? —Le palmeó la espalda sin borrar la expresión bonachona de su rostro.

—Intento anesthesiarme, sí —respondió secamente clavando los ojos en Abby, aunque los demás lo interpretaron a modo de broma sarcástica.

—¿Preparado para dar el discurso?

—Deseándolo. —Tenía los ojos brillantes.

Abby tragó saliva e intentó centrarse en Fergie para no mirar de nuevo a Mike, porque aquella noche estaba especialmente guapo. Llevaba un traje de chaqueta, camisa blanca y su expresión entre inexpresiva y tensa, le daba un aire solemne y embriagador, como el aroma de la colonia que llevaba puesta y que a ella le traía demasiados recuerdos excitantes.

—No han sido tan terribles estas semanas de adaptación, ¿verdad? —comentó Fergie con buen humor—. Al final habéis hecho buenas migas y todo.

—Uy, sí, Abby es de hacer buenas migas con cualquiera con facilidad —añadió Mike antes de darle un sorbo a su copa y seguir mirándola. Ella se irritó. ¿Qué le pasaba?

—No creas. A veces le cuesta dejarse llevar. —Fergie le sonrió.

—¿De veras? A mí me parece que Abby es una caja de sorpresas.

Se acabó del todo la copa y la dejó en una de las bandejas que llevaban los camareros antes de darse la vuelta y alejarse de ellos. Abby estaba abochornada y cabreada. Probablemente eso fue lo que la impulsó a seguirlo sin pensar. Mike dejó atrás la sala y salió a uno de los balcones. Se apoyó en la barandilla y contempló desde allí las luces de la ciudad.

—¿A ti qué mosca te ha picado? —gritó ella a su espalda.

—¿A mí? —Mike se giró. Su sonrisa era rígida.

—Te comportas como un idiota de primera.

—¿En serio? —La taladró con la mirada.

—Sí. Y harás que acaben sospechando sobre lo que ocurrió entre nosotros. Además, no tienes ninguna razón para hablarme en ese tono, ni para ser tan estúpido.

—Vale, te admito lo de que soy idiota y estúpido.

—¿Qué demonios te pasa?

—Porque si no lo fuese —continuó Mike—, me habría dado cuenta desde el principio de que todo era mentira. Imagino que haces la táctica de la pesca, ¿no? Vas lanzando el anzuelo aquí y allá, esperando que pique cualquiera para conseguir lo que quieres.

—¿Qué?

—Sé lo de Peter.

—Eso... no es...

Abby se bloqueó un instante.

—Así que dime, ¿esta semana te has enamorado de él? ¿Te ocurre esto muchas veces al mes? Debiste pensar que era el capullo más grande del mundo por creerme que llevabas años sin salir con ningún tío. Compadezco al siguiente que caiga en la trampa.

Y no añadió que él estuvo a punto de caer. Porque eso era lo que a Mike le molestaba. Si hubiese sido cualquier otra, le habría dado igual que saliese con Peter o con cualquiera. Pero Abby le había hecho creer que empezaba a sentir algo por él y él... bueno, él llegó a pensar que se estaba enamorando de ella hasta las trancas. Por un momento, dudó, a pesar de toda su situación. Se planteó cómo hacer encajar todas las piezas de su vida para que pudiese funcionar algo entre ellos, algo serio y estable, algo real.

Sí que había sido idiota y estúpido, sí.

—No es lo que piensas.

—Ya. Claro.

—Peter no existe.

Abby dio un paso hacia él, parándose tan cerca que pudo oler su perfume a rosas y contemplar lo deliciosa que era su boca rosada. Mike respiró profundamente.

—¿Esperas que me trague algo así?

—Lo digo en serio. Tan solo necesitaba hablar con Gerta lo que ocurrió entre nosotros y como no podía darle tu nombre, me inventé uno y... dejé que la mentira se hiciese demasiado grande cada semana. —Abby tenía los ojos húmedos—. Pero ¿sabes una cosa? Ni siquiera sé por qué estoy aquí dándote una explicación que no te mereces, porque tú me rechazaste. No debería importarte con quién esté o deje de estar.

Antes de que pudiese alejarse, él tiró de su mano.

—No debería, pero sí que me importa —susurró.

Abby se quedó sin respiración. Y un segundo después, apoyados en el muro de piedra del balcón, Mike la besó. Estrelló sus labios contra los suyos y los acarició con la lengua mientras sus manos le rodeaban la cintura y su cuerpo se pegaba al de ella.

Sintió que el mundo daba vueltas y más vueltas alrededor.

Hasta que el sonido de los aplausos la sacó de su ensoñación y Mike se separó de ella alterado, respirando con dificultad sin dejar de mirarla con sus ojos azules.

—Mierda, creo que me toca salir ya.

Se limpió los labios con el dorso de la mano para quitarse los restos de su pintalabios, se colocó bien la camisa por dentro del pantalón y se alejó de ella para volver a la sala y subir al escenario a dar su discurso sobre la inauguración de “*¿Conoces a la mujer perfecta?*”.

Abby no salió.

Se quedó en el balcón, escuchando a lo lejos más aplausos y voces. Notó que estaba llorando cuando se le nubló la mirada, pero no hizo nada por evitarlo. Era oficial. Se había colado por él y había vuelto a caer en la típica espiral de

ahora sí y ahora no que muchos hombres dominaban a la perfección. Mike era un maestro en la materia. Sabía cómo actuar para que, por momentos, ella pensase que le importaba. Pero en cuanto volviese a caer rendida a sus pies, él echaría el freno. Le diría que no quería nada serio, intentaría mantenerla en ese limbo terrible y sufrido por el que Abby no pensaba volver a pasar.

Se limpió las mejillas con las manos y salió a la sala. Mike estaba sobre el escenario, con el micrófono en la mano, pero ella no se quedó para escucharlo, sino que continuó andando y abandonó el hotel sin ser vista por nadie. Montó en un taxi y le dio la dirección de su casa. En el trayecto, decidió mandarles un mensaje a Gerta y a Fergie para decirles que se encontraba mal y que había tenido que ausentarse, porque no quería preocuparlas.

Ya en casa, se quitó el dichoso vestido y el maquillaje y se puso la primera camiseta de propaganda vieja que encontró en su armario. Luego se dejó caer en la cama, aún llorosa.

El sonido agudo e insistente del timbre acabó por despertarla.

Abby abrió los ojos confundida y vio que aún era de noche. Miró el reloj de su mesita. Eran apenas las once, pero se había quedado dormida poco después de tumbarse en la cama. Se levantó y fue hasta el telefonillo. Una voz ronca y apremiante contestó.

—Soy yo, Abby. Por favor, abre la puerta.

Pensó en no hacerlo, pero al final decidió que en algún momento tendrían que dejar las cosas claras y que aquel era tan perfecto como otro cualquiera. Le abrió. Y Mike apareció en su apartamento un minuto después, con los primeros botones desabrochados, la camisa por fuera y una expresión de desconcierto en su rostro. Clavó su mirada en ella.

—¿Por qué te has ido así? Estábamos... estábamos hablando...

—No. Estábamos besándonos, algo que solo empeora siempre las cosas. De hecho, ese es el problema, que nunca hablamos. O, mejor dicho, tú no hablas.

—Lo he intentado varias veces, pero no es tan fácil...

—Qué excusa más elaborada.

—Por Dios, Abby, cállate de una vez —soltó él con los ojos enrojecidos y llevándose una mano a la cabeza—. No tienes ni idea de nada. De lo difícil que está siendo esto para mí. Me siento como la mierda haga lo que haga y ya no sé qué es lo correcto.

—¿Lo correcto? —escupió Abby—. Eres un inmaduro y...

—No puedo hacerle esto a ella —la cortó Mike.

—¿Ella? —Abby estaba confusa.

—Mi prometida. Dana.

—¿Qué?

Tuvo náuseas. Por un momento, pensó que vomitaría lo poco que había bebido durante la fiesta. Dios. Aquello era peor de lo que pensaba. Se apoyó en la barra de la cocina y Mike rompió la distancia que los separaba y la abrazó, a pesar de que ella intentó apartarlo.

—Cálmate, Abby.

—Suéltame. ¡Suéltame!

—Shhh, escúchame, por favor —le suplicó con la voz rota hasta que ella dejó de removerse—. Dana está en coma desde hace más de cuatro años.

Abby alzó la vista hacia él y vio la tristeza infinita en sus ojos claros. Supo que estaba diciéndole la verdad y que aquello, en efecto, era más complicado de lo que pudiese parecer a simple vista. No lo agobió cuando la soltó y se alejó de ella para sentarse en el sofá.

—Nunca hubiese imaginado... lo siento... —balbuceó Abby.

Mike se tapó la cara con las manos y respiró hondo antes de hablar. Parecía que le estaba costando tanto dar aquel paso, que ella no quiso interrumpirlo.

—Íbamos a casarnos dos meses después, pero es cierto que discutíamos mucho, demasiado. No estábamos pasando por nuestro mejor momento. Aquel día, nos peleamos por una tontería, como siempre, y ella se largó enfadada al

trabajo. Pero nunca llegó. Me llamaron una hora más tarde porque había tenido un accidente de coche.

—Dios mío, Mike. —Se sentó y le pasó la mano por la espalda.

—Está en coma desde entonces. —Necesitó unos segundos para recuperar el aliento y continuar—. Dana lo era todo para mí. Llevábamos juntos desde los dieciséis años y nos conocíamos desde niños. —Abby recordó la chica de la que le había hablado cuando, siendo un crío, iba al embarcadero para hacer trastadas—. Y la perdí. Fue culpa mía. Si no hubiésemos discutido ese día, ella no habría estado tan alterada y se habría dado cuenta del coche que adelantaba por su izquierda y todo hubiese sido diferente...

—Pero no fue culpa tuya, Mike. No lo fue.

Abby lo abrazó fuerte, con los ojos llorosos.

—Sí que lo fue. Y desde ese momento supe que jamás podría volver a estar con alguien de esa manera. ¿Cómo iba a permitirme ser feliz, encontrar el amor o formar una familia cuando Dana ya no estaba y se suponía que todo eso era lo que haría con ella?

Ella le acarició la mejilla con cariño y lo obligó a mirarla.

—¿Por eso estabas así estas semanas? Cuando faltaste al trabajo...

—Sus padres me avisaron de que van a desconectarla. Yo... nunca supe qué era lo mejor. Cuando me dijeron que tenían intención de hacerlo, sencillamente les di libertad para que procediesen como quisiesen. Al fin y al cabo, era su hija. Y comprendo... que necesiten descansar. No lo sé. Quizás yo también lo necesite. Pero no puedo... me odio solo de pensarlo... Y soy incapaz de imaginar un mundo en el que ella no exista, aunque sé que la verdadera Dana se marchó hace ya mucho tiempo.

—Oh, Mike. —Quiso consolarlo.

—Ya ni siquiera soy capaz de ir a verla al hospital. Al principio lo hacía con frecuencia. Iba allí, le hablaba, mantenía la esperanza a pesar de la negativa de los médicos, pero conforme fueron pasando los años se volvió más difícil y duro.

—Ni siquiera puedo imaginarme hasta qué punto.

—Tuve suerte de que Fergie aceptase darme el trabajo, porque en cualquier otro sitio no habrían entendido tan bien la situación y necesitaba un poco de tiempo.

—¿Por eso conoces a Mr. Big?

Mike asintió con la cabeza y suspiró.

—Es el primo de Dana. Estaban muy unidos y nosotros nos hicimos grandes amigos conforme fueron pasando los años. De hecho, nos mudamos a Nueva York al terminar la universidad porque él nos convenció para empezar aquí una nueva vida.

Se quedaron los dos en silencio, abrazados, compartiendo aquel momento íntimo y complicado. Abby apoyó la barbilla en su hombro e intentó infundirle calma mientras le acariciaba la espalda con una mano y le rodeaba el cuello con la otra. No quería soltarlo. Empezó a entender muchas cosas cuando consiguió juntar todas las piezas del puzle: el Mike más despreocupado que solo aceptaba relaciones esporádicas y que no quería que nadie entrase en serio en su apartamento y en su vida, y el otro chico más tierno, divertido e inteligente, aquel del que ella había terminado colándose sin remedio.

—Abby. —Mike habló contra su pelo—. Lo que te dije la semana pasada no era cierto, pero es que me asusté, porque... creo que me estoy enamorando de ti y no sé si puedo. No me merezco volver a sentirme así. No es justo. No es...

—Shhh. —Cogió su rostro entre sus manos y lo miró—. No fue culpa tuya. Fue un accidente. Y por supuesto que mereces volver a sentir algo por otra persona.

—Tú no lo entiendes.

—Sí lo entiendo. Imagino lo duro que tiene que ser, lo mal que te sientes, la culpa que cargas en la espalda... —Tragó saliva e hizo una pausa mientras pensaba, porque, aunque no era lo que ella quería, sabía que sí era lo correcto—. No tengas miedo. Yo te esperaré.

—¿Qué quieres decir? —Él tenía la voz rota.

—Quiero decir que necesitas un tiempo para pasar el duelo cuando Dana se vaya, por mucho que pienses que se fue hace tiempo, y también para asimilar lo que sea que estés sintiendo ahora. —Respiró hondo—. Pero cuando lo hagas y estés listo para volver a intentarlo con otra persona, estaré aquí esperándote para empezar de nuevo.

Abby notó las lágrimas bañándole las mejillas mientras decía aquellas palabras. Se lo estaba dando todo a Mike. Se estaba abriendo en canal delante de él, a pesar de los miedos que había ido acumulando en los últimos años, y se dio cuenta de que también para ella aquello estaba siendo todo un ejercicio de aprendizaje. Uno necesario, porque había dejado que el dolor y las decepciones la cegasen, y había estado a punto de perder a Mike por ello. Pero entonces comprendió que no todos los hombres eran iguales, que había muchas situaciones distintas y que había valido la pena arriesgarse y conocerlo.

Mike se inclinó hacia ella y la besó con dulzura.

—No te merezco —susurró contra sus labios.

Se quedaron el resto de la noche abrazados, hablando en voz baja, besándose de forma lenta y tierna, y haciéndose promesas sobre todo lo que harían cuando los dos estuviesen listos para afrontar cogidos de la mano una nueva etapa de sus vidas.

20

Mike se anudó la corbata delante del espejo, a pesar de que odiaba llevarla. Pensó que un día era un día, así que se la apretó con decisión y luego suspiró. Estaba nervioso. Nervioso y ansioso, las dos cosas a la vez. Llevaba un mes sin ver a Abby. Al final, había decidido cogerse un mes de baja mientras pasaba aquel trance. Fergie le había dado total libertad para hacerlo, asegurándole que prefería aquello y que volviese con las pilas cargadas, antes que verlo a diario como un alma en pena por la oficina. Él también estaba de acuerdo.

Habían pasado cuatro semanas desde la fiesta de la empresa, cuando pasó la noche en casa de Abby abrazado a ella. Y tres desde el funeral de Dana. Había sido corto, pero intenso y emotivo. Acudieron sus padres, su primo con Fergie y algunos amigos que querían darle el último adiós y despedirse de ella para siempre. Mike se quedó un rato más junto a sus suegros, que se alegraron de verlo y le abrazaron al despedirse. Después, a solas delante de la tumba, se tomó unos minutos para rememorar los días felices en los que él y Dana corrían juntos por el embarcadero, y aquellos en los que fueron creciendo y él dejó de verla solo como una amiga y empezó a sentir algo más por ella, o los últimos, cuando planeaban juntos esa boda que nunca llegó a celebrarse. En todos ellos estaba su rostro angelical y dulce de Dana y se dijo que quería seguir recordándola así, de forma bonita y no con dolor. Cuando su corazón se calmó y dejó de latir enfadado para dar paso a la aceptación, Mike se despidió de ella mirando hacia el cielo y salió del cementerio caminando a paso lento.

Se tomó las siguientes semanas para recuperarse, pensar en quién era y qué quería. Y tenía una cosa clara: deseaba estar con Abby. Había soñado despierto con ella cada día desde que se despidieron con un beso en el portal de su edificio. Recordaba su nariz respingona arrugándose cuando algo no el

gustaba, su café amargo, sus labios adictivos, su coraza con la que se protegía del resto del mundo y, al mismo tiempo, lo vulnerable y dulce que era cuando se rendía; sus ojos llenos de miedo y esperanzas cuando le había confesado que le gustaba demasiado, su forma de consolarlo y comprenderlo incluso cuando acudió a su casa aquella noche por sorpresa en la que le llenó la bañera y ella todavía no sabía qué era lo que a él le pasaba. Era una mujer peculiar, con sus defectos, pero también con grandes virtudes. Y a Mike le seducían los contrastes y la idea de que Abby sería una dura rival que estaría dispuesta a plantarle cara cuando se equivocase o no estuviese de acuerdo con sus decisiones.

Pensó en ello mientras subía en el taxi y se pasó todo el recorrido repasando las palabras que quería decirle a Abby y que llevaba semanas ensayando mentalmente.

Cuando llegó y bajó del coche tras pagar la carrera, se adentró en la casa campestre donde iba a celebrarse la boda de Fergie y Mr. Big. El lugar era precioso, como de cuento de hadas. Flores silvestres crecían en las jardineras de piedra y una hiedra serpenteaba y cubría la propiedad hasta rozar el tejado. Cruzó un inmenso jardín siguiendo a los demás invitados y llegó a la zona de atrás, en la que había un pequeño altar de madera blanca, rodeado de peonías blancas y lavanda. Llegaba un poco tarde, así que gran parte de los invitados ya estaban allí sentados en las sillas que habían dispuesto para presenciar la ceremonia.

Mike se acomodó en una de ellas e intentó encontrarla entre la multitud. Cuando la vio en la primera fila, al lado de Gerta, se le cortó la respiración. Era la chica más bonita de todo el lugar. Del mundo entero. Llevaba el cabello oscuro en una trenza de espiga que caía por su hombro y se había maquillado poco, menos que algunos días para ir a la oficina, con un suave pintalabios de color melocotón que iba a juego con el vestido que llevaba y que caía por su cuerpo suelto y vaporoso. Ella tenía la vista fija en la novia que se acercaba por el sendero, pero, cuando alzó la cabeza un poco más, lo vio y sonrió lentamente.

Mike también sonrió, incapaz de apartar los ojos de ella.

La ceremonia dio comienzo. Leyeron los votos, hubo lágrimas, suspiros de emoción entre los invitados, música de fondo y, finalmente, intercambiaron los anillos antes de besarse y que el público prorrumpiese en sonoros aplausos mientras los novios caminaban cogidos de la mano, sonrientes y tan felices que parecían no poder contener la dicha.

Esperó hasta que se alejaron hacia el interior de la casa seguidos de la mayoría de los invitados para acercarse a Abby, que se había quedado rezagada cerca del pequeño altar. La luz del sol de la mañana de verano se reflejaba en la trenza castaña y en sus ojos. Mike se paró delante de ella y, de repente, al verla tan cerca, olvidó todas las palabras ensayadas.

—Yo...

—Hola...

Empezaron a hablar a la vez.

Los dos callaron y se sonrieron.

—Estás preciosa —le susurró Mike.

—Y a ti se te ve mucho mejor que la última vez.

—Lo estoy. —Suspiró—. Estoy bien, Abby. Gracias por darme ese tiempo... Yo... no estoy seguro de si aún sigue en pie lo que hablamos la última vez en tu casa y...

Abby lo cogió de la corbata y tiró de él con suavidad antes de ponerse de puntillas y darle un beso en los labios. Mike la rodeó con sus brazos, aliviado. Miró hacia atrás.

—¿Ya no te importa si alguien nos ve?

—Tendrán que ir haciéndose a la idea. —Abby sonrió como una niña ilusionada y feliz—. Además, tuve que explicarles que Peter no existía y que en realidad... eras tú. Después de eso, no puede haber nada peor.

—Comprendo. ¿Te siguen hablando?

—Sí, aunque piensan que estoy loca.

—Quizás sea porque lo estás —se rio.

Ella toqueteó de nuevo su corbata, dubitativa.

—Entonces... ¿en qué punto estamos ahora?

—¿En qué punto quieres que estemos, Jane Austen?

Abby le dio un pequeño puntapié que a él solo le hizo reír y, de repente, volvieron a ser los mismos que habían sido durante aquellas primeras semanas en el trabajo. Él la miró con descaro, bajando la vista hacia su escote. Ella se sonrojó de un modo delicioso.

—Pensaba que estábamos en el punto en el que empezábamos a salir.

—Mmm... pero no me lo has pedido —contestó ella sonriente.

—¿En serio? —Mike puso los ojos en blanco, pero luego la sujetó por la cintura con más fuerza y la apretó contra él—. Abby Walkes, ¿quieres salir conmigo?

—Sí, pero con algunas condiciones.

—Venga, no me lo pongas difícil.

—Quiero que reduzcas la ingesta de azúcar. En serio, es por tu bien. No quiero que te mueras por culpa de comer demasiados bollos, todavía no sé cómo consigues estar... así de bien —dijo tocándole los abdominales—. Y tengo grandes planes para nosotros.

—Me lo pensaré. ¿Qué planes?

—Pues una vida larga.

—Sigue.

—¿Y quién sabe? Quizás algún día tengamos a un mini Mike correteando alrededor. Y un gato. Quiero un gato. Llevo años pensando en adoptar uno. Ah, y estaría bien poder hacer en el futuro un viaje juntos a Europa; por ejemplo, dentro de dos o tres años, cuando me pidas matrimonio. No hace falta que sea de ningún modo especial, me conformo con que haya comida y que luego lo celebremos en el hotel...

—¿Te pondrás uno de esos conjuntos sexys de lencería?

—Vale. ¿Braguitas rosas o rojas?

—Mmm, rojas —susurró él con ganas.

—Intentaré recordarlo dentro de unos años.

Él se echó a reír y luego se dirigieron juntos hacia la casa de piedra en la que iba a celebrarse en banquete de la gran boda. Pensó en la suerte que tenía de haberla encontrado, en lo divertida que era y en las ganas que tenía de hacer todos esos planes que ahora sonaban a broma, pero que, en el fondo, los dos deseaban que terminasen siendo reales.

Antes de entrar, tiró de ella una última vez.

—Eres increíble. —Mike la calló con un beso.

Abby se puso de puntillas y le rodeó el cuello.

—No más que el hombre perfecto —se rio.

EPÍLOGO

Tres años más tarde.

La luz de las farolas se relejaba en las aguas del río Sena. Estaban en la terraza del hotel y, a pesar de que era agosto, había refrescado un poco al caer la noche. Mike sintió que se le aceleraba el pulso cuando notó por debajo de la mesa el pie de Abby acariciándole la pierna y subiendo lentamente. Coló las manos bajo el mantel y lo atrapó.

—Sé paciente, cariño —ronroneó justo cuando llegó el camarero.

Les sirvieron los postres que habían pedido, una crema de chocolate para compartir y tarta especial de la casa. Abby atacó la crema metiendo un dedo dentro y relamiéndose cuando se lo llevó a los labios y él tuvo que hacer un esfuerzo para no levantarse, cogerla de la mano y bajar corriendo a la habitación que tenían reservada toda la semana.

Hacía dos días que habían llegado a París, pero el tiempo se les había pasado tan rápido en la ciudad de la luz que tenía la sensación de que tan solo llevaban allí unas horas. Habían visitado Montmartre, la Catedral de Notre Dame, el Arco de Triunfo... y desde la misma terraza en la que se encontraban podían ver la Torre Eiffel iluminada. Todo un espectáculo de fondo que acrecentaba la belleza de Abby. Él pensaba que estaba radiante, con las mejillas sonrosadas, el cabello suelto y con ondas y ese pintalabios sexy que le hacía enloquecer. Los dos habían cambiado mucho en los tres años que llevaban juntos; ella, confiando de nuevo y dejándose llevar, y él abriendo su corazón y permitiéndole entrar.

Vivían en una casa pequeña a las afueras de Nueva York. La habían comprado hacía unos meses y necesitaba varias reformas, porque las ventanas eran viejas, tenían que quitar la moqueta del suelo y renovar la cocina, pero

Mike pensó que ni en un palacio hubiesen sido más felices. Tener planes a largo y corto plazo con ella le gustaba y estaba convencido de que con el tiempo irían mejorando la casa hasta dejarla a su gusto y convertirla en un hogar. Aunque ya lo era, claro. No había nada más satisfactorio que los viernes que terminaban de trabajar a la vez y se marchaban juntos a casa en metro. Entonces se daban una ducha (a veces juntos), se ponían cómodos y llamaban al chino más cercano que, por suerte, estaba casi tan delicioso como el antiguo restaurante cerca del piso de Abby al que solían pedir. A veces quedaban los fines de semana con Fergie y Mr. Big para pasar juntos la velada o salir a algún pub de moda de la ciudad, o con Gerta y su nueva pareja, un tipo genial. Durante las últimas vacaciones, habían ido a Alabama y Mike había podido pasar tiempo con sus padres y enseñarle todos los rincones en los que pasó su infancia.

Sin embargo, aquel año había querido regalarle algo muy especial, así que le dejó los billetes a París debajo de la almohada para darle una sorpresa y ahora allí estaban, mirándose enamorados bajo el cielo nocturno y las luces que decoraban la encantadora terraza.

—Esta crema de chocolate está de muerte —susurró ella volviendo a relamerse los labios de un modo seductor que provocó que los pantalones le apretasen.

—Voy a pedir la cuenta, no aguanto más.

Mike llamó al camarero y pagó con tarjeta mientras la mirada ardiente de Abby se posaba en él. Después, cogidos de la mano, salieron del restaurante del hotel y subieron al ascensor. Las puertas aún no se habían cerrado cuando sus bocas chocaron con ganas.

—¿Recuerdas nuestra primera vez en un ascensor? —Abby se rio.

—Sí. Tú estabas a punto de hiperventilar —se burló él sonriéndole.

Abby le acarició por encima del pantalón y consiguió cortarle cualquier atisbo de risa. Cuando las puertas se abrieron en la planta correspondiente, los sorprendió una pareja de personas mayores y Mike intentó tapar lo evidente con las manos conforme salían.

—Me las vas a pagar —corrió tras ella por el pasillo.

La atrapó delante de la puerta que Abby acababa de abrir. Se colaron dentro a trompicones; ella riendo y él tan excitado que buscó a tientas la cremallera del vestido que llevaba y la bajó de un tirón brusco. La pieza de tela se deslizó hasta sus pies y reveló el conjunto de ropa interior que Abby llevaba puesto. Era de un rojo intenso.

—Te has propuesto acabar conmigo.

—¿Te gusta? —Dio una vuelta.

—No hay palabras para describir cuánto.

Acabaron en la cama. Mike la desnudó lentamente, disfrutando del placer de quitarle cada prenda con los dientes y de recorrer su piel con los labios. Abby lo torturó un poco a base de caricias antes de subirse sobre él y conseguir que sus cuerpos encajasen por fin. Mike dejó escapar un gemido ronco y ella se movió rápido sin dejar de mirarlo a los ojos, pensando en la suerte que tenía de estar con un hombre como aquel, que hacía que cada día fuese especial y único, incluso los rutinarios en los que no ocurría nada especial. Despertar a su lado era suficiente para que se sintiese más feliz y afortunada que nunca.

Sus respiraciones entrecortadas se mezclaron y Abby gritó su nombre antes de terminar junto a él y desplomarse sobre su pecho. Se quedó ahí un rato, trazando círculos en su piel tersa y brillante, hasta que él rodó a un lado y la miró con tanta ternura que ella se estremeció. Respiró hondo cuando Mike le acarició la mejilla con lentitud y después bajó despacio por su cuerpo hasta rozarle la barriga y palpar el diminuto bulto que había empezado a notarse las últimas semanas, aunque apenas estaba de dos meses y aún faltaba mucho para que dejaran de ser dos y empezasen una nueva vida siendo tres.

—Sabes que te quiero más que nada, ¿verdad?

—Sí. —No dudó—. Tanto como yo a ti.

—Bien, porque espero que digas que sí.

—¿Qué? —Abby se incorporó, confundida, y vio que Mike rebuscaba en el bolsillo del pantalón que acababa de quitarse hasta sacar una pequeña cajita

azul—. Mike...

Él la abrió ante sus ojos. Era un anillo discreto pero precioso, exactamente el tipo de joya con la que Abby había soñado toda su vida. Notó que se le llenaban los ojos de lágrimas y temió no ser capaz de responder, porque las últimas semanas habían estado llenas de emociones entre la inesperada llegada del bebé y ahora aquello.

—¿Quieres casarte conmigo? Se suponía que iba a pedírtelo durante la cena, poniéndome de rodillas en la terraza del hotel, por eso lo llevaba encima, pero después me has distraído tentándome con el chocolate y yo...

—Mike, sí. Claro que quiero. Mil veces sí.

Lo silenció lanzándose hacia él y besándolo hasta que los dos se quedaron sin aire y estallaron en risas, mirándolo a los ojos. A Abby todo le daba vueltas, como si estuviese borracha, porque, a fin de cuentas, ¿quién necesita más cuando el amor llama tu puerta con un hombre perfecto envuelto en un lazo de regalo?

FIN

NOTA DE LA AUTORA:

Me preguntáis a menudo cómo podéis enteraros de las fechas de salida y estar al tanto de todas las novedades. Podéis encontrarme en Facebook o Instagram con mi nombre, allí os aviso de todos los proyectos que voy haciendo y anuncio portadas y sinopsis. Muchas gracias por leerme.

A continuación, os dejo el listado con algunas de mis novelas:

SERIE LA FAMILIA REED



Serie Besos...



OLIVIA KISS

Besos #3

*Solo
un beso para
encontrarte*



Serie Seduciendo...



Bilogía Tentaciones...



Serie Chicas Magazine...

*La chica que
soñaba con
un anillo*



Olivia Kiss

*La chica
de los
deportes*



Olivia Kiss

*La chica
y la
bestia*



Olivia Kiss

*La chica
que perdió
su zapato*



Olivia Kiss



Bilogía Hollywood



Otras novelas...



